

PUBLICACION ANUAL  
DE LA ASOCIACION  
CULTURAL  
GARIBALDINA DE  
MONTEVIDEO  
Montevideo 1991 AÑO 6

### EN ESTE NUMERO:

- ✓ SESQUICENTENARIO DEL ARRIBO DE GARIBALDI A MONTEVIDEO
- ✓ CARLOS ZUBILLAGA - En torno a la obra de Luis Desteffanis
- ✓ MARIE-JEAN VINCIGUERRA - La symbolique garibaldienne
- ✓ CARLOS NOVELLO - Verdi y el Risorgimento
- ✓ JOSE C. WILLIMAN (h) - La economía internacional en el entorno de la Guerra Grande
- ✓ RENATA GERONE DE GARCIA VIERA - Lo sbarco dei Mille visto dagli Inglesi residenti a Marsala
- ✓ LUCE FABBRI CRESSATTI - Italianos en el Uruguay en las primeras décadas del siglo XX
- ✓ GUIDO ZANNIER - Garibaldi en Francia: La campaña de los Vosgos
- ✓ SALVATORE CANDIDO - Gli Italiani nell'America del Sud e il Risorgimento

*"Infelici i popoli che aspettano  
il loro benessere dallo straniero"*

José Garibaldi



EXPOSICION CULTURAL  
GABRIEL DE MONTEVIDEO

Exposición Cultural

Exposición Cultural

GABRIEL

Director: Prof. Gabriel Zaverucha  
Subdirector: Roberto Zaverucha  
Plaza de Montevideo, 1724  
Montevideo - Uruguay

EXPOSICION CULTURAL GABRIEL DE MONTEVIDEO



desarrollada



8806 553  
(XVI-9e) 2

# **ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO**

## **Miembros de Honor**

Ministro de Educación y Cultura Dr. Guillermo García Costa  
Embajador de Italia Dr. Paolo Angelini Rota

# **GARIBALDI**

Director: Prof. Guido Zannier  
Redactor Responsable: Carlos Novello  
Florencio Sánchez 2724  
Montevideo - Uruguay

## **LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO**

### **AGRADECE:**

Al Ministerio de Educación y Cultura  
A la Embajada de Italia en Uruguay  
Al Instituto Italiano de Cultura del Uruguay  
Al Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia  
Al Museo Histórico Nacional

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad desarrollada  
por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

# GARIBALDI

Miembros de Honor  
Ministerio de Educación y Cultura Dr. Guillermo García Cerezo  
Embajador de Italia Dr. Paolo Angelini Rossi

# GARIBALDI

Director: Prof. Guido Zambini  
Editor: Responsables: Carlos Novillo  
Ilustraciones: Silvia Zini  
Montevideo - Uruguay

## LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDI DE MONTEVIDEO

### AGRADECES:

comisión del papel.  
edición amparada en el  
art. 79 de la ley Nº 13.349.

composición, diagramación  
e impresión:

cba s.r.l. - juan carlos gómez 1439  
montevideo, uruguay  
depósito legal nº 229.919/91.

conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo  
conterà per le belle difese sostenute  
da un popolo che combattè per l'indipendenza

*specie. Proverà il potere d'una nazione  
che non vuol piegare il ginocchio davanti*

alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo».

(dalle sue «Memorie»)

*«L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo».*

**Giuseppe Garibaldi**  
(dalle sue «Memorie»)



## EDITORIAL

Este año, en ocasión de celebrarse el sesquicentenario del arribo de Garibaldi a Montevideo, se cumplieron actos que merecen un análisis por su significación. Recorriendo aunque no hayan sido exactamente los mismos, los caminos que siguieran Garibaldi y Anita con su pequeño Menotti, desde las entrañables tierras gauchas llegó a nuestras playas, en conmovedora peregrinación, una nutrida delegación de amigos garibaldinos.

Portaban una preciosa placa de granito conmemorativa que une en su texto a tres organizaciones hermanas: el Grupo de Pesquisas Históricas "Farroupilha", la "Asociación de descendientes de farroupilhas" y la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, como están unidas en su ideario.

Pero traían mucho más que eso que de por sí es tan valioso.

Fueron portadores de una firme determinación de unir a nuestros pueblos como sólo los pueblos son capaces de unirse: bajo los estandartes de la libertad, de la independencia y de la fraternidad.

Así uruguayos, italianos y brasileños vivimos una jornada histórica y memorable que quizá pudo escapar a la percepción de algunos aferrados a obsoletos preconceptos históricos.

El gran amalgamador fue Garibaldi, siempre presente en el recuerdo de los pueblos cuyos antepasados tuvieron el privilegio de verlo por sus tierras conduciendo sus ejércitos populares luchando por la libertad y por la independencia. Garibaldi, a través de su gesta, marcó a fuego a tres pueblos junto a los cuales luchó: el italiano, el brasileño y el oriental. Y esa marca es nuestro sello de unión.

Es más venerado por los pueblos que por los gobiernos.

El motivo es que los pueblos reconocen -tienen un sentido muy especial para ello- de forma inmediata a sus conductores naturales a quienes se identifican con sus ansias, con sus necesidades, con sus aspiraciones.

Así pasó con Artigas. Así pasó con Garibaldi. Así pasó con los dirigentes farroupillos.

Y ese ideario se hereda. Brilla en el seno de cada hogar como una ancestral llama votiva y es la muda contraseña que nos identifica mutuamente donde nos encontremos.

Uruguayos, brasileños e italianos encontramos nuestro fructífero caldo de cultivo en la democracia, para vergüenza de quienes en alguna ocasión osaron privarnos de ese vital elemento.

No fue casual que el embajador italiano, Dr. Paolo Angelini Rota haya brindado todo su apoyo a estas conmemoraciones, interpretando cabalmente el sentir del pueblo uruguayo, de la colectividad italiana, del gran sector de italo-uruguayos que conforman prácticamente la

mitad de nuestra población y de nuestros hermanos de Río Grande del Sur.

Siguiendo las banderas del gran nizzardo cuyo corazón siempre sobrepasó las fronteras que dividían a los hombres, nos reencontramos en este 1991 y marchamos unidos por la gran puerta abierta de la esperanza hacia ese futuro que comienza hoy y que lo tenemos que seguir convirtiendo en hoy, tozudamente, sin reparar en dificultades.

## EDITORIAL

Este año es un año de cambios y de nuevas experiencias. El mundo ha cambiado mucho en los últimos años y nosotros también. Hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

En este año, nosotros también hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

En este año, nosotros también hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

En este año, nosotros también hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

En este año, nosotros también hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

En este año, nosotros también hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

En este año, nosotros también hemos vivido momentos de gran alegría y de gran tristeza. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la libertad y el bando de la opresión. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la justicia y el bando de la injusticia. Hemos visto cómo el mundo se ha dividido en dos bandos: el bando de la paz y el bando de la guerra.

## EL SESQUICENTENARIO DEL ARRIBO DE GARIBALDI A MONTEVIDEO

El 17 de junio de 1991 se cumplieron los 150 años de la llegada de Garibaldi a Montevideo. Ese acontecimiento, de real importancia histórica, fue conmemorado en nuestra ciudad por el pueblo uruguayo e italiano contando, en esa grata ocasión, con la presencia de una importante delegación brasileña procedente de Río Grande del Sur, que llegó a nuestro país organizada por las entidades frateras FARROUPILHA —Grupo de Pesquisas Históricas, que fue la que tomó la iniciativa para realizar estas celebraciones, y por la Asociación de Descendientes de Farrupillos.



El domingo 16 se iniciaron los actos en la plazoleta donde se encuentra el monumento a Garibaldi con la interpretación de los himnos nacionales de Uruguay, Italia y Brasil, a cargo de la Banda de la Dirección Nacional de Bomberos.

A continuación fueron depositadas ofrendas florales al pie del monumento al Héroe de Dos Mundos, por parte del Sr. Embajador de Italia, de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, organizadora de estos eventos, y de la Delegación hermana que nos visitara.

Después, la concurrencia se trasladó a la cercana Casa de Garibaldi, en la misma Ciudad Vieja, donde fue descubierta una hermosa placa de granito rojo que fuera ofrecida por la Delegación Brasileña, en conmemoración de este aniversario, la que luce en el patio central, frente a la habitación que, según algunos historiadores fue en la que vivieron Garibaldi, Anita y sus hijos.

Allí hizo uso de la palabra el Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina, Prof. Guido Zannier quien, en nombre de la organización que preside, entregó a la Directora del Museo Histórico Nacional, Prof. Elisa Silva Cazet un gorro que perteneciera al Gral. Garibaldi, donación del Sr. Bruno Vignaga.

Le siguió en la oratoria, pronunciando un brillante discurso que publicamos aparte, el Dr. Lauro Pereira Guimarães.

Cerrando el acto, habló el Embajador de Italia, Dr. Paolo Angelini Rota quien, con emocionadas y acertadas palabras, evocó las figuras de Garibaldi y de Anita, resaltando la impresión que le produjera la primera vez que en Roma, su ciudad natal, viera una estatua de esta brasileña excepcional, que tiene a su lado a un niño pequeño, sobre quien apoya una mano, y en la otra, levantada, empuña un revólver: la luchadora por la libertad que no deja por eso de ser madre.

Fue una ocasión inolvidable que unió a tres pueblos hermanos en la recordación de quien consagró su vida a la causa de los pueblos, por encima de fronteras.

C.N.

**ol ur S.A.**

Representante exclusiva

**olivetti** en Uruguay

## GARIBALDI DA REVOLUÇÃO FARROUPILHA PARA A GUERRA GRANDE

*Lauro Pereira Guimarães*

Quando Giuseppe Maria Garibaldi veio ao mundo, em sua amada NIZZA MARITIMA, em julho de 1807, o sentimento de nacionalidade, a consciência de PATRIA começava a acender a grande fogueira da revolução nacionalista que, ao longo de todo o século dezenove, incendiou parte da Europa e toda a América do Sul, e de cujo seio rubro nasceram Estados soberanos onde já havia Nações submetidas ao jugo dominante de potências guerreiras ou à espoliação econômica de impérios colonialistas.

No Velho Continente, a ITALIA, então dividida em pequenos estados, reinos efêmeros e cidades rivais, assistia impotente ao desfile arrogante das tropas de Napoleão I, substituídas, com a Santa Aliança pela insolente marcha dos exércitos austríacos, ou loteada aos Estados Pontifícios.

ESPANHA e PORTUGAL, esmagados pelas divisões bonapartianas de Murat e de Junot, preparavam as forças de resistência, despertando energias libertárias que, atravessando o Atlântico, vieram erguer a voz e armar o braço dos forjadores das jovens pátrias americanas.

As idéias igualitárias, vitoriosas na Independência Americana de 1776, da Revolução Francesa, de 1789, transmitidas oralmente pelos viajores ou lidas em escassos jornais chegados aos portos da nova terra, impregnaram as almas arrebatadas, inflamaram consciências cívicas, preparando os povos nativos para a grande marcha rumo à Soberania.

Um frêmito de LIBERDADE sacudiu os Andes, desde o Orenoco ao Rio da Prata. Já se levantavam em pregação de INDEPENDENCIA as antigas colônias ibéricas. No Norte, Bolívar e Sucre; no Chile, O'Higgins; Francia, no Paraguai; Belgrano e San Martín no Vice-Reinado do Prata. Na campanha uruguaia, José Gervásio de Artigas lutava contra todos, pela Pátria Oriental.

No Brasil, na minha Pátria, colônia primeiro e, a partir de 1815, Reino de Portugal, despertara também o anseio de soberania. Desde a Inconfidência Mineira de 1788, que revelou à América a vocação de mártir do Tiradentes; a Confederação do Equador, no Nordeste brasileiro, em 1824; seguida de outros movimentos, de cunho nacionalista e republicano. A proclamação da Independência, em 1822, sob um monarca português, cercado de colaboradores "galegos", não calara o sentimento nativista, da construção da pátria nova, soberana, autêntica,

edificada por um povo jovem, filho de etnias que aqui se mesclavam, preparando o Homem Americano.

Foi nesse momento de exaltação nacionalista e, em certa medida, republicana, que Giuseppe Garibaldi aportou, em 1836, à cidade do Rio de Janeiro, foragido da dominação estrangeira em sua pátria. Na antiga capital brasileira uniu-se a Luigi Rossetti, seu compatriota, vocação insuperável de jornalista e doutrinador, e que o levou a Livio Zambeccari, itálico também, preso, junto a Bento Gonçalves e outros líderes, à Fortaleza de Santa Cruz, após o desastre militar da Ilha de Fanfa, em outubro daquele ano.

Zambeccari, esse místico, exaltado pregador revolucionário, tenaz conspirador, transmitiu ao marujo da Nizza o sentido e objetivo da REVOLUÇÃO FARROUPILHA, a insurreição armada que lavrava na então Província do Rio Grande do Sul, no extremo meridional do vasto Império.

A vocação guerreira e a predestinação de "condottiere" viriam encontrar, distante do berço natal, palco e motivação para sua gesta de Herói — de — Dois Mundos.

Armado corsário, viaja rumo ao Prata, aventura-se pelos rios interiores e, perseguido por duas potências, vai bater, ao lado do fiel Rossetti, na heróica Piratini, a capital da novel República Rio-Grandense, onde pôde conhecer e admirar um punhado de idealistas românticos, autênticos cavaleiros medievais, herdeiros da bravura serena dos leônidas de todas as Termópilas, reencarnação do CID, deslocados no tempo, lançados no pampa e serranias gaúchas. Garibaldi reencontrara seus irmãos de alma!

Comandando diminuta marinha republicana, amplia a frente de batalha, ganhando rios e lagoas interiores. Era preciso um porto de mar: os farrapos vão buscá-lo na Laguna, transportando seus dois barcos de guerra — o Farroupilha e o Seival — pelo curso estreito dos rios Capivari e Tramandaí, cobrindo a parte terrestre conduzindo as embarcações sobre imensas carretas, puxadas por cem juntas—de—bois. Após ingentes sacrifícios, eis-lo que surge no litoral atlântico, ao extremo nordeste da Província. Ataca, sob o comando terrestre de Canabarro, a vila e porto de Laguna, toma-a e os liberais rio-grandenses proclamam ali a República Juliana, declarando a Província de Santa Catarina desligada do Império. Estava-se no inverno de 1839.

Foi ali, no litoral lagunense que Garibaldi descobre a jovem mulher Ana Maria de Jesus Ribeiro, que foi a sua Anita até a morte desta, em 1849, na costa do Adriático, nas proximidades de Ravena. Anita deu-lhe, ainda no Rio Grande, o primeiro filho, Menotti, nascido em meio à pobreza e desolação, em setembro de 40, tendo como cenário os areiais de São Simão, terras de Mostardas, no litoral gaúcho.

Até maio de 1841, Garibaldi, liderando alguns bravos marujos italianos e rio-grandenses, deu combate à Marinha Imperial. Sob o comando maior de Bento Gonçalves, Neto, Canabarro foi fiel, irrepreensivelmente leal à causa que abraçara e disciplinado a seus líderes. Foi, no Rio Grande, um Soldado da República. Alma de lidador, bateu-se por um ideário que era o seu, mas cuja vitória em nada o beneficiaria. Naquela legião de bravos fatalistas, igualou-se no destemor e no idealismo aos que tinham tudo por que lutar: família, amigos, compromissos políticos, vínculos partidários, tudo.

Ao partir, de São Gabriel, para a vossa pátria, Uruguay, Giuseppe Garibaldi tinha a seu lado a destemida, a ativa companheira, Anita. No colo desta, curtindo o rigor do inverno pampeano, o pequeno Menotti que, ao lado do pai e do mano Ricciotti —aqui nascido—, foi, 30 anos mais tarde, General da Italia.

O que foram Garibaldi e Anita, sua "Legion Italiana", que lugar ocupam na história do Povo

Oriental, cabe a vós —não a mim— recontá—lo.

A vós, uruguaios, e a nós, brasileiros do Rio Grande cabe, sim, impõe—se mesmo, registrar, proclamar, bradar que a bela porção do Mundo que nos tocou, a ambos, como pátria, teve, por 11 longos anos —de 1837 a 1848—, o privilégio indisputável de ter despertado na alma e na consciência de um homem singular a mesma devoção às nossas idéias, igual fidelidade às nossas causas, o mesmo idealismo na sua defesa, idêntico desprendimento, não menor capacidade de renúncia.

Ao recordar, sobre a rocha da ilha de Caprera, mirando o mar seu irmão, Garibaldi jamais esqueceu os bravos que conheceu e admirou nas campinas do Uruguai e nas plagas do Rio Grande. Dedicou—lhes as mais belas passagens de suas Memórias e de cartas aos antigos companheiros de luta:

“Modena, 10 de setembro de 1859. Meu prezado amigo sr. Almeida.

Quando eu penso no Rio Grande, nessa bela e cara província, quando no acolhimento com que fui recebido no grêmio de suas famílias, onde fui considerado filho: quando me lembro das minhas primeiras campanhas entre vossos valorosos concidadãos e os sublimes exemplos de amor pátrio e abnegação que deles recebi, eu fico verdadeiramente comovido. E esse passado de minha vida se imprime em minha memória como alguma cousa de sobrenatural, de mágico, de verdadeiramente romântico.

Eu vi corpos de tropas mais numerosos, batalhas mais disputadas, mas nunca vi, em nenhuma parte, homens mais valentes, nem cavaleiros mais brilhantes que os da bela cavalaria riograndense, em cujas fileiras aprendi a desprezar o perigo e combater dignamente pela causa sagrada das nações. Quantas vezes eu fui tentado a patentear ao mundo os feitos assombrosos que vi realizar por essa viril e destemida gente, que sustentou por mais de nove anos contra um poderoso império a mais encarniçada e gloriosa luta!

Não tenho escrito semelhante prodígio por falta de habilitações, porém, a meus companheiros de armas por mais de uma vez tendo comemorado tanta bravura nos combates, quanta generosidade na vitória, tanta hospitalidade, quanto afago aos estrangeiros, e a emoção que minha alma, então, ainda jovem, sentia na presença e na majestade de vossas florestas, da formosura de vossas campinas, dos viris e cavalleirescos exercícios de vossa juventude corajosa; e, repassando pela memória as vicissitudes de minha vida entre vós, em seis anos de ativíssima guerra e de prática constante de ações magnânicas, como em delírio brado:

— Onde estão agora esses belicosos filhos do Continente, tão majestosamente terríveis nos combates? Ande Bento Gonçalves, Netto, Canabarro, Teixeira e tantos valorosos que não lembro?

Oh! Quantas vezes tenho desejado nestes campos italianos um só esquadrão de vossos centauros avezados a carregar uma massa de infantaria com o mesmo desembaraço como se fosse uma ponta de gado!

Que o Rio Grande ateste com uma modesta lápide o sítio em que descansam seus ossos. E que vossas belíssimas patrícias cubram de flores esses santuários de vossas glórias, é o que ardentemente desejo”.

## ITINERARIO DE GARIBALDI RUMO A MONTEVIDEO

*Darci P. Ribeiro*

Nell'autunno del 1840, Garibaldi è a São Simão e Anita è ospite a São Luiz de Mostardas in casa Costa, dove il 16 settembre nasce Menotti, il primogenito.

Garibaldi alla fine del 1840 si ritirò prima verso nord per il pianoro di Cima de Serra, poi verso est, nel distretto di Vacaria e le foreste di Matto Portuguese e Castelhano e raggiunse Passo Fundo e Cruz Alta.

Il 15 marzo 1841 Garibaldi e Anita sono a San Gabriel, dove possono sostare per qualche mese.

Il 17 giugno 1841 raggiungono Montevideo.

ERIKA GARIBALDI, em "Itinerari Garibaldini nell'America Meridionale" - Roma 1988 - Istituto Internazionale di Studi Giuseppe Garibaldi.

Estabelecido o QG do exército em São Gabriel, (dezembro/1840) Garibaldi ali instalou-se com a pequena família. Infelizmente a guerra estava perdida para ele. "Mi decisi dunque di passare a Montevideo temporariamente" escreve Garibaldi, em suas "Memórias", após conferência secreta com Bento Gonçalves.

Domingos José de Almeida deu-lhe autorização para organizar uma tropa de gado, mil reses das quais reuniu somente novecentas. Na travessia do Rio Negro diz ele: "mancai di perdere il mio capitale quasi intiero"

... a tropa atingiu a ribanceira esquerda desfalcada de mais de quatrocentas cabeças... ao cabo de cinquenta dias chega a Montevideo.

LINDOLFO COLLOR, em "Garibaldi e a Guerra dos Farrapos"  
Livraria José Olímpio-Rio-1938.

Quando o Rio Negro surgiu parecia um mar visto de longe com suas águas pardas cobrindo as terras baixas das redondezas...

Chegando ao outro lado, estavam faltando mais de trezentas cabeças... dez dias talvez faltavam para que Montevideo despontasse no horizonte...

Dos quinhentos couros já nem trezentos possuía Garibaldi quando, cinquenta dias depois

de sua partida de São Miguel, (ou São Gabriel?) no Rio Grande, o Cerro montevidense apontase ao longe.

BRASIL GERSON, em "Garibaldi e Anita"  
Editora Souza - 1953.

...os três, Anita, Garibaldi e seu filho, estavam na coluna de Davi Canabarro. O planalto de São Francisco de Paulo, cujo flanco declina e cai para o mar, atinge a altitude de quase mil metros. Os "farrapos" de Garibaldi alcançaram por fim os campos de Vacaria, onde chegou também a coluna de Bento Gonçalves, fazendo junção os dois corpos de exército e descendo ao planalto que ostenta uma Cruz Alta...

Em meados de março (1841) fizeram alto na paisagem de São Gabriel... ao partirem os Garibaldi para o Uruguai, em maio de 1841, a capital era São Gabriel... os pastos amadureciam e a caravana rumou em arco para o oeste...

VALENTIM VALENTE, em "Anita Garibaldi - Heroína por Amor".  
Editora Soma Ltda. -Rio, 1949.

O intuito da presente publicação é o de pesquisar o itinerário de Garibaldi em fins do ano de 1840 e início de 1841, quando de sua partida para Montevideo.

Para tal reunimos textos de quatro fontes das mais abalizadas, ilustrando -as com o itinerário descrito nos textos.

Desgostoso com os rumos da Revolução Farroupilha, junto com sua mulher Anita e seu filho Menotti, o único nascido no Brasil e tendo recebido como pagamento de sua dedicação uma tropa de novecentas reses, Garibaldi e sua família devem ter seguramente efetuado o trajeto descrito nos mapas.

Quanto ao itinerário não padece dúvidas que o início da jornada deu-se na cidade de São Gabriel, transpondo o Rio Negro, já em território oriental, para finalmente chegarem a Montevideo.

A dúvida estabelece-se no que concerne às datas. Dois autores, Lindolfo Collor e Brasil Gerson, informam ter sido de cinquenta dias, sem precisarem datas de partida ou chegada. Já Valentim Valente em sua obra "Anita Garibaldi - Heroína por amor" escrito em 1949, informa a data como sendo maio de 1841, o que vem confirmar Erika Garibaldi em seu "Itinerari Garibaldini nell America Meridionale", inédito no Brasil e que conservamos no original, o qual dá como ponto final da jornada a data de 17 de junho de 1841.

Também Wolfgang Ludwig Rau em "Anita Garibaldi" afirma que "em meados de março de 1841", chegou Garibaldi a São Gabriel, tendo partido antes do inverno para Montevideo, onde entrou em junho de 1841.

Já o autor Morivalde Calvet Fagundes na sua "História da Revolução Farroupilha" á pags. 309 diz que "em maio de 1841 Garibaldi em conferencia secreta com Bento Gonçalves, decide passar ao Uruguai"... "ao cabo de cinquenta dias chega a Montevideo".

Com surpresa constatamos que Augusto Tasso Fragoso, narrando com detalhes as operações militares, esquece-se de Garibaldi nada informando enquanto que Anselmo Amaral em "Garibaldi Guerreiro da Liberdade", tomando por base as "Memórias" escritas por Alexandre Dumas (pai), pouco acrescenta ao assunto.

Pesquisamos ainda o autorizado Alfredo Varela, nada encontrando de maior importancia.

Finalizando chegamos á conclusao de que a efetiva passagem de Garibaldi do Rio Grande do Sul para Montevideo deu-se no ano de 1841, chegando á capital do Uruguai em junho desse ano.

Tendo detalhado o itinerário e comprovado as datas, sentímo-nos à vontade para propôr a nossos amigos garibaldinos da ASOCIACIONE CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO uma comemoração alusiva ao sesquicentenário do evento.





## LO STATO DEL RIO GRANDE DO SUL NEL 1835

*Gaetano Massa*

Lo stato brasiliano del Rio Grande do Sul, situato nella parte meridionale del Paese, presso i confini con l'Argentina e l'Uruguay, celebrò nel 1985, con magna pompa, il 150esimo anniversario dell'insurrezione (che è passata alla storia col nome di "Guerra Farrroupilha") contro la politica assolutista ed accentratrice del governo di Rio de Janeiro.

E com'era il Rio Grande do Sul ed il resto del Brasile nel 1835? Il Brasile attualmente, secondo la costituzione del 24 maggio del 1967, è una repubblica federativa costituita dall'unione indissolubile di 23 stati, del Distretto Federale, e di 3 territori. Ma nel 1835 era un impero governato da un triumvirato, a causa della minore età del principe ereditario Don Pedro di Braganza. Suo padre, Don Pedro I, era stato costretto ad abdicare a favore del figlio. La mediazione di José Bonifácio da Andrada e Silva, illustre scienziato e intellettuale brasiliano, fu decisiva nei colloqui con il Portogallo, per arrivare ad una separazione pacifica fra i due paesi. Per tale motivo egli, con ragione è considerato il vero padre dell'indipendenza nazionale. Nella convinzione che il popolo non fosse ancora maturo per un governo democratico, spinse il principe Don Pedro, figlio del re Giovanni del Portogallo, a rimanere in Brasile ponendosi a capo di una nuova monarchia costituzionale.

Il popolo accolse Don Pedro come il liberatore e garante dell'indipendenza - fiducia che egli meritò certamente nei primi due anni -. Ma, quando nel 1823, l'Assemblea costituente era in procinto di elaborare un progetto di costituzione di tono liberale, egli sconfessò tale iniziativa facendone preparare un'altra da persone di sua scelta, allo scopo di poter concentrare tutto il potere nelle sue mani. I liberali temevano che tale costituzione, così imposta e poco democratica, "potesse diventare un espediente per mezzo del quale un imperatore antiliberal avrebbe potuto facilmente riportare il Brasile sotto la soggezione del Portogallo". Ed il timore non era poi troppo infondato, ove si pensi che Don Pedro era figlio del re Giovanni del Portogallo e pertanto legittimo erede di quel trono.

Il popolo si lagnava dell'eccessivo peso politico-sociale dei portoghesi e la scarsa influenza dei nativi negli affari della Corte; stigmatizzava lo sperpero di danaro dei cortigiani e dei ministri, che agivano come se fossero dei lacché dell'imperatore e non come dei severi amministratori dei beni dello Stato.

Un'altra occasione di rammarico fu l'infelice guerra contro l'Argentina (1825-1828) che,

sebbene risultasse sterile perché nessuno dei due contendenti ottenne una vittoria decisiva, causò gravi perdite di vite umane, di danaro ed anche di prestigio; infatti il Brasile, dovè aderire al desiderio della Gran Bretagna (a cui interessava per i suoi commerci pacificare quella zona del continente americano) di restituire l'indipendenza all'Uruguay, paese che aveva occupato nel 1820.

Don Pedro, di carattere autoritario ed altezzoso, era troppo proclive agli sperperi di Corte; il popolo gli rimproverava anche certe trasgressioni alle regole morali, delle quali era vittima l'imperatrice Leopoldina, molto stimata ed amata perché ricca di calore umano e saggezza, nonché coltissima e di sentimenti liberali.

In quei tempi la coscienza di una nazionalità brasiliana, distinta dalla portoghese, si andava accentuando ed il Partito Nazionale (liberale), si opponeva al regime di Corte, costituito in maggioranza da elementi invischiati perché avanzi del regime coloniale.

Ci furono ribellioni ed accese proteste. Alcuni perirono, e fra essi Libero Badaró, nato in Laigueglia, in provincia di Savona. Egli in San Paolo, dove risiedeva, aveva nel 1828 fondato *O Observador Liberal*, giornale di opposizione al partito di Corte. Fu ferito in un attentato il 20 novembre 1830 e morì il giorno dopo. Le sue ultime parole furono "Muore un liberale, ma non muore la libertà".

Finalmente i parlamentari nel 1831 si ribellarono e chiesero che l'imperatore affidasse le cariche importanti a cittadini brasiliani, e soprattutto che fosse ridimensionato il suo potere politico.

Don Pedro preferì abdicare e se ne tornò in Portogallo.

L'erede al trono, anche egli Don Pedro (figlio di Don Pedro I), aveva appena cinque anni nel 1831, ed il paese fu governato da un consiglio di reggenza, formato dal deputato Braulio Moniz, il generale Francisco de Lima e Silva, ed il visconte di Montalván, José de Costa Carvalho. I tre governarono sino al mese di ottobre del 1835, poco dopo lo scoppio della ribellione nel Rio Grande do Sul. Ad essi succedettero il sacerdote Diego Antonio Feijó, e poi Pedro Araujo Lima, marchese di Olinda.

Don Pedro II, per insistenza dei liberali, fu coronato imperatore nel 1841, prima che avesse raggiunto l'età legale dei 18 anni. Egli fu un monarca illuminato, promosse una politica di progresso e di benessere per il paese, consolidò l'unità territoriale dell'immenso stato e fu artefice di una pace generosa con il Rio Grande do Sul, nel marzo del 1845.

Il Rio Grande do Sul è una regione di confine, le cui caratteristiche topografiche si assomigliano più a quelle dei paesi vicini, Argentina e Uruguay, che al Brasile. E conosciuta come la regione dei gauchos brasiliani, e la zona bassa, la sua campinha, è particolarmente adatta all'allevamento del bestiame. Garibaldi nelle sue Memorie così la descrive:

"Il Rio Grande do Sul è diviso in due regioni: la bassa, limitata a levante dall'Atlantico, ed a ponente e maestro dalla Serra do Espinasso, è regione quasi tropicale per mite temperatura; il caffè, lo zucchero, gli aranci, ecc., beano quella felice contrada che ha di più il vantaggio d'immensa quantità di bestiame ed una bellissima popolazione forte a cavallo quanto i figli della provincia del Plata; l'alta regione della Serra, con una temperatura assai fredda, possiede le frutta tutte che appartengono a climi più rigidi, cioè pomi, pere, pesche, ecc., ed è coronata dall'estremità meridionale dell'immensa foresta".

Gli abitanti della regione, per le affinità razziali ed anche linguistiche con i gauchos dei paesi vicini, si sarebbero potuti unire ad essi in una confederazione rioplatense. Non l'hanno fatto perché (scrive Domenico Bartolotti in *Il Brasile Meridionale*, Roma, 1930):

"Il gaucho di Rio Grande do Sul proviene da una felice fusione dello spagnolo di frontiera,

del portoghese coloniale e del bandeirante paulista, con scarsa influenza del indio. Ne è derivato uno dei più gagliardi eroi dell'epopea americana, dominando nella storia e nella vita del Brasile. In questo tipo di gaúcho è racchiusa tutta l'anima riograndense, di un popolo che nacque lottando e sorridendo alla morte. In questa figura di cavaliere del deserto si riassumono il passato, le glorie, le vicende e le singolarità di questo stato. E la vera figura del Cid brasiliano, dell'uomo audace, cavalleresco e prode sentinella vigile della nazionalità; soldato sconosciuto che fece le campagne del Plata, combatté nel Paraguay, pugnò come un cencioso nel 1835, e sentì gli orrori del '93, in cui pagò il suo tributo di sangue per il grande amore alla libertà".

Il Rio Grande do Sul, nel 1835, era una delle province (regioni) fra le più ricche dell'impero. Si calcolava che nelle sue praterie pascolassero ben nove milioni di capi di bestiame. Gli allevatori ed i commercianti si lagnavano degli eccessivi oneri fiscali ai quali erano soggetti. E si lagnavano pure del poco interesse che i rappresentanti del potere centrale dimostravano per lo sviluppo delle loro industrie e per l'incentivazione dell'esportazione del pellame.

Nella provincia non esistevano partiti politici (come si concepiscono oggi), e nemmeno esistevano classi sociali organizzate. Si riscontravano però, nelle masse evolute e colte, tendenze liberali e repubblicane, o tendenze conservative e monarchiche. Simpatizzavano per la monarchia persone dell'alta borghesia, militari e funzionari dell'impero; essi venivano chiamati legalistas, o caramurus. Fra di loro vi erano anche quelli che favorivano l'unione del Brasile al Portogallo. I liberali, invece, desideravano istituire un regime federativo nel paese. Non tutti i liberali parteggiavano per la repubblica, ma chiedevano una maggiore autonomia per la loro provincia. Era gente popolana e della piccola borghesia, gaúchos, commercianti ed intellettuali. Gli uomini dell'imperatore li chiamarono farrapos (straccioni), vocabolo dispregiativo, che, con la rivoluzione, acquistò il più nobile dei significati: quello di uomo libero.

Le relazioni fra le due fazioni peggiorarono, ed il 20 settembre del 1835, il popolo esasperato depose il governatore imperiale, Antonio Fernandes Braga (azione che diede inizio alla guerra farroupilha di secessione e che durò dieci anni (1835-1845). Cinque giorni dopo, il leader degli insorti, Bento Gonçalves, giustificò detta azione, giudicandola necessaria per allontanare dalla provincia un'amministrazione inetta e faziosa e restaurare il predominio della legge.

L'insurrezione convinse il popolo della necessità di sostituire la monarchia unitaria con un regime federale repubblicano, simile a quello che fu istituito nel 1889, dopo l'abdicazione dell'imperatore Don Pedro II. Si se considera tale motivazione, sarà azzeccato affermare che la rivoluzione farroupilha fu uno dei gloriosi episodi della democratizzazione del Brasile.

L'insurrezione del Rio Grande do Sul non fu un caso isolato nella storia del Brasile. Nel 1824, gli stati del Nordest si ribellarono ed istituirono la Confederação do Equador; insorsero ripetute volte Bahia e Pernambuco, e focolai rivoluzionari si accesero nel Pará settentrionale (1831) e poi nel 1833 a Minas Geraes, che si era già ribellata nel 1720, e nel Mato Grosso e Maranhão nel 1834. E nel 1699, l'allora governo coloniale portoghese aveva dovuto annientare il Quilombo (repubblica indipendente di negri fuggiti in Palmyras, Pernambuco).

Bisogna però ammettere che fu proprio il regime monarchico che i rivoluzionari volevano abbattere, a salvare l'unità geografica della nazione, e a ingrandirla di nuovi territori. Citiamo Hubert Herring (*History of Latin America*, Knopf, New York, 1968, e in versione italiana, Rizzoli, Milano, 1971), uno dei tanti assertori di questa verità:

"Grazie al buon senso e al saldo patriottismo degli uomini che furono al governo negli anni del 1830, il Brasile si salvò dalla spartizione da una parte e dalla dittatura dall'altra. Di tanto

in tanto l'impero sembrava andare in frantumi. Si profilò anche la creazione di tre Brasile: uno stato settentrionale saccarifero, uno centrale essenzialmente minerario e produttore di caffè, e uno meridionale dedito all'allevamento del bestiame. E anche in concomitanza con la temporanea esperienza ispanoamericana, il paese fu sul punto di cadere nelle mani di capi militari, come stava accadendo in Argentina con Rosas e in Messico con Santa Anna. Il Brasile evitò felicemente questi scogli grazie agli uomini che ressero le sorti dell'impero durante la minore età di Pedro".

E queste forze unificatrici hanno fatto del Brasile il paese più grande del mondo latino sia per estensione geografica sia per popolazione.

Il centocinquantenario dell'Insurrezione Farroupilha e le precedenti celebrazioni nel Rio Grande do Sul del centenario dell'immigrazione tedesca (1924) e dell'immigrazione italiana (1975) sono indicative, oltre agli aspetti sentimentali e folcloristici, della consapevolezza del popolo riograndense di aver contribuito al progresso sociale ed alla "brasilianità" di tutta la nazione.

In questa celebrazione dell'anniversario non si poteva non ricordare ed onorare due figure di spicco di quella insurrezione: Anita Garibaldi, simbolo dell'emancipazione della donna brasiliana, e Giuseppe Garibaldi, eroe dei due mondi e paladino delle libertà dei popoli.

## EN LOS DOSCIENTOS AÑOS DEL NACIMIENTO DE GIUSEPPE GIOACCHINO BELLI

### RIFRESSIONE IMMORALE SUR CULISEO

St'arcate rotte ch'oggi li pittori  
Viènggheno a disegnà co'li pennelli  
Tra l'arberetti, le croce, li fiori,  
Le farfalle e li canti de l'ucelli,

A tempo de l'antichi imperatori  
Ereno un fiteatro indóve quelli  
Curreveno a vedé li gradatori  
Sfracassasse le coste e li cervelli.

Qua lòro se pijaveno piacere  
De senti l'urli de tanti cristiani  
Carpestati e sbranati da le fiere.

Allora tante stragge e tanto lutto,  
E adesso tanta pace! Oh avventi umani!  
Cos'è sto monno! Come cammia tutto!

Este año se cumple el segundo centenario del nacimiento de Giuseppe Gioacchino Belli, el poeta de Roma por excelencia.

En casi dos mil quinientos sonetos nos dejó un fresco estupendo de la Roma del Ochocientos identificándose, en su expresión dialectal, no sólo con el habla y con el modo de ser del romano común, sino, y lo que es más importante, con su propia manera de pensar.

Algunos le reprocharon su manera de escribir utilizando y hasta abusando de las llamadas "malas palabras" (¿qué es una "mala palabra"?). Para nosotros, por ejemplo, "otorrinolaringólogo" y podríamos jurar que Belli jamás usó el término otorrinolaringoiatra, su versión italiana, al menos en su obra poética).

Otros, o los mismos algunos, su falta de religiosidad.

Para nosotros, la "irreligiosidad" de Belli puede ser considerada la misma del Savonarola. Criticaba lo que él o el pueblo romano encontraban mal pero, precisamente, por ser sinceramente religiosos.

Es cierto que en su testamento ordenó quemar su obra en una especie de arrepentimiento, pero también es cierto que él no la quemó. ¿Una pose? ¿Una "cobertura"? Su obra, felizmente, todavía pervive y nos hace respirar el aire de aquella Roma tan peculiar del siglo XIX, en la que se mezclaba la grandeza pasada con la grandeza de entonces, que era el poder temporal de los papas, y una cadencia provinciana muy particular de viñedos codeándose con excelsos palacios, de huertas rodeando a basílicas maravillosas; una ciudad en la que todavía se oía el cencerro de las ovejas pastando con el fondo de los formidables acueductos que nos recordaban solemnemente que no siempre aquello había sido así. Y que no volvería a serlo.

Este soneto con el que homenajeamos al gran romano es un destello que nos retrotrae a aquellos momentos en los cuales el Coliseo supo estar en paz y se le podía admirar sin tener que estar esquivando la incesante corriente automovilística.

C.N.

The logo for BNL (Banca Nazionale del Lavoro) is displayed in a bold, stylized, black serif font. The letters are thick and closely spaced, with a classic, authoritative appearance.

CASA FINANCIERA S. A.

25 DE MAYO 575 - CASILLA DE CORREO 1454 - MONTEVIDEO - URUGUAY  
TELEFONO: 96.20.30 - TELEX: 23277 LAVORO UY - FAX: 96.20.05

## ITALIANOS EN EL URUGUAY EN LAS PRIMERAS DECADAS DEL SIGLO XX

*Luce Fabbri Cressatti*

### ENTRE LOS DOS SIGLOS

Hoy es el 20 de setiembre; mi charla coincide, pues, con la que sería naturalmente la efeméride nacional italiana, que tendría que celebrarse en Italia con solemnidad académica y con desfiles, como en el Uruguay el 18 de julio, en Francia el 14 del mismo mes o el 25 de mayo en la Argentina. Es el aniversario del día en que se completó en 1870 la unidad italiana y se realizó el ensueño que había dado impulso, durante gran parte del siglo, a las luchas por la independencia nacional: Roma como capital del país unificado. Si hubiera seguido el destino normal de las fechas patrióticas, solo se hablaría de ella en el ceremonial propio de la recurrencia y se estaría hoy destiñendo, como sus similares europeas, proyectadas en el más amplio ámbito de la unión de Europa. Lo que la salva de la fosilización es el hecho de que se trata de un recuerdo solapadamente perseguido. Lo borró del calendario oficial Mussolini en 1929, como consecuencia del Tratado del Letrán que restablecía, aunque en proporciones minúsculas, el poder temporal del papado, de origen medioeval, caído, como último obstáculo a la unidad italiana, ese 20 de setiembre de 1870. El post—fascismo no restableció la conmemoración, pues al reformar nuevamente la constitución, conservó esa brizna de poder temporal del papado, instituida por Mussolini, base material del poder político de la iglesia católica, que ya Dante, el catolicísimo Dante, había deplorado con versos de fuego en el canto XIX del *Infierno*.

Así, en pleno siglo XX, Italia sigue tironeada, como en la antigüedad y la Edad Media, entre la ciudad y el mundo, entre la *urbs* y el *orbis*.

No soy afecta a las conmemoraciones, ni me preocupan mucho las efemérides, pero los curiosos destinos de esta fecha, que sigue inquietando las conciencias, me llevan a retomar mi tema al punto en el que lo habíamos dejado en la charla del pasado año, es decir el final del siglo, pero con la mirada puesta en los treinta años anteriores, pues el alud inmigratorio de esos decenios —que fue nuestro tema— traía a esta tierra toda esa entonces reciente problemática, que luego se proyectó sobre muchos aspectos de nuestro siglo.

Las capas minoritarias más cultas, formadas por profesionales de clase media y por una élite de obreros especializados, sentía además profundamente el problema institucional, pues el dilema: monarquía o república, sólo para una parte de la colectividad italiana en el Uruguay había sido resuelto, gracias a la "brecha de Porta Pía", en sentido monárquico. Para otros, ese

problema quedaba pendiente. El impulso republicano del "Risorgimento" había sido demasiado fuerte para que el hecho consumado fuera aceptado por todos los italianos fuera de Italia como definitivo, especialmente porque entre ellos había quienes habían abandonado la patria justamente por su hostilidad a la monarquía. Otros, en cambio, especialmente en las capas inmigratorias que habían llegado a ser más pudientes y que estaban más vinculadas a las autoridades italianas, aun siendo a veces de origen carbonario y garibaldino, habían aceptado la situación. Por otra parte, la inmigración obrera, italiana, española y francesa, había traído la conciencia de la que se llamaba entonces la "cuestión social". La prensa grande, aquí, discutía acerca de si existía una "cuestión social" en el Uruguay; había quien lo negaba enérgicamente. Pero como, de hecho, existía, se organizaban sindicatos y se fundó la sección uruguaya de la Primera Internacional, con una fuerte intervención del elemento italiano, como se vio el año pasado.

El inmigrante, al llegar, si se detenía en el ambiente urbano, quedaba casi fatalmente atraído en una de estas tres órbitas. "No soy ni republicano, ni monárquico, ni anarquista", decía el director de un periódico italiano de Montevideo de la época (1), para subrayar su prescindencia política y la ecléctica italianidad de su publicación, señalando así las tres posibilidades ideológicas que él veía en ese momento en la colectividad. Las tres tendencias, fuertemente marcadas por la tradición del Resurgimiento, tenían, sin embargo, casi siempre en común un fuerte tinte anticlerical, consecuencia, para la inmigración de clase media, por un lado, de las luchas recientes que habían desembocado en la Brecha de Porta Pía, y por otro, localmente, de la tradición masónico—garibaldina, que remontaba a la Legión italiana del período de la Defensa. Para la clase obrera, la tendencia anticlerical se vinculaba con la doble raíz hegeliana y positivista del socialismo y con el natural antidogmatismo libertario.

Distintas son las características de la inmigración campesina, fuertemente impregnada de catolicismo, pero no tan vocacionalmente conservadora como se suele creer. Sus integrantes procedían, en su mayor parte, de medios rurales con fuertes índices de analfabetismo y presentaban problemas de carácter más primario. Traían, en general, un espíritu aún regional, pues la unidad, realizada militar y políticamente, demoró mucho en hacerse conciencia. "Italia está hecha; ahora hay que hacer a los italianos", se dijo en ocasión de la ocupación de Roma en 1870. Un viejo campesino de las colinas boloñesas con el que llegué a hablar en mi infancia (alrededor de 1920) durante una excursión, creía que en la región todavía gobernaba el papa. La desubicación debía ser mucho mayor al principio del siglo.

En ese período inicial de la historia de la Italia unificada, los primeros miembros de las masas rurales que tomaron conciencia de la nueva realidad debieron ser los emigrantes, pues en la antesala de cualquier consulado de cualquier ciudad extranjera receptora de emigración italiana se oían resonar y cruzarse (como hasta ahora resuenan y se cruzan) todos los dialectos de la península.

El problema de esas masas, herederas de la antigua sabiduría del cultivo de la tierra, pero ajenas a casi todos los demás aspectos de la llamada "civilización", no era monarquía o república (aceptaban la monarquía en Italia como un dato, remoto e independiente de su voluntad, con la misma pasividad con que aceptaban la inexistencia de un rey en tierras americanas). Su problema era conciliar la región concreta con una Italia abstracta, el dialecto ancestral con un italiano nunca aprendido y que se presentaba ahora como un deber, pero mucho más con la necesidad práctica de asimilar el español, que representó, además, para ellos, la lengua de la cultura, pues muchos, en español, aprendieron a leer y a escribir.

En el campo, donde, entre el partido colorado y el partido blanco no había más diferencia

que la tradición, y el colorado era —por tradición— el partido favorable a la inmigración, especialmente italiana, los recién llegados, por el solo hecho de acercarse a los connacionales, quedaban incorporados casi todos al partido colorado, por conveniencia de adaptación. Pero ese coloradismo se hace visible y operativo mucho más en la segunda generación.

En cambio, es sabido que los inmigrantes españoles, más apegados —también en algunos sectores inconformistas, como el carlista— a la tradición y a la Iglesia, se arrimaban al llegar (con la exclusión, naturalmente, de los obreros) al partido blanco. Esto se puede decir en las grandes líneas, pues hay numerosas excepciones. “Eramos blancos, porque vivíamos en la Unión” le oyó decir la historiadora María Emilia Pérez Santarcieri a un miembro del ramal italiano de su familia.

Me interesa aquí poner de relieve algo que en la charla anterior se tocó al pasar. Uno de los fenómenos más extraños de la historia uruguaya —que no se produce en la Argentina ni en el Brasil, donde el proceso inmigratorio ha tenido caracteres análogos— es que una población de origen mayoritariamente extranjero y cuyo crecimiento demográfico se debe en buena parte, en toda su historia, a la inmigración, haya conservado durante todo el tiempo una estructura política basada en dos partidos sin diferencias ideológicas fundamentales, divididos por una tradición histórica, que se fue enriqueciendo de mártires y rencores completamente ajenos a las tradiciones y a la mentalidad que los inmigrantes traían al llegar.

En el Uruguay la Guerra Grande todavía suscita discusiones apasionadas entre “defensistas” y “antidefensistas” y, por lo tanto, la figura misma de Garibaldi es amada u odiada, junto con la de los demás defensores de la “Nueva Troya”, como si perteneciera a nuestra época, cuando en Italia el “Risorgimento” en bloque es remoto objeto de crítica histórica en un mundo que se siente profundamente distinto.

Ya es de por sí excepcional la persistencia de dos partidos con función hegemónica y con invariables lemas y símbolos durante toda la historia de un país (en este caso, más de un siglo y medio); pero mucho más excepcional si se trata, como en el Uruguay, de un país joven que, después de la fundación de los dos partidos, ha recibido un aporte inmigratorio mayoritario y continuamente renovado, aunque, ya en el siglo XX, en medida progresivamente menor.

Barrán y Nahum, en su libro sobre “El Uruguay del Novecientos”, dicen, a propósito del estado demográfico del país en 1908: “Los extranjeros, en realidad, ya habían poblado al país y se estaban integrando a la nacionalidad en la misma medida en que la habían conformado. El Siglo XIX fue su obra. Montevideo en 1843 tenía dos extranjeros cada tres habitantes y en 1860 uno cada dos. El siglo XX fue, en cambio, hecho por hijos y nietos de los extranjeros, los uruguayos: Montevideo en 1908 tenía un extranjero cada cuatro habitantes... Los jóvenes eran uruguayos, las personas maduras extranjeras y nacionales, los ancianos, extranjeros... En el tramo de la vejez, mayores de 60 años, los extranjeros dominaban a los uruguayos. Ese dominio se tornaba clara hegemonía luego de los 75 años, con un 70% de extranjeros...”

El escaso 30% de uruguayos abuelos ocultaba a los bisabuelos extranjeros de los poquísimos uruguayos que podían decir en 1908 que tenían un abuelo uruguayo. Al fin y al cabo el propio Presidente Batlle y Ordóñez, figura prominente del patriciado, es decir de la clase dirigente nativa, tenía abuelos extranjeros” (2).

La fuerza de la tradición política criolla en un país de tales características es sin duda un fenómeno digno de estudio. Alberto Zum Felde, en su libro “Proceso histórico del Uruguay”, lo atribuye a la extraordinaria asimilabilidad del elemento italiano que se incorpora masivamente al hispano—criollo. Dice que los hijos de los inmigrantes enriquecidos adquirían sin trabajo el lenguaje y el tono de las clases altas locales. Y sigue: “Los descendientes de la inmigración

que no han llegado a la alta clase, y son, por supuesto, la mayoría, se confunden con el pueblo criollo, adquiriendo sus hábitos, su lenguaje, su aspecto... Hasta el rasgo compadre, genuinamente nacional, es apropiado por el hijo del gringo (tal genuinidad es discutible: podría ser un rasgo de origen andaluz o napolitano. l.f.c.)... El cruzamiento frecuente contribuye a confundir las dos razas. Esa... fusión social no se limita a Montevideo.... En las propias estancias, hay peones con apellido italiano, confundidos entre la paisanada tradicional y en nada diferente de ella.... El carácter gaucho... sigue ejerciendo de fermento secreto, para mantener la unidad histórica entre los cambios étnicos y sociales de la colectividad" (3).

Sobre este fondo tradicionalmente bipartidista, con una población de origen múltiple en la que el componente italiano tenía tanta importancia, estalla en el país ese movimiento atípico, tan profundamente original en su contexto espacial y temporal, que se llamó batllismo.

### LA INMIGRACION, EL BATLLISMO Y EL MOVIMIENTO OBRERO

El tema de las relaciones entre la obra de José Batlle y Ordóñez y la inmigración italiana ha sido estudiado, pero no ha sido agotado y merecería sin duda un trabajo de investigación, que espero que alguien, tarde o temprano, lleve a cabo.

En el congreso del Partido Blanco que se realizó después de la derrota y la muerte de Aparicio Saravia, que pusieron fin a las guerras civiles en el Uruguay, es decir cuando se inicia la hegemonía política de Batlle, se trató de deslindar, si no ideológicamente, por lo menos socialmente a los dos bandos. Los blancos declararon, según nos cuenta Zum Felde (4), que ellos, los "nacionalistas", representaban la tradición hidalga, castiza y patricia del Uruguay, en tanto que el coloradismo era "el partido de los inmigrantes".

Era la realidad de ese momento y de toda la historia anterior del país. Después las cosas fueron cambiando, y, cuando llegué en 1929, esa división tajante ya no hubiera sido posible. Pero se me ocurre que el factor que produjo el cambio fue precisamente el triunfo batllista, que sin embargo parecía encuadrarse perfectamente en la definición, pues favoreció extraordinariamente la inmigración. El batllismo cambió —creo— el panorama bipartidista porque, siendo un movimiento basado en un conjunto bien trabado de ideas enraizadas en la acción práctica, obligó, por la dinámica de las discusiones, a las demás tendencias a buscar a su vez sus propias bases ideológicas.

Vimos el año pasado que en el Centro Internacional, fundado en la última década del siglo (1898), se había producido un acercamiento entre la clase obrera, en proceso de organización y autoconciencia, y la intelectualidad uruguaya. Y hablamos también de la importancia que en el Centro Internacional tuvo la cultura italiana a través de los inmigrantes y de los viajeros, como el sociólogo socialista Enrico Ferri y, antes, el escritor anarquista Pietro Gori.

Este último permaneció en América del Sur cuatro años y estuvo un tiempo en Montevideo, ejerciendo aquí una notable influencia, que se extendió más allá del ambiente obrero e ideológicamente avanzado, tanto que la revista **Rojo y Blanco** daba en términos elogiosos la noticia de su regreso a Italia, acompañada por fotografía, en la crónica mundana. Veinte y seis años más tarde, el 22 de setiembre de 1928, Emilio Frugoni evocaba con palabra encendida su figura en una conferencia pronunciada en aquel mismo Centro Internacional a punto de cerrar. Con ese cierre se clausuraba la historia de una institución verdaderamente internacional, pues fue el fruto del esfuerzo conjunto de uruguayos e inmigrantes de varias nacionalidades.

Poco tiempo después, el local reabrió sus puertas con el nombre de Ateneo Popular, siempre en manos del sindicato de los sastres, para desaparecer definitivamente años más tarde

en las turbulencias de este siglo tan tempestuoso.

Pero volvamos a los primeros años del siglo, cuando el Centro Internacional florecía: si leemos los artículos que por esos mismos años Batlle escribía sobre la cuestión social y las huelgas o la defensa de los llamados “agitadores” que realizaba *El Día*, en discusión con *La Democracia*, diario blanco, no podemos dejar de establecer entre los dos focos político—culturales —el Centro Internacional y *El Día*— un nexo de cierta reciprocidad, a la que no es ajeno el común influjo inmigratorio y especialmente italiano. En efecto, Domingo Arena, el gran amigo de Batlle, que se presentaba como su “caja de resonancia” al escribir con su pluma fecundísima una parte importante de los artículos de *El Día*, era un inmigrante italiano de extracción humilde (el “gringo” Arena), llegado al país, aún niño, en 1877.

La inmigración finisecular italiana, que, aun en su parte monárquica, traía el espíritu del 20 de setiembre y de la “Brecha de Porta Pía”, con el respaldo local de la tradición garibaldina, contribuyó seguramente a reforzar el anticlericalismo batllista, mientras su sector obrero, orientado hacia el socialismo antiautoritario, remozaba el humus artiguista de la historia uruguaya, que es federal y celoso de las autonomías, favoreciendo a la distancia el carácter liberal y descentralizador de la política socializante de Batlle, quien dio título de “Entes Autónomos” a sus nacionalizaciones y trató de combatir, en terreno constitucional, la concentración del poder en manos del Presidente de la República, proponiendo sustituirlo por un Ejecutivo colegiado.

Recíprocamente, la personalidad de Batlle y sus audacias en terreno social ejercieron una particular fascinación sobre los inmigrantes italianos, aun sobre algunos de los más avanzados, dando lugar, entre otras cosas, a aquel curioso fenómeno del anarco—batllismo, cuyo representante más destacado, junto con el poeta Angel Falco, fue el editor Orsini Bertani, que tanta importancia tiene en la cultura del que hoy se suele llamar el Uruguay Batllista. Naturalmente la mayoría de los inmigrantes obreros sindicalmente activos no se dejaba seducir hasta tal punto y se limitaba a teñir de una vaga simpatía hacia la persona de Batlle su oposición de principios al gobierno; pero los hijos de esos inmigrantes, hijos doctores, serán en gran número batllistas.

Y batllista fue, sin complicaciones, la inmigración italiana campesina, que, en oposición al latifundio ganadero, mayoritariamente blanco, se dedicó a la agricultura en los alrededores de Montevideo y en Canelones.

Esta es la realidad que encontré en 1929, cuando llegué al Uruguay y pude comprobar, por ejemplo, que en los viñedos que se extendían entre La Paz, Las Piedras y Melilla se oían al anochecer coros en piamontés y los caminos vecinales, construídos por los viticultores, tenían puentecitos sobre cañadas o acequias con inscripciones como esta: “Ponte la cinquina”. Llegué cuando se estaba muriendo Batlle y, con él, empezaba a morir el batllismo. La dictadura de Terra le dio el golpe de gracia. Pero, en los primeros 30 años del siglo, fue la imagen misma con que el Uruguay se presentaba al mundo, una imagen muy suya, inconfundible, de la que el aporte de la inmigración italiana era un componente necesario, y por eso la destacamos aquí.

Esta imagen, que era la de un país de puertas abiertas, no sólo respetuoso del derecho de asilo, sino cordialmente acogedor para los desterrados, contrastaba con las de los países vecinos, especialmente con la de la Argentina, que era también un país construído por inmigrantes, pero en el que el patriciado latifundista criollo, al principio del siglo pasado, había conservado, después de 1810, sus privilegios y, ladeada la generación de Mayo, había recuperado y mantenido luego su hegemonía política (5). Esta clase dominante después de haber deseado la inmigración para contrarrestar la llamada “barbarie” del gaucho, había

llegado a tenerle miedo al "gringo", por razones análogas, no racistas, sino clasistas. Dice el escritor Miguel Cané (hijo), el autor de *Juvenilia*, en su libro *Prosa ligera*: "¿Dónde están los viejos criados fieles que entreví en mis primeros años en la casa de mis padres? ¿Dónde aquellos esclavos emancipados que nos trataban como a pequeños príncipes?... Hoy nos sirve un sirviente europeo, que nos roba, que se viste mejor que nosotros, y que recuerda su calidad de hombre libre cada vez que se le mira con rigor..." (6).

El mismo Cané, en su calidad de senador, presentó en 1902 un proyecto de ley, que luego, modificado por una comisión del Senado, fue aprobado y se conoce con el nombre de Ley de Residencia (7). Esta ley facultaba al Poder Ejecutivo —en la práctica, a la policía— a expulsar del país sin juicio a todo extranjero que se considerara peligroso para el orden público. Inmediatamente aplicada en forma masiva en 1902, luego, de nuevo, en 1904, y más esporádicamente después, dio origen a oleadas inmigratorias al Uruguay desde la vecina orilla, en las cuales el elemento italiano era importante.

Traídos por ese vendaval, llegaron el ya mencionado Orsini Bertani, el poeta Alberto Ghirardo (que volvió después de un tiempo a la Argentina y relató sus experiencias en un librito: *La tiranía del frac*, publicado en 1905 por la Editorial de la revista literaria *Martín Fierro*), Heriberto Staffa, que fue más tarde secretario del Círculo Napolitano, el periodista Guaglianone y muchos sindicalistas.

A uno de esos deportados, el italiano Oreste Ristori, por un arbitrio de las autoridades del puerto, se le negó el ingreso. Batlle, que era presidente en ese momento, para reivindicar el honor del país, hizo alcanzar al deportado en Río de Janeiro y lo hizo traer de vuelta al Uruguay. El contraste con la situación argentina no podía ser más radical.

La Biblioteca Nacional conserva, entre la prensa obrera de los primeros años de este siglo, seis números de un periódico en lengua italiana, *La Giustizia*, publicado en 1906 por otro refugiado libertario procedente de Buenos Aires, Roberto d'Angiò. Escribe con soltura y corrección y se dirige a "los trabajadores que entienden mejor el italiano que el español" (no sea cosa que se atribuya a patriotismo el uso de la lengua materna). A continuación declara haber venido al Uruguay para desarrollar aquí la obra de propaganda que no se podía llevar a cabo desde la Argentina.

Si el elemento italiano desempeña una labor gravitante en el Centro Internacional y en los sindicatos entonces de coloración libertaria, está presente también en las raíces del Partido Socialista uruguayo, empezando por su fundador, Emilio Frugoni, de familia italiana y de una cultura en la que el componente italiano tenía su peso. Entre mis recuerdos más queridos de refugiada, llegada aquí —como suele decirse— con una mano atrás y otra adelante, está el primer núcleo de mi futura biblioteca de literatura italiana, constituido por algunos libros de especialización en la materia, que Emilio Frugoni sacó de sus estantes para regalármelos, en los primeros días, aún antes de que tuviera un lugar donde guardarlos. Ya en la poesía juvenil de Frugoni, Rodó, que hizo el prólogo a su primer libro, reconocía "vientos de Italia". Y, alrededor de Frugoni, otros hijos de italianos como Santino Caramella y el joven Cassinoni, que pronunció un discurso en conmemoración de Matteotti en un acto al que asistí con mi padre en esos primeros momentos de mi residencia en el país.

Pero, ya antes, a fines del siglo pasado, cuando se organizó ese Centro Socialista que se considera el primer paso para la fundación de un Partido Socialista (1894), interviene en la tentativa un tal Francesco Berti (7), un inmigrante italiano, que ese mismo año publica un folleto con el curioso título "*La Roma libera dei patrioti italiani*", donde, en una lengua a menudo reñida con la gramática, pero eficaz, expone su ideal de un mundo sin explotadores

ni opresores, sin fronteras ni ejércitos.

Me he detenido en este sector, obrero u obrerista, de la inmigración italiana, pues considero que, junto con la inmigración campesina, es, a principios del siglo, el que contribuye más a la formación cosmopolita del Uruguay que hoy conocemos, siendo, a la vez, el menos conocido, ya que no se empeña en conservar y defender su especificidad nacional.

Naturalmente, sigue existiendo y enriqueciéndose con nuevos aportes la que se llama la "colectividad", activa como tal, representada por las firmas comerciales e industriales italianas, por profesionales, por las sociedades italianas, algunas regionales, a menudo de carácter mutualista, y por la prensa mayor, que conserva por mucho tiempo la posibilidad de la salida diaria.

### EL IDIOMA ITALIANO EN LA PRENSA Y EN LA CULTURA

L'era italiana, con sucesivos cambios de título (antes *L'Italia* y luego *L'Italia al Plata*) rebasa ampliamente la frontera cronológica entre los dos siglos. Destéffanis había muerto en 1899, pero el diario, con cambios de dirección, dura hasta 1912, sin que sus características varíen mucho. En 1906 aumenta el formato y llega a tener, por un breve momento, ocho carillas en lugar de las cuatro tradicionales, pero las cuatro suplementarias están enteramente dedicadas a los avisos publicitarios, que nos hablan de una fuerte y pujante actividad económica del elemento italiano en el país. La salida diaria hace de esta hoja el máximo vocero de la colectividad. En comparación con los diarios similares del siglo XIX, dirigidos por fuertes personalidades como Anfossi y Destéffanis, diría que *L'Italia al Plata* es más impersonal y más objetivamente informativo. Escrito, como los anteriores, en buen italiano, da noticias de todos los países de Europa y especialmente de Italia, de América y especialmente del Uruguay, sin olvidar al movimiento obrero (no sólo habla de las huelgas, sino también de las reuniones de la Federación Obrera, dando cuenta de las discusiones y de las resoluciones votadas). Halaga el gusto del público con la consuetudinaria novela en continuación: de pronto es una obra de Carolina Invernizio, de pronto otra, unos cuantos peldaños más elevada como *Mater dolorosa*, narración romántica de Gerólamo Rovetta.

En cuanto a opiniones políticas, el diario no se manifiesta: quiere ser el diario de todos los italianos, y es esta la definición que reivindica. Pero es, eso sí, anticlerical. Un pequeño ejemplo: en el N° 219 del 15 de octubre de 1906, refiere el rumor que corría de la próxima salida de otra publicación cotidiana italiana en Montevideo (iniciativa que, al parecer, no cuajó) y dice que ese diario va a ser financiado por un grupo de italianos "para los cuales el 20 de Setiembre es un día de remordimiento y luto", con la finalidad de oponerse "a la propaganda anticlerical sostenida constantemente a cara descubierta desde nuestras columnas". Y termina: "Que al que está a punto de nacer le sean propicias la sal y las aguas bautismales. Nosotros preferimos el vino y con nuestro poeta entonamos:

Vino e ferro vogl'io come a'begli anni  
Alceo chiedea nel cantico inmortal  
con lo que sigue (9)".

En ese año 1906, el poeta citado, Josué Carducci, recibía el premio Nobel, pero estaba en plena decadencia física y en el penúltimo año de su vida. Con él se iba un mundo, que es el mundo representado en estas playas por este diario, en el que se siente —adaptado a los nuevos tiempos y un poco aguado— algo del espíritu garibaldino.

Había aún en Montevideo algunos supérstites de la Legión italiana de la Defensa: se

reunían todos los años en el aniversario de la batalla de San Antonio (8 de febrero), para cenar juntos. El diario, en esa fecha de 1906, los saluda y nos transmite sus nombres, o, por lo menos, los nombres de los que asistieron en esa oportunidad a la cena ritual: Pietro Viglione, Bartolomeo Servetti, el negro Márquez y Gerólamo Pincetti.

En ese mismo año 1906, tuvo lugar en Buenos Aires el Congreso Internacional del Libre Pensamiento, que dos años antes se había reunido en Roma y el año anterior en París. El diario da noticias de las repercusiones montevidéanas del acontecimiento: vinieron unos congresales desde la Argentina y la Liga Liberal los recibió en sus locales de Plaza de la Libertad, convocando para la ocasión a los intelectuales uruguayos. La iniciativa era masónica, pero el Congreso de Roma había rebasado en mucho esos límites, extendiendo el concepto de "libre pensamiento" del campo religioso al político y social (10). Algo análogo pasó el año siguiente en París (11). El Congreso de Buenos Aires acentuó ese carácter y tomó un marcado color no sólo anticlerical, sino también antimilitarista. Envío un mensaje de simpatía a Francisco Ferrer y protestó contra la ley de Residencia (12). Sería interesante averiguar en qué medida participó en él la inmigración italiana (italiano era, por lo menos, el corresponsal de la revista romana de la que extraigo estos datos) y qué carácter tuvo aquí la recepción de los delegados.

En esta tentativa, un tanto primaria, de bucear en las opiniones y en la mentalidad de los italianos inmigrados en el Uruguay en el siglo XIX y en los primeros años de este siglo XX, no encontré ningún documento impreso que refleje tendencias rígidamente conservadoras en terreno político, religioso o cultural. Las había, seguramente, pero no se manifestaban por medio de la prensa y su cementerio hay que buscarlo en otro lado que no sea la Biblioteca Nacional. Documentados están, hasta la primera década de este siglo, izquierda y centro, para emplear el vocabulario tradicional, un tanto traicionero, pero cómodo. La pátina garibaldina y las audacias del mundo oficial en ese momento ayudaban a mantener el tono que hoy se llamaría progresista, aunque de modo menos claro y generalizado en el interior de la República.

En efecto, también los italianos residentes en el interior lograron, muy esporádicamente, publicar algunos periódicos y algunos números únicos de revistas en el idioma materno. En Salto, ciudad de tradición garibaldina, con una fuerte colectividad italiana, hay una primera tentativa en 1903 (si las hay anteriores, no están documentadas en la Biblioteca Nacional), con un número único, *L'Italia Nuova*, bastante anodino, para el cual han trabajado mucho las tijeras, de un patriotismo genérico más bien monárquico. Ese mismo año salían en Paysandú quince números de *La Pace*, de formato muy grande y de contenido consuetudinario (no se ocupa de política uruguaya, propugna la paz entre italianos y exalta el corazón de la reina Elena). Tiene cuatro páginas y dedica a los avisos las dos interiores, mientras en sus similares montevidéanos, la publicidad ocupa siempre la tercera y cuarta página. Su posición en terreno social podría estar definida por esta exhortación a los tipógrafos en huelga: "Voi, o scioperanti, seguitando nell'atteggiamento preso, non caverete un buco dall'acqua, invece armandovi di moderazione e tolleranza e di riconoscimento franco dei vari interessi, raggiungerete il miglioramento, nei limiti del possibile, delle vostre condizioni" (13). Es pintoresca la sobreposición de los dos modismos italianos para significar el fracaso: "fare un buco nell'acqua" e "non cavare un ragno dal buco", pero más notable aún la seguridad con que el articulista resuelve la tan zarandeada entonces "cuestión social", reduciéndola a un asunto de buenos modales. Este periódico, que por su frecuencia trisemanal era casi un diario, alcanzó a durar un mes.

Más interesante pero aún más efímera, fue una segunda tentativa salteña, un semanario,

**L'Italia**, dirigido por Vincenzo Alciati en 1906 (que parece haber sido un año particularmente fecundo). El programa es el de siempre: mantener vivo el espíritu de italianidad, evitar la política y las polémicas personales. Define el arte como lo bello al servicio de lo bueno, apoya el divorcio, exalta a Batlle, y entra en polémica con los blancos que se oponen a su iniciativa de un homenaje a Garibaldi en el centenario del nacimiento.

Ese mismo año 1906 partió de Salto, con destino a la Exposición de Milán, un singular documento, que hoy está siendo estudiado especialmente desde un punto de vista demográfico—económico, pero también sociológico: el **Album** de la actividad italiana en la región salteña, que recibió del Comité General de la Exposición la medalla de bronce. Era obra de Gervasio Osimani, codirector del local Instituto Politécnico (hoy, el liceo más antiguo de Salto lleva el nombre de Osimani y Lerena).

Me detuve bastante en este picoteo en los viejos periódicos; pero esto no quiere decir que las fuentes para nuestro tema se limiten a la prensa. En este campo, hay mucho que hacer. Están los boletines de las Sociedades italianas, está la correspondencia particular, están los documentos eclesiásticos. Para la Argentina, por ejemplo, hay importantes fuentes salesianas, que muy bien podrían existir también en el Uruguay. Por otra parte, hay documentación italiana y, a veces, colaboraciones directas de italianos, en español y en la lengua materna, en la misma prensa uruguaya.

Para citar solo un ejemplo, ni siquiera montevideano, de esto último, había en Salto, a fines del siglo pasado, una modesta publicación, **Ecos de la Semana**, dedicada a las relaciones mundanas, en la que pululaba la literatura en versos, muy al gusto de la época: acrósticos de distinto tipo y sonetos, en italiano o en español, indiferentemente. Una misma persona, que firma Vigmarc, publica versos en español, de acentuado sabor dannunziano (14) y versos humorísticos en italiano (15). Otro versificador, con el seudónimo de **Unicuique suum**, publica, en el N° 2 dos acrósticos, uno en español, en italiano el otro. Sería interesante estudiar, desde este punto de vista, el ambiente cultural salteño de aquel momento, en que Osimani, que se había educado en Ancona, desarrollaba su obra pedagógica y Quiroga estaba iniciando su carrera literaria (en 1899 fundó **La Revista del Salto**, en la que Osimani colaboraba con versos en italiano).

Cité un ejemplo salteño de bilingüismo hispano—italiano, pero el fenómeno era frecuente, en la etapa de transición entre los dos siglos, también en Montevideo. Un Andrés Demarchi, médico de origen italiano procedente de Brasil, que frecuentaba “La Torre de los Panoramas” de Herrera y Reissig, publicó, en 1895, un librito de versos, **Hojas sueltas**, en el que los dos idiomas se usan alternadamente; el influjo de Carducci y Stecchetti se hace sentir en la misma medida en los versos españoles e italianos.

En el teatro, este bilingüismo hispano—italiano es intermitente desde el principio en la historia del Uruguay. En los últimos decenios del siglo pasado hubo, tanto en la Argentina como en el Uruguay, autores locales que tradujeron al italiano algunas de sus obras, para que fueran representadas por las compañías italianas visitantes que a veces se quedaban por largas temporadas. Al principio del período del que nos estamos ocupando, aun prescindiendo de la voga de la Opera y de las siempre frecuentes visitas de las compañías teatrales italianas, el fenómeno subsiste a nivel casi popular. Florencio Sánchez, el dramaturgo tan criollo de **Barranca Abajo**, en su juventud montevideana, formó parte, como actor, del conjunto teatral del Centro Internacional y, como tal, actuó indiferentemente en los dos idiomas. Hay, pues, aquí una rica veta que sería bueno investigar, llegando, por las dudas, hasta la primera guerra mundial (hemos visto lo que ocurre en la prensa obrera a este respecto, en la que, sin embargo,

el bilingüismo tiene un carácter más instrumental). Luego, con la disminución del aflujo inmigratorio, el fenómeno, del que, por otra parte, no hay que exagerar la importancia, desaparece, creo que por completo.

Durante los primeros diez años del siglo, en efecto, el ritmo de la inmigración italiana se fue enlenteciendo, mientras se intensificaba en la Argentina. Hay dos o tres años de crisis económica al principio, como consecuencia de las guerras civiles, y la gráfica de los ingresos baja; luego vuelve a subir, pero no tanto como en el siglo pasado, llegando a la cifra máxima de 4867 italianos desembarcados en el puerto de Montevideo en 1912. Algo más tarde, la primera guerra mundial provoca una interrupción.

La inmigración italiana de estos tres primeros lustros es en buena parte campesina, pero acceder a la propiedad de la tierra era mucho más difícil que en el siglo pasado, pues el latifundio ganadero había consolidado y sistematizado su hegemonía y, al pertrecharse con medios más modernos de producción, eliminaba personal, a la vez que provocaba una suba en el precio de cada hectárea. La agricultura se condensó en las cercanías de la capital y hubo un éxodo de habitantes de la campaña, que emigraron a los países vecinos o se establecieron en Montevideo. También una parte de los inmigrantes reflujo sobre la capital.

Dicen los ya citados Barrán y Nahum que Montevideo "se había ruralizado... Al mismo tiempo se europeizaba con la llegada de los inmigrantes españoles e italianos después de 1905 y esto dio al departamento un tono social y psicológico original, propenso a favorecer los cambios en la medida en que se europeizaba y a frenarlos en la medida en que se ruralizaba" (17).

Los mismos autores atribuyen a la inmigración el brusco cambio en la conducta demográfica de la población, que, prolífica en el siglo XIX, se volvió, en forma un tanto repentina, malthusiana (en el sentido de la limitación de los nacimientos) en el nuevo siglo, en contraste con la multiplicación rápida de los demás pueblos de América Latina. Si se piensa en lo que pasaba en las regiones de procedencia de los inmigrantes (por lo menos de los italianos), la afirmación es discutible, pues el sur de Italia era entonces muy prolífico. Puede que haya que buscar aquí la causa del fenómeno, que es, en sí, indudable.

Una mirada especial sobre la colectividad en continuo proceso de renovación y asimilación, que no es ni la de los historiadores uruguayos, ni la del ciudadano común, ni la del mismo inmigrante, se encuentra reflejada en los informes del cuerpo diplomático. Es interesante seguir, como lo han hecho el historiador Oddone y, en parte, más recientemente, el diplomático italiano Gianni Marocco, la correspondencia que la Legación de Montevideo enviaba periódicamente al Ministerio Italiano de Relaciones Exteriores en los decenios que nos ocupan. Ellos revelan, en general, cierta hostilidad hacia la política de Batlle y un sentimiento mixto de admiración y antipatía hacia el mismo Presidente.

## **EL NUEVO NACIONALISMO, LA GUERRA LIBICA, LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL**

Los informes diplomáticos no cambian mucho a través del tiempo, en cuanto a puntos de vista. Va cambiando sí, el tono de la prensa italiana en el Uruguay, prensa que, si no refleja siempre el espíritu general de los italianos radicados en el país, nos permite seguir la línea de los que pretenden orientarlos y, a través de las discusiones y aun de las quejas, nos da indicios acerca de lo que pasa en el conjunto de los connacionales. Me refiero a la prensa grande, que se basa económicamente en los avisos, pues, en el sector obrero, la lengua italiana deja de

usarse a medida que va mermando la inmigración nueva y la vieja aprende el español.

Cuando nos acercamos a la primera guerra mundial, y especialmente en el momento de la guerra de Libia, se acentúa en esa prensa el nacionalismo. Los editoriales y el estilo de las noticias empiezan a perder el carácter vagamente garibaldino, para adquirir el color patriótico más consuetudinario en los países de larga historia, con guerras de conquista y ejércitos regulares. Diría que ha muerto el mundo de Carducci y asoma el de D'Annunzio, quien exalta el heroísmo como valor estético y la patria como potencia. En 1912 se representaba en el teatro Urquiza de Montevideo *La nave de D'Annunzio*, que contiene ese verso dirigido a Italia: "Arma la prora e salpa verso il mondo" (arma la proa y zarpa en pos del mundo) que tanto contribuyó en la península a la propaganda colonialista y, luego, a los entusiasmos estudiantiles por la intervención en la primera guerra mundial.

*Il corriere d'Italia*, de salida diaria, que recoge la herencia de *L'Italia al Plata*, corresponde al período de la guerra de Libia (1912) y divide sus columnas entre las noticias de la guerra y los avisos. En su primer número informa acerca de los homenajes de las sociedades italianas a un periodista francés, de *Le Temps*, que realizaba una gira por América Latina para exaltar las conquistas italianas en Africa y dio aquí algunas conferencias sobre ese tema, empezando con una en el teatro Urquiza sobre "Los primeros días de Trípoli italiana". En el banquete que se le dio estaban representadas todas las publicaciones italianas: *Il corriere d'Italia* mismo, diario, *L'Italiano*, semanario, fundado también en ese año 1912 y que duró hasta 1940, y *L'Italia*, revista mensual.

En ese entonces Italia, contra toda la tradición del "Risorgimento", era aliada de Austria y Alemania: se hablaba de la "Tríplice alianza", o, más brevemente, de la "Tríplice". El diario la menciona lo menos posible y, cuando lo hace, señala que deberá servir sólo "en las circunstancias graves, para alejar los peligros de una conflagración europea (18)".

En 1913, *Il corriere* deja de salir. La colectividad ya no daba para una publicación que apareciera todos los días. Pero, a los dos años, en 1915, Italia entra en la primera guerra mundial. Vuelve a salir entonces, por poco tiempo, un diario con el título significativo de *Il bersagliere* cuyo redactor—jefe es Odicini—Sagra y que proclama en su primer número: "La hora por tan largos años anhelada de la liberación de tierras aún no rescatadas por fin ha sonado!". Y anuncia: "El 20 de setiembre estaremos en Trieste". Hace, en tercera página un paralelo entre Cadorna y Napoleón (19). Las noticias de la guerra y los avisos ocupan casi todo el diario, junto con los comunicados de la Cruz Roja y los balances de los beneficios para las familias de los llamados a fila, que habían partido para Italia.

La celebración del 20 de setiembre tuvo ese año una solemnidad especial. En el Comité de honor, numerosísimo, figuran nombres muy conocidos, como los de Batlle, Mibelli, Virgilio Sampognaro, Gabriel Terra, etc. Manini Ríos presidía el Comité Ejecutivo.

En esa ocasión, el 20 de Setiembre fue declarado fiesta nacional uruguaya, con un decreto que señalaba su importancia, por ser la fecha —decía— de la entrada triunfal de Garibaldi en Roma (con que oficializaba un error histórico que aquí era creencia común) e igualaba su "valor universal" al del 14 de Julio, fecha de la toma de la Bastilla en París, que también era fiesta nacional.

En octubre de ese año 1915, *Il Bersagliere* cesa sus publicaciones.

Durante la guerra, es decir en el período 1915—18, la inmigración italiana se interrumpe casi completamente y hay cierto número de retornos. En la primera fase de la post—guerra, la llegada de inmigrantes se reanuda lentamente y aumenta, pero no en las proporciones de antes, hasta llegar a un máximo en 1923; luego baja bruscamente y se mantiene en un nivel

insignificante hasta que la política fascista de fronteras cerradas hace que cese, a los efectos prácticos, completamente, después de 1927, por muchos años. Las pocas llegadas de italianos que hubo al finalizar la década del '20, a parte de los que venían en misión oficial, se reducían a los refugiados antifascistas salidos clandestinamente de Italia y a algunos desertores de naves italianas de guerra que recalaban en el puerto de Montevideo (es el caso —creo que en 1930— del acorazado Trento, del que bajaron algunos tripulantes, para quedarse aquí con la ayuda de los antifascistas locales).

## EL FASCISMO

El triunfo del fascismo en 1922 dividió profundamente la cada vez más reducida colectividad italiana en el Uruguay. La distancia entre fascistas y antifascistas era mucho mayor que la tradicional entre monárquicos y republicanos, entre católicos y masones. Y, sin embargo, miradas las cosas a distancia y considerando sólo a los italianos viejos, que constituían la mayoría, pues los nuevos inmigrantes eran pocos, diría que la tradición garibaldina, configurada en un mito cada vez más vago, perduraba, con coloración distinta, en unos y otros: tanto en los que veían en Mussolini el defensor del prestigio de Italia y lo encuadraban en un marco resurgimental fosilizado, como en los que lo execraban y reconocían en el 20 de setiembre una fecha antifascista. En realidad, para los que habían llegado en los primeros años del siglo, el fascismo, producto de la guerra, fue un fenómeno en sustancia incomprendido, juzgado con los viejos criterios, encuadrado en un contexto que no era el suyo.

La guerra de Libia y la primera guerra mundial habían despertado, por otra parte, como compensación al complejo de inferioridad tan común en los inmigrantes, un orgullo nacional distinto al del "Risorgimento" y que indudablemente preparó el terreno en las sociedades italianas para que más tarde (con la excepción del Círculo Napolitano) aceptaran el fascismo. La valoración de la bandera, del ejército, de los generales victoriosos, del rey, fue intensificada por los que volvían de la guerra y vivían de recuerdos.

La *gazzetta italiana*, que salió aquí por algunos meses dos veces por semana a principio de 1922, habla de defender la latinidad, pero, aun siendo ese el año de la "Marcha sobre Roma", ignora el fascismo, que nombra sólo pocas veces en esporádicas noticias. Leyéndolo, se tiene la impresión de que en Italia no pasaba nada importante, a parte de algunas luchas internas, que seguramente se superarían.

Análogamente *El italiano*, semanario que salió regularmente de 1912 a 1940, y que fue más tarde el máximo vocero del régimen mussoliniano en el Uruguay, en todo el transcurso de ese año 1922, tan decisivo, ignora completamente el fascismo y lo nombra sólo en algunas fugaces noticias de crónica. Su patriotismo se nutre de episodios de la guerra (publica la letra de las canciones *La leggenda del Piave* y *Soldato ignoto*) y se centra en la figura del rey. Recién el 12 de noviembre publica en 2da. página un pequeño artículo: *Il fascismo al potere* con todos los nombres del gabinete ministerial de Mussolini, haciendo notar que se rejuvenece el equipo de gobierno, pero que se trata de una revolución pacífica que deja intactas las instituciones y que el gabinete no es enteramente fascista, sino de coalición. A partir de esa fecha, el lenguaje fascista va entrando lentamente en el periódico, pero el protagonista de la historia italiana, para sus redactores, sigue siendo el rey; en segundo lugar viene el ejército.

Todavía, en el número especial que reúne las dos fechas, 28 de octubre y 4 de noviembre de 1923, el acento está puesto en el aniversario de la victoria en la guerra, al que se dedica toda la primera página. En la segunda tenemos los retratos grandes de Manini Ríos, ministro de

Relaciones Exteriores del Uruguay, y de Zacconi, el actor que entonces suscitaba tantos entusiasmos; en tercera página, tres retratos, algo más pequeños: uno, del Gral. Díaz, el vencedor de Vittorio Véneto, otro de Mussolini y un tercero de doña Raquel con sus hijos varones.

Si hojeamos el mismo semanario después, en 1924, vemos que el tono fascista se ha acentuado: hay grandes fotos del Duce, “prodotto dell’única, eterna anima della razza... che apre all’Italia le vie dell’avvenire nel mondo” (Nº 618, del 4—V—1924). Pero, a mediados de año, las noticias italianas prácticamente desaparecen del periódico, que deja de mencionar al Duce. Se ocupa de la visita del príncipe Humberto a los países del Plata, del XX de Setiembre, de la celebración del descubrimiento de América, de la recurrencia de la batalla del Piave... Sólo a fines de noviembre, cuando en Italia Mussolini estaba superando, con la ayuda de Farinacci, la crisis que siguió al asesinato de Matteotti, se vuelve a hablar, en el periódico, de la situación italiana y a exaltar al Duce.

Otras hojas fascistas, como *Il Piave* (1924 — 1925) y *La Verità* (1925) tienen el mismo carácter. Ambos tuvieron como director a la misma persona, un teniente de los Alpinos, que termina con un “Eja, eja, alalá!” su primer editorial en *El Piave* y dice que quiere avanzar “romanamente”. Pero esto es todo lo que ha penetrado del nuevo estilo en estos periódicos, que se declaran fascistas, mas hablan mucho del rey y poco del Duce. Los recuerdos de la “gran guerra” y las hazañas de D’Annunzio parecen formar la temática espontánea y dominante, aunque intermitentemente aparecen las exaltaciones del fascismo, al que *La Verità* elogia “por haber domado a un pueblo enloquecido” (20). Este debía ser, por otra parte, el argumento con que se solía justificar aquí la violencia fascista, pues algo análogo me dijo cuatro años más tarde Camilo Cardu, uno de los exponentes del fascismo local, al que conocí a los pocos días de haber llegado en casa de Luisa Luisi y con el que tuve una discusión, que fue juzgada como demasiado encendida. “La libertad está bien para los ingleses —me dijo— que saben usarla. Para el pueblo italiano se necesita el bastón”.

Con el tiempo, tanto el continuativo *Italiano* como otras hojas que surgían ocasionalmente y desaparecían a los pocos números, adoptaron el lenguaje de los diarios italianos de ese período. En la pequeña colección de *Italia Nova*, que abarca pocos meses de 1926, aparecen, al lado de artículos contra *El Día* (por su oposición al fascismo), contra los “fuorusciti” y la masonería, también ataques al Grupo Antifascista de Montevideo.

Se empezaba a configurar la situación que encontré al llegar, acerca de la cual quiero decir sólo algunas pocas cosas.

Los italianos aquí me parecieron divididos en tres categorías: un grupo no muy numeroso de antifascistas, que fue aumentando luego con la llegada de otros refugiados desde Europa, y, más, con la afluencia forzada de los fugitivos y, posteriormente deportados, desde la Argentina a raíz del triunfo de la dictadura militar de Uriburu, acontecido el 6 de setiembre de 1930; un grupo, tampoco muy numeroso, de fascistas de acción, inmigrados recientes y directamente relacionados con Italia; y, por fin, la masa de la colectividad, bastante envejecida por falta de aportes nuevos, para la cual la figura del Duce se sumaba, en el altar ideal de un vago orgullo patriótico, a la de Garibaldi y a la del rey, sin el significado que desde un principio tuvo en Italia. El fascismo propiamente dicho se afirmó aquí entre los italianos con la llegada del ministro Mazzolini, en 1932.

Y con esto termino, por dos buenas razones: una es que Gianni Marocco, en su libro “*Sull’altra sponda del Plata*” (21), ya ha contado lo que había que contar, y lo ha hecho en forma amplia; la segunda razón es que de lo que se vive no se puede hacer historia.

Podría hablarles de mis recuerdos, pero no serían recuerdos imparciales; serían recuerdos de una militante antifascista y libertaria. Llegué al país con mis padres en 1929. Al otro día, mi padre alquiló una casilla de Correo y reanudó en seguida el trabajo que había dejado interrumpido en París, fundando al poco tiempo una revista, para analizar la realidad de ese momento desde un punto de vista marcadamente antifascista. Murió pronto, bajo la dictadura de Terra. Yo continué como pude su labor. En esos años ya no existía aquí la rica prensa italiana de otras épocas. Salía el semanario fascista *L'italiano*, sostenido por la Legación, y, sólo ocasionalmente y por poco tiempo aparecían otras publicaciones análogas; en el bando opuesto, por años, no hubo más voces italianas relativamente continuativas que *Studi sociali*, la revista a que aludía, fundada por mi padre con periodicidad quincenal y que, muerto él, yo sacaba cuando tenía fuerzas y tiempo.

No había polémicas. Más bien se trataba de dos pequeños mundos separados, que se ignoraban. El encuentro se producía en Italia, y no era de palabras, sino de sangre y lágrimas. Cuando aquí tuvo lugar el golpe de estado de Terra, la Legación italiana (cuyo papel en ese acontecimiento no ha sido aún suficientemente estudiado) se volvió muy poderosa y, a su pedido, hubo deportaciones de antifascistas a Italia. Uno de los miembros de la redacción de la revista, Hugo Fedeli, fue entregado a Mussolini. Mi padre murió un año y medio después, a los 58 años de edad. ¿Cómo puedo contar desapasionadamente esos hechos? Prefiero poner aquí el punto final a estos primeros escauceos en la historia ideológica de la inmigración italiana en el Uruguay, que es una parte constitutiva de la historia del país.

La clave de un desarrollo tan original como es el del Uruguay está en el encuentro siempre distinto, y cada vez sorpresivo, de la tradición artiguista, que extrae su fuerza del hecho de ser el hilo autóctono al que todos tratan de engancharse al llegar, con las tradiciones, el idioma y la historia viva, que por un tiempo reverbera aquí, del país de origen de cada una de las olas inmigratorias. Por eso tienen importancia, para el Uruguay, la Comuna de París y el 20 de Setiembre italiano, la guerra civil española y la división de Corea y la tensión entre Israel y los palestinos. El estudio de este múltiple encuentro ofrece un vasto campo a los jóvenes historiadores.

(1) — *L'italiano*. Giornale popolare del mattino. Direttori: Angeleri y Merli. Nº 1 del 1/XI/1894. Editorial, de carácter programático.

(2) — José P. Barrán y Benjamín Nahum. *El Uruguay del Novecientos*. Ed. de la Banda Oriental. Montevideo, 1979, pp. 90—91.

(3) — Alberto Zum Felde. *Proceso histórico del Uruguay*. Ed. Universidad de la República. Montevideo, 1963, pp. 232—233.

(4) — *Ibidem*. pp. 236—237.

(5) — Juan José Sebreli. *La saga de los Anchorena*. Ed. Sudamericana. B. Aires, capítulos V, VI, VII.

(6) — Miguel Cané (h.). *Prosa ligera*. Ed. La cultura argentina, B. Aires, 1915, p. 123.

(7) — Véase, sobre esta ley, Carlos Sánchez Viamonte. *Biografía de una ley antiargentina*. B. Aires, 1956.

(8) — Carlos Machado (*Historia de los Orientales*. Ed. Banda Oriental. Montevideo, 1973, p. 348) encuentra este nombre en el *Manifiesto del Partido Socialista*, publicado por Vázquez Gómez en ese año 1894. También figuran entre los participantes Armando Legnazzi, Angelo Canavari, José Capelán.

(9) — "Lo que sigue" hay que buscarlo en las *Poesías completas* de Josué Carducci:

il ferro per uccidere i tiranni,

il vin per festeggiare il funeral.

(IV estrofa de "Per il LXXVII anniversario della proclamazione della Repubblica Francese", en *Glambi ed Epodi*. Ed. Zanichelli en un tomo, p. 459. Traducción aproximada: "Vino y hierro yo quiero como antaño/ Alceo pedía en su canto inmortal/ hierro para matar a los tiranos/ vino para alegrar su funeral").

(10) — Ver, a este propósito la revista *Il Pensiero* de Roma. Año II, Nº 20, del 10/X/1904.

- (11) — Ibidem, Año, III, Nº 19, del 1/X/1905.
- (12) — Ibidem, Año IV, Nº 20, del 1/XI/1906.
- (13) — "Vosotros, huelguistas, perseverando en la actitud que habéis tomado, fracasareis; en cambio, armándoos de moderación y tolerancia y del reconocimiento franco de los distintos intereses, lograréis mejorar, en los límites de lo posible, vuestras condiciones". Periódico *La Pace*. Paysandú, Nº 2, del 3/XI/1903.
- (14) — Nº 3, del 12/VI/1898.
- (15) — Nos. 1, 4, 6.
- (16) — Evi Camussi—Calvi. *Note sull'influenza del teatro italiano nel II período. en Influenza italiana sulla cultura rioplatense (1853—1915)*. Publicación colectiva, con la contribución del "Consiglio Nazionale delle Ricerche". Montevideo, 1967. p. 135.
- (17) — J. P. Barrán y B. Nahum. Op. Cit. p. 36.
- (18) — *Il corriere d'Italia*, Nº 103, del 7—8/1/1913.
- (19) — *Il bersagliere*, Nº 1 del 20/VIII/1915.
- (20) — *La verità*, Nº 6, del 30/VIII/1925.
- (21) — Ed. Franco Angeli. Milano, 1986.

## LA SYMBOLIQUE GARIBALDIENNE "ACCENNO NON INSEGNO"

*Marie — Jean Vinciguerra*

### LES SYMBOLES

De l'époque américaine date la découverte des symboles qui constitueront les emblèmes de la geste garibaldienne.

L'espace américain s'est ouvert à lui, immense. Le héros a accordé sa respiration à celle de l'Océan. Il a respiré les fleuves, les forêts sublimes du Nouveau—Monde (si souvent évoquées dans *Manlio*), traversé la pampa au galop, médité sous la voûte constellée des nuits. Il y a un Garibaldi "cosmique" qui exprime les voix d'un continent encore bruissant des rumeurs originelles du monde. Garibaldi s'est trempé dans les éléments (Eau — Feu — Air — Terre). Il y a toute une pédagogie garibaldienne de "l'Homme amphibie" (voir *Manlio* (1), qui s'est notamment affirmée sur le théâtre d'opération de l'Amérique latine où le héros conduisit la guerre sur terre et sur mer, tour à tour, marin et cavalier. L'image mythologique, qui rend le mieux compte symboliquement de Garibaldi est celle du Centaure armé domptant la violence par la sagesse, bien campé sur la terre des hommes, traversant les fleuves, le regard vers les étoiles (2). Un centaure qui guide les hommes et enseigne la jeunesse.

Se tremper dans les éléments c'est aussi bien se tremper dans la patrie que dans l'humanité. Les éléments ne sont pas que symboles, ils sont chair, ils sont esprit.

Garibaldi accorde une valeur privilégiée à trois couleurs: le noir, le blanc et le rouge. Tous ses emblèmes du monde profane sont à ces couleurs. Le drapeau noir de la Légion italienne: sur fond noir se détache un Vésuve de feu.

D'instinct, Garibaldi adopte le noir comme le symbole du deuil (de la patrie), mais un noir associé au blanc de la renaissance.

La symbolique des couleurs est complexe. Elles ont une signification ambivalente. Le noir est un symbole de mort, mais aussi de vie. Il est la couleur de la terre fertile (Egypte), celle des eaux profondes, réceptacles de vie latente (Homère voit l'océan "noir"). La Vénus noire, déesse de fécondité, rejoint la théorie des noires Demeter. Le Noir Andrea Aguilar est à la fois l'image de la vie entravée (esclave), mais également, aux côtés du rouge Garibaldi, de la libération.

A la dualité du noir et du blanc, qui est celle de la lumière et de l'ombre, de la vie et de la mort, correspond aussi celle du noir et du rouge comme cette mort initiatique du Tarot, prélude

d'une renaissance, qui fauche le paysage noir d'une faux rouge. Le noir évoque dans cette dualité la mort initiatique: ciel nocturne, ténèbres de l'Oeuvre au noir hermétique, qui es une mort, un retour au chaos et qui aboutit à l'Oeuvre du blanc et, enfin, à l'Oeuvre au rouge de la libération spirituelle: "Ordo ab Chao" (3). Nous voici entrés dans l'univers maçonnique. La symbolique profane de Garibaldi n'en est que la projection.

Cette symbolique, le héros l'a découverte d'instinct — ne remonte-t-elle pas aux croyances les plus primitives de l'humanité?

Il va l'affirmer dans un costume et des signes emblématiques, se distinguant ainsi, marquant sa singularité et son anticonformisme. Cela, non pas par souci aristocratique et dandysme, mais pour rassembler la cohorte de ses compagnons au service de la Cause.

Tel est le sens étonnant de ce rouge de "la chemise rouge" (des saladeros argentins). Ce rouge matriciel et dyonisiaque, symbole de la force vitale, rouge du prêtre et du guerrier — et, paradoxalement, rouge patricien du pouvoir (4) et rouge de la fraternité et du partage.

Enfin, et nous retournons, à l'un des éléments premiers et symboliques, le Rouge du Feu. Le feu à travers lequel est passé toute sa vie Garibaldi et qu'il a choisi dans son Testament pour l'ultime passage, afin de rejoindre le Soleil (5).

## LA SYMBOLIQUE DES TENEBRES

D'Eugène Sue, *Les Mystères de Paris* (1842—43) aux *Misérables* de Victor Hugo (1862), en passant par Dumas, tout un roman s'est développé au XIX<sup>ème</sup> siècle, avec pour cadre un Paris populaire et souvent mystérieux. Ce roman raconte, de façon mélodramatique et parfois rocambolesque, les aventures de victimes innocentes et de leurs persécuteurs. Manichéen, il oppose la lumière (le Bien) à l'ombre (le Mal) selon le principe simplificateur hugolien. Les bas-fonds, les cachots, les égouts, les ténèbres prennent un sens symbolique évident.

Certes, c'est en partie dans cette veine (Garibaldi veut surtout faire de ses romans des machines de guerre contre le prêtre) et certainement en s'en inspirant que Garibaldi écrit ses romans, *Clelia* et *Manlio*. Mais, chez lui, et certainement à son insu, l'ombre a une signification symbolique plus complexe, révélatrice de son imaginaire et de ses pulsions profondes.

Nombreux sont les souterrains dans les deux romans (on compte plusieurs chapitres portant ce titre).

Le souterrain (autre image de la caverne) est, dans toute une mythologie, l'archétype de la matrice maternelle où ceux qui sont menacés de mort se réfugient pour chercher la salut. La caverne est le symbole de la nuit initiatique. Ainsi les brigands, les proscrits, les héros de la liberté, qui conspirent pour elle, s'abritent — ils dans les souterrains du roman garibaldien. Les longs et difficiles cheminements dans la nuit de la caverne où des mains secourables — qui portent des torches — vous guident, sont l'illustration d'un itinéraire secret, d'une exploration du moi, d'une quête de la Lumière.

L'autre obscur est également un gigantesque réceptacle d'énergie.

Mais, il n'y a pas que les souterrains de Rome ou ceux des îles (sous les forêts de Caprera ou de la Corse). Il y a d'autres descentes aux Enfers, qui sont le sous-sol des couvents, antres du Prince des ténèbres, ces cachots où les bourreaux (des prêtres sataniques) torturent et font disparaître leurs victimes. Ces souterrains sont l'emblème maléfique de l'Eglise et de son Inquisition.

Enfin, il peut aussi y avoir cette caverne (grotte marine de *Manlio*) où sera jeté, comme en enfer, le jésuite qui ne cesse de persévérer diaboliquement dans le mal. L'autre s'interprète,

cette fois, comme un lieu de justice et, encore plus profondément, comme la trace immémoriale du meurtre qui hante l'inconscient de Garibaldi.

## LA FIGURE EMBLEMATIQUE DU BANDIT

Garibaldi n'a jamais caché sa sympathie pour les bandits. Nombreuses sont les pages apologétiques qu'il a consacrées à ces "hors-la-loi" (aussi bien dans les *Mémoires* que dans les romans et les lettres).

La figure du bandit commence à prendre place dans sa mythologie, en Amérique latine. Dans les *Mémoires*, Garibaldi évoque la vie libre du "matrero", une sorte de gaúcho, entre le bandit et l'aventurier: "le matrero est le type même de l'homme indépendant. Il ne reconnaît pas de gouvernement". Il est l'homme de l'espace et de la liberté: "c'est un homme libre, en accord avec ses convictions".

Dans *Clelia ou le gouvernement des prêtres*, Garibaldi redit sa sympathie pour les brigands, en expliquant que le gouvernement des prêtres est à l'origine du brigandage (6). Le Bandit n'est que le produit de ce gouvernement infâme.

Pur échapper aux exactions du pouvoir, le brigand se réfugie dans les forêts. Dans *Manlio*, Garibaldi déplore que des hommes — qui par leur force de caractère — pourraient être si utiles à la société en soient exclus.

Dans une lettre à Giuseppe Petronio (7), il s'explique sur cette surprenante apologie du bandit. Il reconnaît qu'il s'agit là d'une "conception romantique", conception liée, pour une part, à sa littérature (8). Puis, il établit un curieux parallèle entre "le brigand honnête" et "le dictateur honnête" qui constituent pour lui, dit-il, un idéal. Ces paradoxes vivants ne sont-ils pas la réponse nécessaire à des situations de violence? Ce sont les mauvais gouvernements — et particulièrement celui de l'Eglise — qui sont responsables de "cet état de choses".

Le mythe du bandit traduit, une fois de plus, l'aspiration profonde de Garibaldi à une légitimité, une légitimité contre la violence d'une apparente légalité.

Mais, il investit également dans ce mythe son goût pur la provocation, la singularité, l'affirmation individuelle de la liberté, la force du caractère. Au fond de lui, il éprouve une affinité pour le bandit, la sympathie de celui qui fut lui aussi un hors-la-loi, pourchassé par les polices et les armées de l'Etat.

Ainsi, Garibaldi donne au problème du droit et de la violence, une réponse paradoxale et emblématique. Il invente la mythologie utopique du "Dictateur honnête" et celle du "saint bandit", face au tyran et au "prêtre infâme" une mythologie qui puise ses sources aussi bien dans l'Histoire romaine que lui enseigna "Monsieur Arena" que dans son expérience de "gaúcho" en Amérique latine.

(1) *Manlio*, édition Guida editori, 1982 p. 322: "si la légendaire expédition des Mille n'avait pas eu des hommes amphibies, elle n'aurait pas pu réussir".

(2) Pendant la campagne de Sicile, Garibaldi chevauchait une nuit, en silence, avec à ses côtés Türr: "les étoiles brillaient avec intensité. Tout d'un coup, Garibaldi, regardant le ciel, murmura: "étrangetés de la vie, nous avons tous, une étoile, moi je choisis Arthur". "Eh bien, dit Türr, Arthur resplendit, vous entrez à Palerme" — "Certainement", répondit Garibaldi (L'opera di Stefano Türr nel Risorgimento italiano, a cura di Stefania Türr, Firenze, 1925, p. 49).

(3) C'est la devise du Rite Ecossais (l'emblème étant l'aigle bicéphale).

(4) "Le rouge de la royauté initiatique", Julius Evola (Il mistero del Graal).

(5) Le F. Giosuè Carducci a eu l'intuition poétique de cette "osirificazione" de Garibaldi: "le melcole che furono il corpo dell'eroe andranno disperse sull'aere, tendendo di ricongiungersi al sole, di cui egli fu, su questa terra italiana, la più benefica e splendida emanazione". Cité par C. Gentile, Giuseppe Garibaldi, Foggia. Ed. Bastogi, 1981.

(6) Chapitre XXII "Les brigands".

(7) Lettre du 21 octobre 1871 où se mêlent dans un certain désordre les utopies saint-simoniennes, son réformisme socialiste et, de façon contradictoire, l'expression d'un nationalisme particulièrement ferme et d'un internationalisme pacifiste.

(8) Garibaldi fait allusion à ses romans, sans les nommer, et en qualifiant ces oeuvres de "pauvres" et, il le laisse supposer, d'"alimentaires".

*«Un corazón existe en Europa vasto y ardiente en que hay lugar para todo dolor y goce humano y eco a todo acto heroico o sentimiento generoso de una patria como de una madre nacen los hombres.*

*La libertad patria humana tuvo un hijo y fue Garibaldi.»*

*José Martí*

## EN TORNO A LA OBRA DE LUIS DESTEFFANIS

### Los orígenes de la enseñanza superior de la historia en Uruguay

*Carlos Zubillaga*

#### Advertencia

¿Por qué elegir el de Desteffanis, entre los muchos casos que se ofrecían a nuestras posibilidades de análisis, al abordar el impacto socio-cultural de la inmigración italiana al Uruguay de la segunda mitad del siglo XIX?

Saber cómo se plantearon por vez primera en Uruguay los problemas del conocer histórico, determinar el grado de incidencia de corrientes y autores en esos planteos, detectar la importancia de esas reflexiones en la conformación cultural del país, constituyeron otros tantos motivos de interés para nuestra indagación.

Desteffanis consideró a través de sus clases y de su producción escrita, múltiples temas de Teoría de la Historia, de Historia de la historiografía y de Filosofía de la historia. Su prédica en tal sentido logró un margen considerable de aceptación, que pareció agotarse en la generación de sus discípulos directos, pero conserva el valor de la primacía cronológica. Justo es advertir que Desteffanis no fue, en realidad, un **creador** en este campo de las ciencias históricas, sino más bien un **expositor** informado, un **difusor** incansable, un **introdutor de ideas** objetivo y eficaz.

Nos interesó, asimismo, poner de relieve las características de la docencia universitaria en Historia, que por primera vez en el país encaró Desteffanis a partir de 1866. Saber cuál pudo ser la influencia de una docencia en Historia sistemática y a nivel superior, en un medio caracterizado por la inestabilidad política, la afluencia migratoria masiva y los agudos desniveles socioeconómicos, constituyó otra motivación básica de este trabajo.

No es dable olvidar que junto a Desteffanis, accedieron al cultivo de la Historia (o por lo menos a un contacto con ella) los elementos más caracterizados de las élites políticas dirigentes de la segunda mitad del siglo XIX. Fueron sus alumnos, entre otros, Eduardo Acevedo Díaz, Pablo De María, Justino Jiménez de Aréchaga, Francisco Berra, Carlos María de Pena, Juan José Segundo. (1)

## Los hitos vitales

Luis Daniel Desteffanis nació en Cremona (Lombardía) el 21 de noviembre de 1839. En su ciudad natal realizó estudios humanísticos, con una dedicación particular por los autores clásicos y la Historia. A los diecisiete años -y luego de haber culminado sus estudios- respondiendo al llamado de su hermana Elena, casada con un médico italiano radicado en Corrientes (el doctor Bozzi), abandonó Italia, dirigiéndose a aquella provincia argentina. Residió en Corrientes y Entre Ríos por unos treinta años y en 1860 se instaló en Buenos Aires, donde cumplió labores periodísticas, ejerciendo a un tiempo la docencia privada en idiomas. (2)

En la capital argentina Desteffanis se relacionó con numerosos uruguayos, a quienes la situación política del país había lanzado al exilio. Conoció entonces a Heraclio Fajardo, Amadeo Errecart, Angel Floro Costa, José Antonio Tavolara, Juan Carlos Gómez y Venancio Flores. En una rica página testimonial, Desteffanis relataría casi un cuarto de siglo más tarde, las circunstancias de la histórica entrevista celebrada entre Gómez y Flores en vísperas de la "Cruzada Libertadora", que le correspondió presenciar, destacando su vinculación amistosa con el primero: "Ocupábase (Gómez) poco de política, entretenido con la lectura de las obras de Mazzini, a que yo tuve el placer de animarle. Invitado a tomar parte en los trabajos preparatorios de la cruzada libertadora, que se hacían en el salón de la sociedad italiana Unión y Benevolencia, no quería ir. Por fin consintió en tener allí una entrevista con el general Flores. Este fue allí acompañado del que fue siempre su leal amigo en la desgracia como en la prosperidad, el joven Amadeo Errecart; Gómez fue con Fajardo y otro señor, que era entonces conservador acérrimo. Yo y mi amigo Benito Priuli estábamos preparando el material para un número de mi semanario *L'Italia del Giorno*. Quisimos retirarnos, pero ellos no lo consintieron y fuimos así testigos de una escena importantísima. Gómez tuvo palabras aceradas para el ilustre caudillo que meditaba su mayor empresa y que respondía más bien con sus miradas ardientes que con sus palabras entrecortadas por la ira a duras penas comprimida. Por fin Gómez hizo la famosa concesión de que "no se opondría a la expedición" pero declarando que no la apoyaba y no la aprobaba". (3)

En el círculo de jóvenes uruguayos al que se vinculó Desteffanis, compartió las inquietudes racionalistas que agitaban a muchos de ellos y trabó relación con el pensador chileno Francisco Bilbao, con quien sin embargo discrepó fuertemente al abordar aspectos concretos del quehacer político americano.

Su amistad con Tavolara (4) y su conocimiento con Flores, tuvieron en poco tiempo derivaciones importantes para la vida de Desteffanis. Fue debido a estas relaciones, que el periodista italiano se transformó en catedrático universitario y se radicó en Uruguay.

La acción docente de Desteffanis, iniciada en 1866 se complementó con una activa participación en empresas culturales para-universitarias de trascendencia, a las que aplicó su esfuerzo inspirador. Así ocurrió con la fundación de la Sociedad Filo-Histórica, impulsada por dos jóvenes universitarios (Carlos Muñoz y Anaya y Manuel B. Otero) en la que se recogieron, en un clima de camaradería a la vez que de ardida polémica, las inquietudes que en el aula de Historia Universal promovía Desteffanis. Así fue que el 4 de mayo de 1874 "se reunieron en el salón del Sr. Rector de la Universidad (...) bajo la presidencia de Luis Desteffanis cuarenta y cuatro individuos animados del propósito de llevar adelante la idea inicial (y) se eligió primer presidente al Dr. José Sienra y Carranza, que estaba en perfecta aptitud para imprimir a la Sociedad Filo-Histórica un impulso poderoso y

**envidiable. (5)**

La mayor conmoción creada en torno a la figura de Desteffanis durante sus tres décadas de vida en nuestro país, fue sin lugar a dudas la desatada en setiembre de 1884 por la publicación de un artículo titulado *Non vada in collera* (aparecido en "L'Italia", órgano de prensa que aquel dirigía), en el que se efectuaba un duro juicio crítico sobre Artigas. El episodio se inscribió en un contexto político de por sí conflictivo. La polémica periodística a que dio lugar, contó con la participación de "La France", "La Razón", "La Tribuna Popular", "El Ferro-Carril", "La España" y "La Colonia Española", en actitud solidaria para con Desteffanis y de crítica sostenida hacia el gobierno de Santos. Por su parte, "El Partido Colorado" asumió la defensa del oficialismo, en tanto que "El Bien" y "El Siglo", se limitaron a informar sobre las diversas etapas del conflicto, que explicitó las ideas del gobierno sobre libertad de prensa y fue la constatación más clara de la política represiva del santismo para con la Universidad.

En singular síntesis de las ideas que inspiraron la prédica opositora en torno al episodio protagonizado por Desteffanis (y que epilogó con su destitución de la Universidad) insertó "La Razón" esta rotunda página: "Ay! de la memoria de Artigas si necesitase el garrote oficial y populachero del santismo para ser simpática al espíritu de los ciudadanos! Las figuras históricas destinadas a vivir ganan siempre con las contradicciones del debate. (...) Artigas puede ser discutido, como todo lo demás, en un país que se precie de respetar la libertad de pensamiento". (6)

Desteffanis atravesó en los días del conflicto Gobierno-Universidad, una dura prueba a la que resultaron sometidas sus convicciones liberales; en carta a su amigo y editor bonaerense, Caros Casavalle, explicitó entonces la angustia que la situación le provocaba: "Una y mil gracias por su cariñosa carta, que no podía llegar más oportuna para fortificar mi fe en el bien, en este momento de prueba en que pende sobre mí la espada de Damocles de la destitución de Catedrático de la Universidad -por el crimen de haber puesto en duda, por la prensa, la santidad de Don José G. Artigas. Su carta es una buena acción". (7)

Una difícil situación económica debió atravesar entonces Desteffanis a raíz de su destitución como profesor universitario. Los principales miembros de la colonia italiana fundaron en la oportunidad, bajo la presidencia del cav. Lastretto, el *Círculo de Lecturas públicas*, del cual Desteffanis fue designado conferencista principal, pasando los proventos de la entidad a constituir el sucedáneo de su sueldo como catedrático. (8)

Algunos planes de trabajo de Desteffanis quedaron inconclusos a la época de su muerte. Iniciados en la década del 90, versaban sobre sendos tópicos historiográficos, cuya concreción hubiera enriquecido las posibilidades de análisis de su pensamiento historiográfico. Al publicar en 1892 la traducción de la obra de Ducoudray, realizada conjuntamente con su ex-discípulo y por entonces colega, el doctor Miguel Lapeyre, anunció la próxima aparición de una *Historia de la Civilización Americana*, "para la cual -afirmaba- hemos recogido un número considerable de materiales y a cuya compilación daremos comienzo tan luego se acabe la impresión de la presente obra". (9) También había encarado Desteffanis en los últimos años de su vida, la elaboración de una *Historia del Uruguay*. Lamentablemente, los esbozos o esquemas de estos materiales no se han conservado, sustrayéndose así a nuestro conocimiento el análisis de una producción de interés para la fijación de los criterios historiográficos de la corriente liberal que representaba.

La estampa de Desteffanis en sus años postreros, la brindó su amigo César Bignami en página escrita con motivo de su muerte. Aunque no la edad, el aspecto físico del cremonés (sus achaques, en especial su virtual ceguera) justificó su calificación como "anciano": "Digo

anciano, porque su porte indeciso cuando cruzaba las calles de Montevideo, sus canas y su popularidad le presentaban a los ojos de todos como viejo, muy viejo. La fuerte miopía le obligaba a encorvarse, y con su proverbial bastón con pomo de marfil, tantear el suelo, para medir la bajada de los escalones y de las veredas". (10)

La vinculación de Desteffanis con la colonia italiana del Uruguay fue estrecha. Figura de indudable ascendiente, por su cultura y su prédica periodística, ejerció una suerte de tutela sobre hombres e instituciones, que se sintetizaba en la expresión con que muchas veces se acompañaba su nombre: el **padre de los italianos**. Encabezó el **Comitato Dante Alighieri** y fue presidente honorario de la **Società di Beneficenza XX Settembre** (con sede en el Cerro) y socio honorario de la **Società di M.S. Stella d'Italia**, **Circolo Garibaldino**, **Casino Italiano**, **Società di M.S. Operai Italiani**, **Società Unione e Fratellanza**, **Scuola Italiana delle Società Riunite**, y **Società di Beneficenza Rimpatrio e Lavoro**. (11) Sus convicciones republicanas le hicieron observar una actitud de discreta prescindencia frente a las actuaciones de la representación diplomática y consular italiana, llegando a rechazar en más de una ocasión, condecoraciones ofrecidas por el gobierno peninsular.



Caricatura aparecida en "Caras y Caretas", aludiendo a la actividad de Destefanis como crítico musical.

La situación económica de Desteffanis nunca fue holgada. Aun en sus últimos años, complementaba sus ingresos como docente de la Universidad y en institutos privados, con el dictado particular de lecciones de idiomas y con trabajos como traductor público. El tal carácter anunciaba anualmente en el "Gran Almanaque de El Siglo": "El Profesor Luis D. Desteffanis, antiguo Catedrático de Historia en la Universidad de Montevideo y traductor público de latín, italiano, francés y portugués. Se encarga de traducciones judiciales y da lecciones de dichos idiomas." (12)

Al promediar el año 1899 enfermó Desteffanis, poniéndose entonces de relieve por la prensa la preocupación de sus numerosos amigos y discípulos. En el mes de julio, el Consejo Universitario le concedió cuatro meses de licencia "para atender su salud" y encargó al doctor Manuel Arbelaiz el dictado del curso de Historia Universal 1º que regenteaba. (13) Surgieron en la ocasión algunas iniciativas tendientes a recaudar fondos con que cubrir los gastos que demandaba la atención del enfermo, circulando listas a tales efectos entre los estudiantes de diversas Facultades (14) y programándose un espectáculo teatral a beneficio del mismo, que no llegó a realizarse. (15)

Desteffanis murió al mediodía del 31 de agosto de 1899, constituyendo su sepelio (efectuado el 1º de setiembre en el Cementerio Central) una manifestación multitudinaria de pesar, de la que participaron la colonia italiana en pleno, el estudiantado universitario y sectores representativos de la cultura nacional, a los que Desteffanis se encontraba estrechamente ligado. La oratoria -que debió ser interrumpida al caer la tarde- contó con la participación del doctor Teófilo Díaz, que habló a nombre de los antiguos discípulos; el bachiller Pedro Manini Ríos, que lo hizo por los alumnos de Preparatorios; el doctor Luis Melián Lafinur, que invistió la representación de los amigos y de la Sociedad Musical "La Lira"; el publicista católico Benjamín Fernández y Medina, que habló a nombre de la Asociación de la Prensa; los estudiantes Ramón Negro y Alejandro Lecot y el doctor Enrique Azarola, secretario del Consejo Universitario y antiguo discípulo de Desteffanis, que llevó la representación de la Universidad Mayor de la República. (16) (17)

La prensa montevideana se hizo eco del pesar colectivo por la muerte de Desteffanis, con sendas notas necrológicas que aparecieron en *L'Italia al Plata*, *"La Tribuna Popular"*, *"La España"*, *"El Siglo"*, *"El Telégrafo Marítimo"*, *"The Montevideo Times"*, *"La Razón"*, *"El Nacional"*, *"La Nación"*, *"El Día"*, *"L'Union Française"*, *"La Mosca"*, *"Bollettino Ufficiale della Camera di Commercio Italiana in Montevideo"*, *"Montevideo Musical"* y *"Ausonia"*. Sólo *"El Bien"* guardó silencio en torno a la personalidad del catedrático fallecido, limitándose a registrar (sin comentarios) la noticia del sepelio.

Los voceros estudiantiles en la prensa (*"El Estudiante"* y *"Los Debates"*) adhirieron al duelo, consignando este último en sus páginas el sereno tributo de la juventud universitaria a la memoria del maestro desaparecido: **"Nuestros compañeros han sabido guardar el duelo. Si hastiados por la tarea en ciertas épocas, si ofuscados, en algún momento por el reproche -interpretado ligeramente- del catedrático, han podido rebelársele y mirarle con antipatía, una vez llegado el momento de verle desaparecer para siempre de su lado, saben, con espíritu justiciero, dominar prevenciones y acallar rencores, reconociendo el mérito cuando él existe. (...) Todos, al recorrer con la memoria, los primeros pasos dados en los claustros se detendrán ante la figura venerable del maestro, y tendrán para él, un recuerdo de cariño. Se lo representarán, encorvado el cuerpo y doblada la encanecida cabeza, por los años, y enceguedidos los ojos por efecto de las largas lecturas; le verán, dominando sus achaques, concurrir asiduo al puesto de labor y pronto siempre a hacer**

oír desde él, su palabra tan sencilla y bondadosa, como llena de erudición". (18)

Desteffanis había formado, a lo largo de toda su vida, una biblioteca de más de 25.000 volúmenes, que constituía uno de los repositorios bibliográficos privados más importantes del país. La dispersión de los materiales en ella contenidos fue el resultado directo de su muerte y del desinterés de sus herederos (sus sobrinos, Juan y Constantino Mombelli Desteffanis) así como de la incuria oficial. C. García Acevedo, que tramitó el expediente sucesorio de Desteffanis, describió en los siguientes términos el estado de las habitaciones del catedrático, al referirse a la medida adoptada disponiendo el traslado de los libros a un local céntrico, para su remate: "La biblioteca del Sr. Desteffanis -el bien de importancia de la sucesión- corría peligro de deteriorarse, encerrados como estaban los libros en piezas pequeñas, húmedas y sin ventilación, y no podía pensarse razonablemente en su remate en el local que ocupaban por la falta absoluta de espacio, por su alejamiento del centro y sobre todo por las pésimas condiciones de seguridad de aquel conventillo" (19)

La formación de esa biblioteca había sido el fruto de una paciente labor de bibliófilo, de la que constituye testimonio fehaciente la serie de cartas remitidas por Desteffanis a su amigo y antiguo editor bonaerense, Carlos Casavalle, que cubre los años 1877 a 1884. En cada una de estas piezas (20) Desteffanis solicitaba la remisión de libros, folletos y revistas especializadas, ofreciendo canje con publicaciones uruguayas de las que era colaborador. Se interesaba además por completar colecciones y por el destino de manuscritos, ofreciendo sus colaboraciones en páginas bibliográficas de la prensa montevideana, como contrapartida del obsequio de obras que Casavalle distribuía en Buenos Aires. La biblioteca de Desteffanis pasó bajo el martillo de remate en extensas jornadas desde el 28 de noviembre de 1899 hasta el 25 de enero de 1900, obteniéndose por ese rico repositorio de materiales bibliográficos, apenas la suma de \$ 3.529,73. (21)

## La actuación docente

Como se ha visto, la vinculación de Desteffanis con algunos emigrados políticos uruguayos en Buenos Aires fue el motivo de su posterior incorporación a la docencia universitaria en nuestro país.

Fue fundamentalmente Tavolara -aunque no debe descartarse la influencia de Errecart, colaborador íntimo de Flores- quien instó a Desteffanis a solicitar la cátedra de Historia en la Universidad. En nota fechada en Buenos Aires el 16 de enero de 1866, Desteffanis se dirigió en tal sentido al Rector Fermín Ferreira, haciendo constar sus méritos y antecedentes. (22) Tavolara, atento al trámite de la solicitud formulada por su amigo, le escribió el 7 de febrero, requiriéndole el envío del programa al que ajustaría sus clases. Desteffanis le contestó el 9 del mismo mes, expresando: "Si hubiese acabado de copiar el programa detallado (...) que estuve elaborando en estos días, hubiese podido dejar completamente satisfecha su pregunta -la que por ser expresada con sin par candidez, no deja de ser algo embarazosa para S.S. Servidor. Sin embargo le borronearé a Ud. *correnti calamo* un embrión del prospecto del curso, para que Ud. me indique, según su parecer, si en complejo le satisface mi plan y me dé los consejos y las indicaciones que juzgue convenientes para que su amigo pueda evitar el peligro de ahogarse en el piélago inmenso en que está para ser arrojado... Ud. no ignora por quien." (23) (24)

En la misma carta Desteffanis señaló que, a efectos de programar adecuadamente su curso, "sería preciso tener *a priori* datos extensos acerca de la clase, edad, y capacidad intelectual del auditorio y de las horas de enseñanza semanal y anual, para dividir exactamente la

materia".

El Consejo Universitario dio entrada a la solicitud de Desteffanis en su sesión de fecha 2 de marzo de 1866, consignando el acta correspondiente que "La Comisión encargada de dictaminar en este asunto, refiriéndose a las informaciones que ha obtenido respecto a la suficiencia del peticionario, así como demostrando la necesidad y conveniencia del establecimiento de tal aula para completar el plan de estudios Universitarios, es de parecer que el Consejo debe deferir, sin trepidar, a la solicitud del señor Desteffanis -y admitirlo a concurso para la dirección de la Cátedra a que aspira". (25)

El dictamen de la Comisión fue aprobado, disponiéndose la realización de un concurso de oposición, con plazo de presentación de ocho días, fijándose como obligación para los concursantes "(...) presentar una disertación sobre la historia de la República desde la época del descubrimiento del territorio Oriental hasta la fecha". (26) Constituía esta exigencia una traba considerable en las aspiraciones de Desteffanis, pues su desconocimiento de la temática fijada era obvio y quedaría puesto de relieve tiempo más tarde. Al vencimiento del plazo estipulado, ningún aspirante se presentó al concurso. El Rector logró, sin embargo, que el Consejo Universitario decidiera aguardar la contestación de Desteffanis, aún en Buenos Aires. (27) El 19 de mayo se presentó un nuevo aspirante, Ernesto Raudron, invocando su título de Bachiller en ciencias y letras. El Consejo decidió abrir un nuevo plazo de quince días para la concurrencia de otros eventuales concursantes. (28) Al término de este nuevo plazo, los aspirantes presentados fueron Ernesto Raudron y Luis Loguercio, quienes concursaron el 2 de julio ante un Tribunal compuesto por Alejandro Magariños Cervantes, Pedro Bustamante y José Pedro Ramírez. (29)

El 17 de agosto de 1866 el Consejo Universitario consideró el punto relativo a la provisión de la Cátedra de Historia Universal. El acta consigna lo actuado: "(...) leído el dictamen de la comisión encargada de apreciar la suficiencia de los opositores en el concurso a que se convocó para la provisión de esa Aula, según resulta del expediente de la materia y en el que la comisión propone a Don Ernesto Raudron para desempeñar interinamente aquel puesto mientras el Consejo no tenga persona de mayores luces que merezca su completa aceptación: el señor Rector expresó que no mostrándose muy satisfecha la comisión del resultado del examen de oposición, hasta el extremo de dejar al Consejo en libertad de nombrar para ese puesto otra persona que considere más idónea; hacía presente a la Corporación que el Señor Desteffanis primer solicitante de esa Cátedra y cuya suficiencia es notoria, había venido llamado precisamente para regentearla con lo que también se cumplían los deseos del Gobierno que lo había recomendado: Que con el mismo motivo había presentado su programa de enseñanza de que se iba a hacer lectura, como en efecto lo ordenó: pero expresando el interesado en su mismo programa que en la carta impresa que también acompaña están resumidas sus ideas sobre la filosofía de la Historia y el método de enseñarla, el Consejo resolvió que con la lectura de ella estaría llenado el objeto y así se verificó. Concluida ésta se puso a la consideración del Consejo y votándose previamente el candidato propuesto por la Comisión fue desechado, nombrándose a D. Luis Desteffanis para desempeñar la Cátedra de Historia Universal, cuya creación y dotación al igual que la de Filosofía se pediría al Gobierno, así como la aprobación del nombramiento que precede". (30)

De esta forma un tanto irregular -pero que atendía, como surge de las propias expresiones del Rector Ferreira, a cumplimentar la voluntad del gobierno de Flores - advino Desteffanis a la docencia universitaria. En ella habría de permanecer, con breves períodos de alejamiento

motivados por diferentes causas, durante tres décadas. Lapso en el cual la Universidad sufrió una transformación significativa, no sólo en el orden ideológico sino también en el plano estructural y en el de su incidencia en la sociedad uruguaya.

En la misma sesión del Consejo Universitario en que se designó catedrático a Desteffanis, se dispuso que los estudios de Historia fueran parte obligatoria del Bachillerato, a partir del 1º de marzo de 1867, no obstante determinarse la conveniencia de iniciar los cursos de inmediato, una vez que el gobierno creara y dotara el cargo provisto. (31) El 30 de agosto, Flores decretó la creación del Aula de Historia Universal, fijando la dotación del catedrático en una suma igual a la que percibía el que regenteaba la de Filosofía, es decir, 960 pesos anuales. (32)

En los primeros días de setiembre, Desteffanis inauguró los cursos de Historia en la Universidad. Expresó desde las primeras clases, las ideas fundamentales que habrían de sustentar su concepción sobre esa disciplina y sobre el eje del acontecer histórico, que es su objeto. Dijo entonces, en síntesis adecuada de sus ideas y sus limitaciones pedagógicas: "Obligado a expresarme en un idioma que no es el de mi patria, nuevo a la enseñanza pública y al arte oratorio, acosado por la escasez material de tiempo, yo tengo ahora que luchar con dificultades inevitables e inherentes a toda cosa nueva, y que confío vencer con vuestra benevolencia y con mi contracción. Me alienta además la certeza de que mis jóvenes discípulos, en quienes deseo y espero hallar amigos, llevando la opinión que quieran sobre mi curso, me harán la justicia de declarar altamente y do quiera, que jamás oyeron de mis labios palabras que atacasen en lo más mínimo el respeto que todo ciudadano republicano debe a la patria, a la moral, a la democracia y a la libertad". (33)

El curso que en el segundo semestre de 1866 dictó Desteffanis en la Universidad, versó sobre temas de Historiología e Historia aplicada. Bajo el título de *Prolegómenos*, el novel catedrático encaró el estudio (a lo largo de dieciséis lecciones) de los siguientes temas: "De la Historia; de la Filosofía de la historia; Del hombre; Del lenguaje; De la Religión; Religiones de la Antigüedad; Religiones de los indios; Religión de los chinos; Religiones de otros pueblos del Asia; Religión de los fenicios y de los cartagineses; Religión de los griegos; Antiguas religiones europeas; religiones monoteicas; Cosmogonía y Antropología; Cronología y Geografía". (34) Temas de Teoría y Metodología de la Historia y de Filosofía de la historia, se alternaron con estudios de Ciencias Auxiliares y con análisis de Historia de las religiones, en un ejercicio docente hasta entonces inédito en el ámbito universitario local.

Un tema que concitó prontamente la atención del docente fue el de la elección del texto a utilizar en el aula. Desteffanis optó por la obra del historiador francés Prévost-Paradol, *Essai sur l'Histoire Universelle*, escrita en 1865, que era conocida en el Río de la Plata en su segunda edición francesa. La idea de Desteffanis era la de traducir esta obra e irla publicando por entregas, precedida de las lecciones dictadas en el segundo semestre de 1866. Dificultades que veremos obstaron al cumplimiento de este plan. Desteffanis debió recurrir entonces a otros textos -la *Historia de los romanos* de Duruy, el manual de Drioux- pero sin lograr una solución eficaz para el agudo problema didáctico planteado. Las dificultades relacionadas con el texto a utilizar por los alumnos del aula de Historia Universal se agudizaron con el correr de los meses. El 26 de noviembre de 1867 el Consejo Universitario tomó conocimiento de una representación de los "estudiantes de Historia Universal, (quienes) fundándose en que por la falta de texto no han completado ni empezado el curso del presente año, entretenidos hasta hoy con prolegómenos que ha ofrecido la Imprenta encargada de ello; solicitan se les exima del examen en este año, disponiendo que la parte de preliminares ya estudiados sea incluida en el examen del próximo año de 1868". (35)

Un año más tarde, dos grupos de alumnos del aula de Historia Universal -integrados, entre otros, por Perelló, Artagaveytia, Grane, Ortega, Zumarán, Jiménez de Aréchaga, Arredondo, de Pena, De María, Díaz, Gradín- se dirigieron a la autoridad universitaria, planteando el mismo problema: imposibilidad de rendir examen por insuficiencia de formación y falta de texto. La crítica fue dura y la tarea de Desteffanis resultó cuestionada sin ambages. (36) El Consejo Universitario no hizo lugar, sin embargo, al pedido estudiantil de exoneración del examen, sino que postergó su realización hasta febrero de 1869, porque "sería poco decoroso -afirmó- que se esté pagando a un empleado, sin resultado alguno".

La situación de inestabilidad del curso a cargo de Desteffanis se vio agravada por la indisciplina del alumnado y la falta de carácter del catedrático. (37) ¿Qué había sucedido en el aula regentada por Desteffanis? ¿Carecía este de capacidad para el cargo? Su erudición, puesta de relieve en las dieciséis lecciones del curso propedéutico de 1866, permite descartar un desconocimiento de la materia. Pero, ni su carácter afable, ni sus carencias didácticas, podían salvarse con recursos a la erudición. Desteffanis no impuso desde el comienzo de su actuación la disciplina necesaria en las clases y el deterioro de la relación docente-alumno se agudizó hasta orillar el escándalo. Una publicación estudiantil de la época brindó el mejor testimonio de los problemas que debió afrontar Desteffanis en estos años iniciales de su actuación docente: «(...) la vasta erudición y preclara inteligencia del Sr. Desteffanis no han sido bastante para suplir con éxito su falta de método en las lecciones y su poca energía, esencial punto, en cuanto al orden interno del aula, sin lo que ningún adelanto ni progreso es posible. Por otra parte la falta de un texto, que facilitara a los estudiantes la aridez del estudio de la Historia, ha sido una de las más poderosas causas que han retardado, y hecho quizás estériles los desvelos y brillantes aptitudes tanto de Catedrático como de estudiantes. (...) El Sr. Desteffanis ha de comprender que para ejercer con éxito la enseñanza, se necesita algo más que erudición, algo más que haberse dedicado durante toda su vida, al difícil estudio de la Historia; energía como catedrático y otras disposiciones peculiares al profesorado, sin las que toda su ilustración será estéril, son también necesarios (...)». (38)

La crisis estalló en marzo de 1869. Los alumnos del aula de Historia Universal se dirigieron nuevamente al Consejo Universitario, solicitando ser exonerados del examen correspondiente a dicho curso, por estar «en la imposibilidad real de prestarlo de una manera decorosa», en virtud de la falta de texto y de los repetidos cambios de los adoptados en diversas ocasiones. La comisión especial designada para dictaminar sobre esta solicitud, propuso estar a lo resuelto en noviembre de 1868, «es decir, que esa Aula debe prestar examen como todas las demás; demostrando que, cualesquiera que sean los entorpecimientos que la falta de texto le haya producido, siempre es menos malo y más decoroso para la Universidad que sostiene ese empleado, el que se someta a la prueba exigida por igual a todos». (39)

El doctor José Pedro Ramírez planteó exonerar a los estudiantes de rendir el examen de Historia y «suspender el aula hasta nueva resolución»; en tanto que el doctor José Ellaury «(...) aceptando el dictamen de la Comisión, (sostuvo) sin embargo un término medio respecto a los estudiantes que han concluido ya sus estudios, cual es el de que se les admita al examen general y grado correspondiente a condición de que durante el corriente año, cursen y presten el examen del aula de Historia, como todos los demás solicitantes, dándose así a todos un término mayor para prepararse (...)». (40) Este criterio fue finalmente compartido por el Consejo, desapareciendo por un tiempo los problemas para el desempeño

docente de Desteffanis.

Un incidente ajeno al quehacer universitario interrumpió dos años más tarde la docencia de aquel. Habiendo viajado a Buenos Aires, lo retuvieron en aquella ciudad las medidas sanitarias adoptadas con motivo de la fiebre amarilla de 1870. El 24 de abril de 1871 el bedel de la Universidad comunicó a las autoridades que el catedrático de Historia no había iniciado sus clases. El Consejo dispuso la realización de un sumario y el 31 de mayo decretó el cese de Desteffanis por incumplimiento de sus obligaciones docentes. Este recurrió de la resolución adoptada, pero no se hizo lugar al recurso. (41) La voz estudiantil se alzó en la emergencia, en defensa de Desteffanis, sin abandonar el tono crítico que hemos visto explicitado con relación a sus capacidades didácticas: «(...) preguntamos, se consiguió poner un remedio al mal, destituyendo al Sr. Desteffanis? Los hechos se encargan de responder por nosotros. Hasta hoy no se ha conseguido encontrar quien acepte la cátedra de Historia. (...) No pretendemos hacer la defensa gratuita del Sr. Desteffanis, que por otra parte no la necesita, únicamente abogamos por los verdaderos intereses de la Universidad, que impera notablemente al porvenir de nuestra patria; lo que pedimos, lo que deseamos calurosamente es que no continúe la acefalía de la Cátedra de Historia; lo que solicitamos es que reabra sus puertas a la juventud ávida de empaparse en la interesante narración de las grandiosas revoluciones que han agitado la Humanidad, al través de los tiempos y de los lugares, desde su cuna hasta nuestros días; y es porque no ignoramos toda la importancia que envuelve su estudio, que no dudamos por un momento de que nuestra justa petición, no será por cierto relegada al olvido. Si se hubiera encontrado persona ilustrada que la regenteara, no seríamos en verdad nosotros, los que pediríamos la reposición del Sr. Desteffanis, porque estamos muy lejos de suponerlo con todas las dotes que requiere el profesorado, para ejercerse a la altura de su misión benéfica; pero sí lo consideramos, a pesar de sus defectos, el más capaz y hasta quizás el único de dirigirla útilmente en las presentes y críticas circunstancias». (42)

Decretado el concurso de oposición para proveer la Cátedra vacante, el 29 de febrero de 1872 se cerró la inscripción de aspirantes, siendo Desteffanis el único postulante. El 15 de marzo, Julio Herrera y Obes solicitó se suspendiera la prueba del concurso, pidiendo se aceptara su inscripción como concursante. Sin embargo, fijada la fecha del 21 de marzo para las pruebas, Herrera y Obes no se presentó. Desteffanis las rindió a satisfacción y fue nuevamente designado Catedrático de Historia Universal. (43)

Cuando en 1873 Agustín de Vedia presentó en el Parlamento un proyecto sobre enseñanza, que incluyó entre sus varias disposiciones el principio de la libertad de estudios, que había sido un postulado permanente del elemento principista, Desteffanis acompañó el manifiesto de adhesión al proyecto, que publicó «El Siglo» el 4 de julio de 1873 y suscribieron, entre otros, Antonio Vigil, Catedrático de Derecho Civil y Comercial; Gonzalo Ramírez, Catedrático de Derecho Constitucional; los estudiantes Carlos María de Pena, Justino Jiménez de Aréchaga, José María Perelló, Adolfo Artagaveytia, Pablo De María, etc. (44)

Los años siguientes mostraron a un Desteffanis que había ido consolidando su actuación docente, superados los inconvenientes que generaran con anterioridad las enojosas situaciones referidas. El impulso que el catedrático imprimió a sus clases fue reconocido por la prensa universitaria de la época. (45) A este respecto resulta de interés -para evaluar el tránsito en la consideración pública de la labor de Desteffanis- detenerse en una página de «La Voz de la Juventud», en la que se elogiaba la dedicación docente de aquél y se la proponía como un ejemplo a imitar: «Haciéndonos eco de los jóvenes estudiantes del aula de historia de

nuestra Universidad, no podemos menos de encomiar la digna conducta del erudito e ilustrado Catedrático de ella, el Sr. D. Luis Desteffanis y de felicitarlo por el interés que se toma en pro de su progreso y adelanto. No existiendo en la Universidad de una República de América como la nuestra ¡vergüenza da decirlo! una cátedra especial de 'historia americana', causa principal de que nuestra juventud ignore hasta los hechos más culminantes de ella, el Sr. Desteffanis, a pesar de no hallarse obligado sino a enseñar este año en clase la historia moderna, ha resuelto aprovechar las buenas disposiciones de sus discípulos, haciendo un estudio especial del descubrimiento, conquista, colonización e independencia del mundo de Colón y de Washington. Reciba el Sr. Desteffanis esta débil muestra de gratitud que le dedicamos en nombre de la juventud estudiosa, y quede una vez más, constatado, que si hay catedráticos en nuestra Universidad, que no cumplen como debieran las sagradas obligaciones que contrajeron al tomar posesión de sus cargos, hay otros que no sólo las cumplen fielmente, sino que adelantándose más aún, merecen que su conducta sea citada como modelos dignos de ser calurosamente aplaudidos». (46)

La prédica principista de 1873 fructificó en 1877, cuando el gobierno de Latorre decretó la libertad de estudios, suprimiendo -al mismo tiempo- los cursos secundarios de Filosofía, Matemáticas, Geografía e Historia en la Universidad. Los docentes afectados por esta medida -Plácido Ellauri, Carlos Olascoaga, P. Otero, Ignacio Pedralbes y Luis Desteffanis- se dirigieron al Rector, por nota de fecha 16 de enero de 1877, solicitando autorización para continuar la docencia libre, en el propio local universitario, alegando «el perjuicio que ocasionaría la falta de clases a quienes no pudieran costearse los estudios». (47) Aunque las autoridades universitarias accedieron a la solicitud, el gobierno se opuso a este criterio, sobre la base de la necesidad de aplicar estrictamente el principio adoptado, de eliminación de los estudios secundarios en la Universidad.

La situación creada por el decreto de enero de 1877 se mantuvo hasta febrero de 1883, en que se restablecieron los estudios preparatorios en la Universidad. El 23 de febrero Desteffanis reclamó su cátedra, siendo restituído al desempeño de sus labores docentes el 7 de marzo de 1883.

La publicación de su artículo *Non vada in collera*, referido a los homenajes oficiales decretados a la memoria de Artigas, pretextó el enfrentamiento del gobierno de Santos con la Universidad, que habría de tener graves derivaciones. El 30 de setiembre de 1884 el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción, Juan Lindolfo Cuestas, notificó al Rector de la Universidad la destitución de Desteffanis decretada en la fecha: «El Gobierno, firme en la línea de conducta trazada, no permitirá que ningún funcionario ni corporación que dependan del Estado, se permita expresar en forma, ya oral, ya escrita, expresiones que ofendan la memoria del ilustre general Artigas. (...) El gobierno, además, entiende que ideas extraviadas en ese orden sólo corresponden a enemigos de la República, o bien si son orientales a los que alimentan en su desgraciado espíritu el germen de traiciones futuras, desconociendo principios fundamentales de independencia». (48) (49)

El Rector José Pedro Ramírez al recibo de la comunicación del Ministro Cuestas, solicitó a Desteffanis que no concurriera a la Universidad, al tiempo que puso el asunto en conocimiento del Consejo Universitario. Este pasó el punto a consideración de una Comisión integrada por los doctores Duvimioso Terra, Luis Melián Lafinur y Teófilo Gil. El primero, entendió pertinente lo actuado por el gobierno, en tanto que los dos restantes aconsejaron defender la libertad de cátedra. Este fue el criterio que el Consejo hizo suyo. El Rector se dirigió al Ministro

asumiendo la defensa de Desteffanis -más allá de marcar su discrepancia con los conceptos vertidos por éste sobre Artigas- y reivindicando el derecho a la libertad de cátedra, como principio esencial del quehacer universitario. (50) Al propio tiempo propuso la división de la Cátedra de Historia, en Universal y Nacional, porque «Con esta solución se consultaría la necesidad de impedir que en la Cátedra de una Universidad oficial se haga doctrina antinacional y de mantener invariable al principio de la libre discusión en la prensa periódica, sin limitación de ningún género, que es algo encarnado en nuestras libres instituciones». (51)

Desteffanis al ser notificado por el Rector de la medida adoptada por el gobierno, dirigió a la máxima autoridad universitaria una nota en la que alegó sobre sus derechos como catedrático y periodista: «Qué artículo, qué ley establece incompatibilidad entre el cargo de catedrático y el de periodista? El diario *L'Italia* no es un libelo anónimo; cumple y está dentro de la ley, mal pueden adoptarse medidas excepcionales contra sus redactores... El art. 81 de la Constitución del Estado autoriza al Presidente de la República a destituir a empleados públicos por ineptitud, omisión o delito. La falta no fue cometida por el catedrático de la Universidad ejerciendo sus funciones, sino por el redactor de *L'Italia*, no puede pues calificarse de ineptitud u omisión. Queda el delito, qué ley de la República, del mundo entero, prohíbe el libre examen de los hechos históricos, y el juicio sobre sus personajes? (...) Como catedrático de la Universidad no falté nunca a mi deber -fundador del aula de Historia Universal desde 1866, nunca falté al respeto debido, jamás hice del aula arma de propaganda a favor de mis ideas personales, políticas y religiosas». (52)

Las derivaciones del conflicto entre el gobierno santista y la Universidad -mediando la acusación del diario oficialista «El Partido Colorado», contra el catedrático de Derecho Constitucional doctor Justino Jiménez de Aréchaga, de haber efectuado en el aula apreciaciones políticas contra el partido y el gobierno- epilogaron con el decretos del 15 de octubre de 1884, por el que Santos destituyó al Rector José Pedro Ramírez, al catedrático Jiménez de Aréchaga y a los miembros del Consejo Universitario Luis Melián Lafinur, Jacinto Casaravilla, Angel Solla, Juan José Segundo, Constancio Vigil, Saturnino Alvarez, José Piaggio, Teófilo Gil, Martín Berindugue y Pedro Bustamante. (53)

Cesante en la Universidad, Desteffanis continuó vinculado a la docencia a través de la Cátedra de Filosofía de la historia que regenteaba en los estudios secundarios que se dictaban en el Ateneo de Montevideo. (54)

El marginamiento de Desteffanis del quehacer universitario se prolongó hasta 1888. El 9 de marzo de ese año el Oficial mayor del Ministerio de Fomento, Ramón López Lomba -antiguo discípulo del aula de Historia Universal (55)- comunicó a la autoridad universitaria la reposición de Desteffanis en su cargo de catedrático. A partir de entonces, el aula de Historia se dividió en dos: Desteffanis continuó a cargo del dictado de Historia Universal y Miguel Lapeyre -su ex-discípulo y sustituto en la cátedra desde 1885- regenteó la correspondiente a Historia Americana y Nacional.

En los años siguientes la docencia universitaria de Desteffanis se desarrolló con sosiego. Integrante de mesas examinadoras de Latín y Castellano, Francés y Literatura, además de las de Historia, su dedicación al quehacer universitario fue permanente. En tal desempeño integró en 1895 la Comisión designada para estudiar las reformas a introducir en el programa de Historia, que compuso junto a Manuel Arbelaiz, Miguel Lapeyre, A. Ramos Suárez y Juan Andrés Ramírez.

En mayo de 1897 Desteffanis solicitó licencia en su cargo, siendo sustituido por el bachiller

Juan Andrés Ramírez. (56) Por entonces el antiguo catedrático desempeñaba también tareas docentes en institutos privados de enseñanza secundaria. Por ejemplo, en el Instituto Universitario (con sede en la calle San José nº 207), cuyo director era su viejo colega Albino Benedetti y donde compartía tareas con Claudio Williman, Eduardo Monteverde, Carlos Vaz Ferreira, Ismael Feo, José Salgado y su entrañable amigo Miguel Lapeyre. (57) En el mismo campo de actividad, en junio de 1899 se anunciaba la apertura de «un nuevo instituto de estudios secundarios bajo la dirección del profesor don Luis D. Destefanis» (58), empresa frustrada por su inmediata enfermedad y muerte.

No obstante su edad no avanzada, numerosos achaques y, fundamentalmente, la ceguera casi total que lo abrumaba, tornaron dificultoso el ejercicio de la docencia en los últimos años de su vida. Testimonio de ello resulta un artículo publicado en la revista estudiantil «Los Debates», bajo el título de **Medida necesaria: «Si los servicios prestados a una institución; si los méritos individuales puestos a disposición de ciertas formas de colectividades son dignos de recompensa, es indudable que el Consejo Universitario podría en estos momentos colmar los deseos de todos los estudiantes de Preparatorios jubilandos, en mérito a los grandes favores prestados a la Institución, a (...) Don Luis Desteffanis (...) que ejerció el profesorado con notable brillo durante muchísimos años (y) está hoy notablemente decaído por la edad y sobre todo por su enfermedad a la vista, adquirida por una continua labor y que lo tiene en un estado de casi ceguera. Creemos sinceramente que el Señor Desteffanis no puede regentar actualmente una clase, no por deficiencia suya, pues todos conocemos su saber, sino porque los estudiantes (no hablamos de todos) aprovechándose de su estado, no guardan la debida circunspección»**. (59)

La labor docente de Desteffanis fue rica en altibajos. Llegado a un medio cuya frecuentación le era ajena, escasamente dotado para imponer con cierto margen de autoridad la disciplina entre alumnos no siempre dóciles, carente de métodos didácticos que hubo de improvisar y ensayar sobre la marcha; pero a la vez amante de la disciplina que enseñaba, generoso en la transmisión de sus abundantes conocimientos, excesivamente erudito para los requerimientos de un aula de estudios preparatorios, el balance general de su influencia en el ámbito docente resultó con amplio saldo a su favor. Esta conclusión no es, por otra parte, caprichosa, sino que refleja lo que fue el sentir virtualmente unánime de sus propios discípulos. Uno de los más connotados, el doctor Enrique Azarola, expresaba en bellos conceptos su evaluación del valioso aporte de Desteffanis a la docencia universitaria uruguaya: **«Filósofo y catedrático, amaba la tolerancia con el mismo ardor que sus lecciones magistrales, perfumándola con una unción verdaderamente evangélica: con vocación jamás amortiguada ha congregado alrededor de su aula luminosa a las inteligencias adolescentes, ya divididas por los problemas de los siglos, constantemente presentes a la mente humana y sempiternamente insolubles: liberales, ultramontanos, escépticos -que por una antinomia sorprendente los hay hoy en los primeros años de la existencia, donde todo parece convidar con nacarado acento de pureza, a los fulgores del ideal-, creyentes persuadidos de que la verdad no puede ser una fórmula vacía, ni la ley moral un convencionalismo transitorio, a todos cobijaba paternalmente; dispensándoles su benevolencia clásica, escuchaba a todos; con ninguno reñía y concluía por refutar sus exageraciones, disipando sus radicalismos engañosos, con la envidiable erudición que lo señalaba, frecuentemente saturada en las esperanzas de la Historia»**. (60)

## El ejercicio del periodismo

Dos fueron las vocaciones a las que Desteffanis consagró su vida: el estudio de la Historia y el ejercicio del periodismo. Este lo cumplió en ambos márgenes del Plata y tanto en castellano como en italiano. Sus ideas en torno a la misión de la prensa, acordes con su opción política liberal, aparecieron sintetizadas en página que publicara en «La Revista Literaria», que dirigía su amigo Tavolara: «El sacerdocio de la prensa es para nosotros el más sublime que puede existir, y ¡ay! del que le profana prostituyendo su pluma al hechizo fatal de Mamona o a las exigencias racionicidas del espíritu de partido! Un olvido despreciativo o la celeridad infamante de Aretino, ¡he ahí el castigo adecuado al ruin simoníaco». (61)

Al radicarse en Buenos Aires comenzó su labor periodística que mantuvo ininterrumpidamente durante treinta y tres años. Fundó entonces, en unión con Gaetano Pezzi y Francini -antiguo miembro de la Constituyente Romana de 1848- el diario «L'Italiano». Tiempo después comenzó a editar, en colaboración con Benito Priuli, el semanario «L'Italia al Giorno». (62)

Al trasladarse a Montevideo se vinculó inmediatamente con los medios periodísticos -con los cuales había mantenido esporádicos contactos, a través de colaboraciones remitidas desde Buenos Aires para «La Revista Literaria»-, pasando a integrar el cuerpo de redacción de «La Tribuna», de José Cándido Bustamante, del cual llegó a ser en 1868 -junto al doctor Fermín Ferreira y Artigas- uno de los Redactores. En 1869 pasó a escribir en «L'Italia», fundada por el capitán Bartolomé Bossi. En la misma línea de la prensa de inmigración, se integró a la redacción de «L'Italia Nuova» (63), diario «político, comercial y literario» administrado por Giuseppe Anfossi. En 1878 fundó con el doctor Joaquín Odicini y Sagra, «L'Era Italiana», la que en 1882 se fusionó con «L'Italia Nuova», dando origen a «L'Italia» (64), de la que Desteffanis fue Redactor Jefe. Esta hoja periodística, en la que habría de protagonizar el sonado episodio de la polémica en torno a los homenajes a Artigas, decretados en 1884 por Santos, apareció hasta el 25 de julio de 1895. Luego de una interrupción de dos años, reinició sus ediciones bajo el nombre de «L'Italia al Plata». En la dirección de este órgano de prensa sorprendió la muerte a Desteffanis en 1899.

Aparte de sus colaboraciones esporádicas en diversas publicaciones universitarias, Desteffanis escribió regularmente en los «Anales del Ateneo del Uruguay», en «Montevideo Musical» -que dirigía su entrañable amigo Francisco Sambucetti-, en «Ausonia» -dirigida por su también coterráneo y amigo L. Ambruzzi- y en «El Siglo», donde durante largos años ejerció la crítica de espectáculos, firmando sus notas con el seudónimo Delta (65)

La labor periodística llevó a Desteffanis a participar, en abril de 1898, en la fundación de la Asociación de la Prensa, entidad creada para «defender los intereses morales y materiales del gremio y ejercer la protección mutua» entre los periodistas. La primera comisión directiva de la institución, que integraron Carlos María Ramírez (como Presidente) y Elbio Fernández, Francisco Vázquez Cores, J.G. Boron Dubard, Arturo Giménez Pastor y Benjamín Fernández y Medina, lo contó en su seno. (66)

La identificación de Desteffanis con una concepción sobre la misión de la prensa, claramente inscrita en los cánones liberales, le hizo afrontar situaciones difíciles y protagonizar valerosos enfrentamientos con el poder político, en circunstancias de conculcamiento general de las libertades públicas. De allí que las palabras de «El Telégrafo Marítimo», a la hora de su muerte, pudieron considerarse como el homenaje de la prensa de combate del siglo XIX a uno de sus cultores más esclarecidos: «(...) su prédica era sana, tanto en la cátedra universitaria como en el apostolado de la prensa, porque, para él no era otra cosa que un apostolado el

periodismo, y de ahí precisamente el que siempre, aún en los momentos más difíciles, más peligrosos, hubiera estado en la buena causa». (67)

### Las opciones político-filosóficas

Liberal y por liberal, republicano, Desteffanis -quizás integrante de la «Giovine Italia» en sus años de adolescencia-, mantuvo en el Río de la Plata sus ideas políticas, desarrollando en Buenos Aires primero y en Montevideo después, una profícua labor de prédica patriótica, inspirada en el programa federalista de su coterráneo Carlo Cattaneo. En la capital porteña recogió fondos para enviar a los comités revolucionarios que actuaban en la península, en los años previos a la unificación. Producida esta, el signo monárquico que la presidió, no le permitió integrarse en plenitud al proceso político que llevaba adelante la Casa de Saboya. Su prédica de entonces fue, sin embargo, cautelosa y hábil, eludiendo el choque frontal con las actitudes conservadoras de los núcleos monárquicos de la inmigración, en aras del mantenimiento del principio de unidad nacional, tan caro a sus ideales patrióticos.

El firme sentimiento de adhesión a la causa liberal, que presidió su actuación periodística y cultural, apareció claramente explicitado en carta que desde Buenos Aires remitió a su amigo Tavolara, en setiembre de 1865, y en la que evaluó la situación americana bajo la óptica de su personal opción ideológica: «He hojeado con placer la colección de la *Revista* que Ud. tuvo a bien enviarme, y me felicito por el espíritu liberal y democrático que en ella campea. Valor, mi amigo, valor y perseverancia: no olvidemos nunca que vivimos en una época de transición y en países do la reacción trabaja con ahinco para deparar días aciagos a la democracia, que es inseparable de la república. Es, pues, preciso luchar contra aquella y vencerla». (68)

En Montevideo Desteffanis trabajó permanentemente junto a los elementos dirigentes del liberalismo. En octubre de 1888 integró el movimiento de este signo, denominado Liga Patriótica de Enseñanza, que se propuso retomar la acción programática de Varela y vitalizar la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. El movimiento, que contó con la adhesión de las principales figuras del «partido liberal» -Ángel Floro Costa, Luis Melián Lafinur, Ramón López Lomba, Manuel B. Otero, José Batlle y Ordóñez, Julio Bastos, etc.- designó diversas comisiones de trabajo, una de ellas a nivel departamental, que Desteffanis integró junto a Jacinto Albistur, Mateo Magariños Vieira, Remigio Castellanos, Marcelino Izcua Barbat, Juan Campisteguy, etc. (69) De esta movilización surgió en 1891 la Unión Liberal, que hubo de ser el partido político que nucleara a todos los elementos del liberalismo uruguayo, y que -por la oposición férrea de Batlle y Ordóñez que apostaba a una síntesis entre tradicionalismo y liberalismo-, concluyó por agrupar «a los dispersos elementos liberales de todos los partidos». (70)

No obstante su opción político-filosófica, Desteffanis no integró los cuadros de la Masonería -el reducto quizás más calificado de la mayoría de los liberales de la época-; a estar a sus propias manifestaciones, mantenía relaciones cordiales con aquella, pero no la integraba. (71)

Completando el cuadro de referencias a las opciones político-filosóficas de Desteffanis resulta de interés transcribir algunas de sus opiniones sobre la «cuestión social», que nos lo muestran en una actitud de apertura hacia formas de pensamiento propias de la social-democracia. La página, publicada en «L'Italia» en agosto de 1884, formó parte de una polémica sostenida con el periódico «La Lucha Obrera», y apareció bajo el título de *Un'accusa immeritata*, haciendo referencia a la acusación lanzada por aquél, de que los redactores de «L'Italia» defendían los intereses patronales, a los que se hallaban ligados importantes

personeros de la colonia italiana. Dijo Desteffanis: «(...) nelle Repubbliche del Plata la quistione sociale esiste: non in grado così intenso come in Europa, che là havvi sovrabbondanza di braccia, mentre qui se ne sente invece la mancanza, ma esiste; negarlo è disconoscere un fatto doloroso ed é un cattivo sistema quello di voler curare un male sociale col negarne l'esistenza. (...) E poi quistioni così complesse come lo é la quistione sociale, non si risolvono mica con quattro frasi stereotipate: *Pane e lavoro all'Operaio! - Abbasso il monopolio! - Guerra al Capitale! - Diritti, onori e posti pubblici all'Operaio!* ripetute a suon di tamburro ed a casaccio. (...) Certamente l'operaio ha diritto ad essere bene nutrito, bene alloggiato, bene vestito, ad avere sicurata la propria sussistenza, l'educazione de'suoi figli, e la certezza che le malattie o la vecchiaia non lo ridurranno alla triste condizione di mendicante. (..) Certo il monopolio é cosa odiosa al diritto naturale e contraria alla pubblica economia degli stati e quindi dev'essere abolito. (...) Il capitale assorbente, usufruttuante ingordo del lavoro delle masse, dev'essere combattuto nelle sue usurpazioni, frenato ne' suoi eccessi. (...) La morale di tutto questo si é, per noi, che se é vero che la quistione sociale esiste, se é innegabile che bisogna risolverla cercando il benessere delle masse, é vero eziandio che non bisogna lasciarsi trascinare dal cuore o dalla fantasia e trattare alla lesta di nemici degli operai coloro che alle soluzioni violente preferiscono le transazioni efficaci che di passo in passo condurranno all'abolizione del monopolio del capitale sul lavoro (...). (72)

## Consideraciones finales

No nos hemos detenido en la narración -en ocasiones circunstanciada- de algunos episodios sustanciales de la vida de Desteffanis, por simple afán anecdótico, sino porque la anécdota es (generalmente) síntesis adecuada de los procesos que determinan el destino del ser individual o colectivo. Saber que Desteffanis fue liberal y no conservador, republicano y no monárquico, anti-clerical y no ultramontano, que combatió a Santos y lo que su régimen significaba y no lo aduló rastreramente, que prefirió la pobreza material a la transacción con los poderosos, constituyen otros tantos elementos de juicio -valiosos e insustituibles- para acercarnos a su obra, a su pensamiento y a su docencia.

Por otra parte, del esbozo biográfico que precede a estas consideraciones surge el carácter típico de la personalidad de Desteffanis. No lo proponemos, pues, como una figura excepcional, sino como un personaje que recoge, asimila e interpreta, una corriente dominante en su época.

Por lo demás, su condición de inmigrante preocupado por el destino de su patria y de sus connacionales más allá de las divergencias ideológicas (no menores) que pudieron separarlo de la conducción política del proceso de unificación o de vastos sectores del «oficialismo» en la colonia italiana del Uruguay, signó su prédica de un valor especialísimo, en tanto tradujo sentimientos de muy honda raigambre étnica y criterios incommovibles de ética social.

(1) El propio Desteffanis destacaba, cuando la oportunidad se presentaba, su carácter de maestro de figuras importantes de la cultura nacional: «Me enorgullezco pensando que he podido contar entre mis discípulos a escritores que tanto honran a la cultura nacional, a los doctores Aréchaga y Berra». (Entre libros y periódicos. Apuntes de un bibliófilo, en «Anales del Ateneo del Uruguay». Año IV. Tomo VIII. Núm. 41, p. 55).

(2) (Nota necrológica en:) «L'Italia al Plata». Montevideo, 1-9-1899, p. 1.

(3) Entre libros... etc., ob. cit., en «Anales del Ateneo del Uruguay». Año III. Tomo VI. Núm. 34, pp. 503/504.

(4) José Antonio Tavalara fue periodista y político. Nacido en Montevideo en 1821, completó en España sus

estudios, regresando al Uruguay en 1854. Adscripto políticamente al grupo de los colorados conservadores, adhirió a la acción de Flores y más tarde sostuvo la candidatura presidencial de Gómensoro. Fue diputado por Florida y Tacuarembó en las legislaturas de 1888-1891 y 1891-1894. Redactó y dirigió numerosas publicaciones: «El Sol Oriental», «El Pueblo», «La Aurora», «La Revista Literaria», «La Tribuna», «El Demócrata», «El Heraldo», «Las Novedades». Fue director de la Biblioteca Nacional, desempeñando el cargo con escasa dedicación y sin gran competencia. Falleció en Montevideo en 1909. (Cfr.: JOSE MARIA FERNANDEZ SALDAÑA, *Diccionario Uruguayo de Biografías. 1810-1945*. Montevideo, Editorial Amerindia, 1945, pp. 1225/1226).

(5) CARLOS MUÑOZ Y ANAYA, *La Sociedad Filo-Histórica y el Club Universitario*, en «La Revista Uruguaya». Año I. Núm. 7. Montevideo, 14 de febrero de 1875, p. 49.

(6) La destitución del señor Desteffanis, en «La Razón». Montevideo, 4-10-1884, p. 1.

(7) ARCHIVO Y BIBLIOTECA PABLO BLANCO ACEVEDO. Colección Museo Histórico Nacional. Tomo 952. Carta de Desteffanis a Carlos Casavalle, fechada en Montevideo el 1º de octubre de 1884.

(8) (Nota necrológica en:) «L'Italia al Plata», citada.

(9) *Historia de la Civilización por G. Ducoudray*. Traducida y ampliada con arreglo al último programa Universitario por los Señores Don Luis D. Desteffanis y Don M. Lapeyre Catedráticos de Historia Universal en la Universidad de Montevideo. Montevideo, Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos, 1892, Tomo II, p. 608.

(10) CESAR BIGNAMI, Luis Daniel Desteffanis, en «Montevideo Musical». Año XV. Núm. 113. Montevideo, Setiembre 10 de 1899.

(11) «L'Italia al Plata». Montevideo, 2-9-1899, p. 1.

(12) «Gran Almanaque de El Siglo para el año 1898». Montevideo, 1898, p. 381; Idem: «Gran Almanaque de El Siglo y Guía Administrativa, Comercial y Profesional de la República para 1899». Montevideo, 1899, p. 381.

(13) *Crónica Universitaria*, en «Los Debates». Año IV. Montevideo, 1899, p. 53.

(14) *Ibidem*, p. 85.

(15) *En pró del profesor Desteffanis*, en «Montevideo Musical». Año XV. Núm. 111. Montevideo, Agosto 20 de 1899, p. 3.

(16) Veintisiete años antes, Enrique Azarola había dedicado a su profesor un trabajo histórico, en los siguientes términos: «A mi maestro de Historia Don Luis D. Desteffanis. Como un débil tributo de la amistad que le profesa su discípulo Enrique Azarola». (Opúsculo sobre el estado de la humanidad a la venida del Cristianismo. Tesis leída y discutida en el Club Universitario, en «El Club Universitario». Año II. Núm. 5. Montevideo, Febrero 11 de 1872, pp. 342 y ss.).

(17) «El Siglo». Montevideo, 2-9-1899.

(18) Luis D. Desteffanis, en «Los Debates». Año IV. Montevideo, 1899, pp. 151-2.

(19) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. Montevideo. Archivo del Juzgado Letrado en lo Civil de 5º Turno. Año 1903. Expediente Nº 244, foja 7 vta.

(20) ARCHIVO Y BIBLIOTECA PABLO BLANCO ACEVEDO. Colección Museo Histórico Nacional. Tomo 952. Documentos para la Historia de la República Oriental del Uruguay. Correspondencia de Luis D. Desteffanis con Carlos Casavalle. 1877-1884.

(21) FERNANDEZ SALDAÑA, ob. cit., p. 401.

(22) M. BLANCA PARIS DE ODDONE, *La Universidad de Montevideo en la formación de nuestra conciencia liberal. 1849-1885*. Montevideo, Universidad de la República, 1958, p. 232.

(23) Carta a D. José Antonio Tavolara (Buenos Aires, Febrero 9 de 1866), en «La Revista Literaria». Año 1º. Nº 46. Montevideo, Marzo 11 de 1866, p. 730.

(24) La referencia final del fragmento transcripto, es reiterada por Desteffanis cuando publica los *Prolegómenos* a su traducción del *Ensayo sobre la Historia Universal* de Prévost-Paradol, y dedica ese trabajo a Tavolara, con estas palabras: «Ha sido a indicación y por empeño de Ud., que yo ocupo la Cátedra de Historia Universal en la Universidad de esta República; justo es, pues, que le dé una pública muestra de mi gratitud, dedicándole mi primer trabajo histórico. Es poca cosa, una traducción, hecha Dios sabe cómo, y un pobre comentario; pero Ud. la dará para mí, mucho valor, aceptándola como prenda del aprecio y de la amistad que a Ud. profesa su buen amigo L.D. Desteffanis».

(25) INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS, *Documentos para la historia de la República Oriental del Uruguay*. Tomo I. Cultura. Actas del Consejo Universitario. 1849-1870. Montevideo, Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias, 1949, p. 393.

(26) *Ibidem*.

(27) *Ibidem*, p. 394.

(28) *Ibidem*, pp. 400/401.

(29) PARIS DE ODDONE, ob. cit. p. 233.

- (30) INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS, ob. cit., p. 408.
- (31) Ibidem.
- (32) Ibidem, pp. 409 y 300.
- (33) Ensayo sobre la Historia Universal, por L.A. Prévost-Paradol. Miembro de la Academia Francesa. Traducido, adicionado y continuado hasta nuestros días por Luis D. Desteffanis. Montevideo, Imp. á vapor de La Tribuna, 1867, p. 89.
- (34) Ibidem, passim.
- (35) INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS, ob. cit., p. 436.
- (36) ARCHIVO DE LA UNIVERSIDAD. Caja Universidad. 1867-68. Carpeta Nº 58 (Debemos el conocimiento de este documento a la gentileza de la Profesora Blanca Paris de Oddone).
- (37) INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS, ob. cit., p. 455.
- (38) UN ESTUDIANTE, Cátedra de Historia, en «El Club Universitario». Año 1º. Núm. 9. Montevideo, 6 de agosto de 1871, p. 69.
- (39) INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS, ob. cit., p. 456.
- (40) Ibidem, p. 457.
- (41) PARIS DE ODDONE, ob. cit., pp. 375/376.
- (42) UN ESTUDIANTE, Cátedra... etc., ob. cit., p. 69.
- (43) PARIS DE ODDONE, ob. cit., p. 376.
- (44) Ibidem, pp. 313 y 315/316.
- (45) Vide: Las conferencias de Historia, en «El Correo Universitario». Montevideo. Año I. Nº 2. Agosto 30 de 1873, p. 2; Universidad: aula de Historia, en «La Voz de la Juventud». 2ª Epoca. Año I. Núm. 19. Montevideo, Agosto 15 de 1875, pp. 113/114.
- (46) El aula de historia y el Dr. Desteffanis (sic), en «La Voz de la Juventud». 2ª Epoca. Año I. Núm. 12. Montevideo, Junio 27 de 1875, p. 58.
- (47) JUAN ANTONIO ODDONE - M. BLANCA PARIS DE ODDONE, Historia de la Universidad de la República. Departamento de Publicaciones, 1963, p. 86.
- (48) Transcripto en PARIS DE ODDONE, La Universidad... etc., ob. cit., p. 345.
- (49) El léxico de la nota de Cuestas al Rector reprodujo argumentos y expresiones insertos en una publicación estudiantil de la época. El 28 de setiembre de 1884 -dos días antes de cursar el Ministro la referida comunicación- en «El Estudiante» (2ª Epoca. Año II. Núm. 64, p. 1) se publicó un artículo titulado El General Don José G. Artigas, firmado con el seudónimo Ariquita. El autor acompañó su artículo de una carta dirigida al Director de «El Estudiante», en la que decía: «Por lo adjunto, verás que soy algo duro con determinada persona; pero no importa él lo merece. El que ataca al primer soldado de la Independencia, condena ésta y yo como oriental no (lo) permito». Y en el artículo referido se insertaban los siguientes conceptos: «Sin embargo, con todos los antecedentes que nos demuestra la historia, hay orientales, sus paisanos, que le desconocen (a Artigas) y niegan sus méritos hasta el extremo de considerar ridícula y fantástica la apoteosis de que como tal ha sido objeto; y como estos, existen catedráticos encargados de educar y formar jóvenes que con el tiempo pueden ser perjudiciales, no a la sociedad, pero sí al Estado. Los que piensan así, no son orientales; el Sol de la patria los oscurece».
- (50) PARIS DE ODDONE, La Universidad... etc., ob. cit., p. 348.
- (51) En correspondencia enviada por Carlos María Ramírez a Clemente Fregeiro, en los días del conflicto universitario de 1884, afirmó aquel: «Con motivo de la destitución de Desteffanis, mi hermano José Pedro va a proponer y creo que obtendrá la inmediata fundación de una cátedra de historia americana y nacional, con sueldo especial, por las dificultades de una materia en que todo necesita crearlo el catedrático. Esa cátedra, a juicio de José Pedro y de todos nosotros, sólo V. puede ocuparla. Sólo V. puede prestar al país este gran servicio. Bauzá, único para atreverse a disputar ese honor, está inhabilitado por su clericalismo. Ni nosotros, ni Santos, lo queremos. ¿Qué le parece la idea? José Pedro me pide que le interroge. ¿Aceptaría V? ¿No sería una bellísima manera de repatriarse? Todos sus amigos *hambreamos por verlo acá*». (Publicado en JUAN ANTONIO REBELLA, «Purificación». Sede del protectorado de «los pueblos libres» (1815-1818). Montevideo, Imp. «El Siglo Ilustrado», 1934, p. 105) Precisamente a Fregeiro reconocía Desteffanis en su artículo *Non vada in collera*, el papel de restaurador de la verdad histórica en torno a la figura de Artigas. Por lo que resulta interesante apreciar la coincidencia de Desteffanis y José Pedro Ramírez con respecto al reconocimiento del valor de Fregeiro, en el ámbito de la historiografía nacional.
- (52) PARIS DE ODDONE, La Universidad... etc., ob. cit., pp. 343/344.
- (53) Ibidem, pp. 348/355.
- (54) Memoria de la Junta Directiva del Ateneo del Uruguay. Primer semestre de 1884, en «Anales del Ateneo

del Uruguay». Año III. Tomo VII. Núm. 35. Montevideo, Julio 5 de 1884, p. 33.

(55) En 1882 había escrito López Lomba sobre su maestro: «(...) para abordar problemas tales (como los de Filosofía de la historia) menester es poseer más rico bagaje científico que el que pude adquirirse en el rápido aprendizaje de los estudios secundarios, aún cuando en esa enseñanza existan profesores tan eminentes como el Sr. Desteffanis» (RAMÓN LÓPEZ LOMBA, *Ensayos históricos*, en «Anales del Ateneo del Uruguay». Año I. Tomo II. Nº 10. Montevideo, Junio 5 de 1882, p. 254).

(56) «Los Debates». Año II. Tomo II. Nº 2. MONTEVIDEO; Mayo 30 de 1897, p. 15.

(57) «Gran Almanaque» de El Siglo para el año 1898. Montevideo, 1898, p. 97.

(58) «El Estudiante». Año II. Núm. 7 Montevideo, Julio 5 de 1899, p. 111.

(59) «Los Debates». 3ª Epoca. Año III. Tomo III. Nº 11. Montevideo, Julio 30 de 1898, p. 229.

(60) Del discurso del doctor Enrique Azarola en el acto del sepelio de Desteffanis, publicado en «El Siglo». Montevideo, 2-9-1899, p. 1.

(61) Reseña Bibliográfica, en «La Revista Literaria». Año I. Núm. 21. Montevideo, Octubre 8 de 1865, p. 364.

(62) «L'Italia al Plata». Montevideo, 1-9-1899, p. 1.

(63) Desde las columnas de «L'Italia Nuova» sostuvo Desteffanis en diciembre de 1878 una polémica con «La Nación», sobre la personalidad de Artigas. Directo antecedente de la que en 1884 provocaría el conflicto universitario, en esta serie de artículos Desteffanis manejó los mismos argumentos y los mismos elementos informativos que fundamentarían sus juicios de «L'Italia».

(64) La vinculación de ambas publicaciones fue reconocida por quienes trabajaban en «L'Italia», en un soneto que se insertó en 1884 en sus columnas, con motivo del sexto aniversario de la fundación del diario, y que decía así: «Al/ Redattor/ e proprietari/ del giornale/ L'Italia/ Nell'occasione del 6º anniversario/ della sua fondazione/ Il/ personale tipografico/ offre questo/ Omaggio/ —/ Con quattro versi fatti alla carlona/ Un saluto mandiamo ben di cuore/ Al nostro prediletto Direttore/ Desteffanis Luigi da Cremona/ Ed al Signor Cronista e Redattore/ Do Diesis e Odicini, una persona/ Ed al Signor Navarro anima buona/ Quantunque faccia l'Amministratore/ Tre gemelli son essi, ambo fratelli/ L'Uno dell'altro, e di una stessa balia/ Succhiano il dolce latte, e noi con essi/ Con questo vigiliam dire in poesia/ Che noi slam quelli che facciam L'Italia/ Che viva in sempiterno, e così sia/ Montevideo, 12 Ottobre 1884.

(65) En el semanario «Caras y Caretas» (Año II. Núm. 51. Montevideo, Julio 5 de 1891) se insertó una caricatura de Desteffanis, acompañada de una breve composición poética en la que se hacía referencia -bajo el título, Delta- a esta faz de su labor periodística: «Es profesor de Historia Universal/ competente cronista teatral/ bibliófilo y, en fin, un hombre a quien/ se le aprecia el valor intelectual/ pues con la inteligencia ve muy bien/ por más que con los ojos ve muy mal».

(66) BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA, *La imprenta y la prensa en el Uruguay desde 1807 a 1900*. Montevideo, Imprenta de Domaleche y Reyes, 1900, pp. 55/57.

(67) «El Telégrafo Marítimo. Montevideo, 31-8-1899, p. 1.

(68) Carta a Don José Antonio Tavolara: Buenos Aires, 13 de setiembre de 1865, publicada en «La Revista Literaria». Año I. Núm. 21. Montevideo, Octubre 8 de 1865, p. 364.

(69) ARTURO ARDAO, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*. Montevideo, Universidad de la República. Departamento de publicaciones, 1962, pp. 356/357.

(70) Ibidem, pp. 358/359.

(71) En el Prefacio a I Gesuiti de Luigi Settembrini (Montevideo, Tipografía «Pro-Patria», 1887), expresó Desteffanis: «Chiamato, sebbene profano, all'onore di assistere ad una riunione alla quale il benemerito Comitato Massonico Direttivo Italiano invitava le Logge Sorelle, la Liga Liberal e la stampa cittadina anticlericale, lo indicai come opportunissima a scopo di propaganda razionalista la LVIII delle Lezioni di Letteratura Italiana dettate nell'Università di Napoli da Luigi Settembrini (...)» (p. 1). En contradicción con esta expresa manifestación de Desteffanis, en la nota necrológica publicada el 12-9-1899 por «L'Union Française», se afirma: «Le parti liberal, la francmaçonnerie dont il faisait partie perdent en Desteffanis une des plus fortes colonnes».

(72) «L'Italia». Montevideo, 19-8-1884, p. 1.

## LO SBARCO DEI MILLE VISTO DAGLI INGLESI RESIDENTI A MARSALA

*Renata Gerone de García Viera*

**Permítaseme dedicar mi conferencia al insigne historiador que tuvo el honor de tener como guía en 1981 en esta misma Casa de Garibaldi, que él quiso y realizó cuando era director del Museo Histórico, hombre de vastísima cultura, el más representativo maestro del escenario cultural y político uruguayo de estos años, el Prof. Don Juan Pivel Devoto. R.G.**

Nella notte del 5 maggio 1860 una quarantina di volontari comandati da Nino Bixio, si impadronirono nel porto di Genova di due piroscafi della compagnia Rubattino: il Piemonte e il Lombardo, con la complicità, se non dello stesso Rubattino, almeno del suo procuratore che già quasi tre settimane prima aveva risposto favorevolmente ad una richiesta di Garibaldi circa i mezzi di trasporto dei membri del corpo di spedizione in Sicilia. I restanti volontari salirono a bordo a Quarto con lo stesso Garibaldi, e per capire il fascino mistico che emanava da Giuseppe Garibaldi basti ricordare quello che ha scritto Giuseppe Cesare Abba nel suo libro "Da Quarto al Volturno, noterelle d'uno dei Mille". "La folla oscillava. Eccolo! No, non ancora! Invece di Garibaldi usciva dal cancello qualcuno che scendeva al mare, o spariva per la via che mena a Genova. Verso le dieci la folla fece largo più agitata, tacquero tutti; era Lui!

Attraversò la strada e per un vano del muricciolo rimpetto al cancello della villa, seguito da pochi, discese franco giù per gli scogli... "e un po' più avanti" verso le undici, da una barca più in alto, udimmo una voce limpida e bella chiamare: "La Masa". E un'altra voce rispose: "Generale!". Poi non s'udì più niente".

Quando tutti i Mille furono saliti i piroscafi salparono verso Talamone dove Garibaldi doveva rifornirsi di armamenti in quanto le carabine promesse erano vecchi fucili... Subito il Piemonte distanziò il Lombardo e lo precedette di parecchie miglia fino quasi a scomparire alla vista del Lombardo.

Nella notte dell'11 ad un tratto "una nave viene a furia" sul Lombardo. E tutti si domandano se è borbonica, anche se suona la campana Bixio che comanda il Lombardo dà ordine di non rispondere anche se la nave punta diritto su di loro, quando la tragedia sembra a tutti che sia vicina si ode Bixio gridare "Generale!", e poi fu una grande allegria. Difatti era il Piemonte; Garibaldi, che si era allontanato da Bixio, aveva scoperto un convoglio borbonico ed era

ritornato indietro per avvisare i suoi. Da quel momento i due piroscafi non si perdettero più di vista navigando verso Sud verso l'Africa, ma passando tra le isole di Marettimo e Favignana "si dirigono verso la Sicilia, cioè a Levante, in direzione di Marsala". Marsala dista 31 km. da Trapani ed è situata presso il Capo Boeo l'antico Lilibeo dei Greci dal quale aveva preso il suo antico nome. Lilibeo fu costruita dai Cartaginesi al principio del 4° Secolo A.C. e fortificata in modo inespugnabile: resistette a Dionisio (368-67) a Pirro (276) ai Romani (250) e fu occupata da questi solo in conseguenza della pace dopo la prima Guerra Punica (241). Servì come base delle operazioni Cartagine e della spedizione di Scipione (204) nella seconda Guerra Punica e di Sesto Pompeo nella lotta contro Ottaviano (42-36 A.C.). Divenne municipio con Augusto e colonia nell'età dei Severi. Ebbe notevole importanza commerciale in età romana. Dopo la fine dell'Impero Romano d'Occidente, la città decadde; gli Arabi la ricostruirono per servire alle comunicazioni con l'Africa mussulmana e le diedero il nuovo nome di Marsa Ali o Marsa Allah dal quale proviene l'attuale nome. Fu emporio commerciale fiorente sotto i Normanni nel 12° Secolo; nelle guerre fra Angioini e Aragonesi durante il Trecento fu sostenitrice attiva dei secondi, che le conferirono nel 1404 speciali privilegi; prospera nei Secoli 15° e 16°, in seguito decadde per risorgere alla fine del 18° come centro del commercio vinicolo. Attualmente i Tunisini emigrati in Sicilia per lavorare nei campi del trapanese hanno ripreso possesso dei suoi suk e la lingua araba risuona in una scuola per i loro figli.

Mi sia consentito ricordare di fronte a Marsala l'isola di Mozia, uno degli insediamenti punici più importanti del Mediterraneo europeo ed è opportuno segnalare che la campagna di scavi fu iniziata dal proprietario dell'isola, Joseph Whitaker, detto Pif, il pronipote di Benjamin Ingham.

... Sempre dal libro di Abba apprendiamo che un veliero veniva da terra, ed aveva la bandiera inglese, Bixio trattò di inviare loro un messaggio inserito in un pane lanciato verso il legno che "passò quasi rasente a noi", gettò il pane che cadde in mare. "Allora - gridò facendo tromba colle mani - dite a Genova che il Generale Garibaldi è sbarcato a Marsala, oggi a un'ora pomeridiana!".

Sul piccolo legno fu un levar di mani, un battere di applausi, uno sventolare di fazzoletti, evviva, viva, viva!".

Le navi procedono verso il porto di Marsala, il Piemonte fin dentro la baia vicino al molo in mezzo a bastimenti inglesi, il Lombardo che aveva bisogno di più acqua si arena nei bassifondi all'entrata del porto. Tutti i Mille sbarcano approfittando del ritardo con cui le navi borboniche iniziano il bombardamento e Garibaldi dà l'ordine di aprire le valvole per far affondare le due navi. Il Lombardo "si piegò su d'un fianco e stette là come un mostro marino sputato dal mare" ci dice Abba nel suo Nino Bixio; solo due mesi dopo fu disincagliato e condotto a Palermo. Il Piemonte fu rimorchiato dai borbonici come una preda di vittoria.

Il cronista Abba ci descrive ancora che "su molte case sventolano bandiere d'altre nazioni. Le più sono inglesi. Che vuol dire questo?". Sì, che vuol dire questo, e perché vicino al porto c'erano due navi da guerra inglesi Argus e Intrepid? Perché il comandante della nave borbonica quando già poteva iniziare il fuoco perse del tempo per domandare al comandante inglese quali intenzioni avesse, cosicché quando aprirono il fuoco, i garibaldini erano tutti a terra e in modo più esplicito Candeloro nella sua storia dell'Italia moderna (vol. IV) p. 443 scrive: "Inoltre per timore di colpire i depositi di vino quasi tutti di proprietà inglese che erano vicino al porto i borbonici tirarono troppo corto cosicché i garibaldini poterono entrare senza danni in città".

Ecco dunque una prima risposta al "che vuol dire questo?" di Abba, c'erano grossi interessi

inglesi a Marsala ma chi erano questi inglesi da proteggere e soprattutto perché erano i proprietari di quasi tutti i depositi di vino?

Di questi proprietari i nomi più famosi sono i Woodhouse che costruirono il primo stabilimento enologico nel 1796, Ingham che si installò nel 1804, Good nel 1811, Carlet nel 1814 e le prime industrie con capitale italiano Lipari nel 1823 e Vincenzo Florio nel 1831.

I Woodhouse furono i primi a capire che il vino bianco di Marsala poteva essere un ottimo affare. Il vecchhio Woodhouse aveva spedito una prima partita di vino a Liverpool nel 1773 di trentaseimila litri e per ottenere una buona conservazione del vino durante il viaggio che durava allora un mese, vi aveva aggiunto alcool nella misura di 2 litri ogni cento di vino, questo suo esperimento fu un successo e il vino si vendette tutto. Difatti John Woodhouse aveva notato la similitudine dei terreni della zona di Marsala con quelli di Madera, Jerez o Malaga. Fu così che i Woodhouse diedero prestiti ai coltivatori per far loro sostituire le colture agricole e gli oliveti con vigneti, e dopo aver riselciato la strada principale costruirono un lungo molo, per consentire alle navi di poco pescaggio di entrare nel porto. John Woodhouse costruì un baglio di ventottomila metri quadri, circondato da alti muri come una fortezza per difendersi dalle incursioni dei barbareschi.

I Woodhouse conobbero il successo quando Nelson dopo la battaglia di Abukir nel 1798 passò loro una grossa ordinazione di vino per la sua flotta. Tanto amava questo vino che in una lettera in cui ne richiedeva altra quantità così esprimeva: "Il vino è così buono che è degno della mensa di qualsiasi gentiluomo e sarà una vera manna per i nostri marinai".

La fortuna di Woodhouse aumentava ogni anno, suggerendo così ad un altro inglese Benjamin Ingham l'importanza del marsala nel commercio dell'epoca tanto da decidersi a costruire anche lui un baglio a Marsala che lasciava sotto la guida di un nipote, mentre lui si installava a Palermo, occupandosi di esportazioni di varie merci verso la Gran Bretagna e gli Stati Uniti. Iniziò così una rivalità tra le famiglie Woodhouse e Ingham e se alla morte del vecchio Woodhouse la sua fortuna scomparve per la pessima amministrazione del tutore dei suoi eredi, Ingham grazie ai suoi nipoti Whitaker e Ingham divenne una vera potenza nella vita commerciale e sociale dell'isola.

Ed è attraverso l'archivio personale della Ditta Ingham che lo storico inglese Raleigh Trevelyan ha ricostruito la storia degli inglesi vissuti in Sicilia e in particolare gli Ingham e i Whitaker nel libro "Principi sotto il vulcano" dal quale sono ricavate le notizie che utilizzerò qui di seguito.

Abbiamo già visto che due legni inglesi erano ancorati nel porto di Marsala: l'Argus e l'Intrepid. Trevelyan ci informa che il comandante dell'Argus, Winnington-Ingram aveva tenuto un diario di quei giorni e così apprendiamo che la polizia aveva perquisito case inglesi alla ricerca di armi (in data 31 marzo 1860 quando si aspettava da un momento all'altro che scoppiasse la rivoluzione, come difatti prese il via, ma che purtroppo fu soffocata dall'armata e per questo i cospiratori Crispi, La Farina, chiedevano l'intervento di Garibaldi).

Quando i due piroscafi partirono da Genova, la notizia arrivò abbastanza presto in Sicilia e a Napoli. "Anche gli stranieri erano in preda all'euforia e la marina britannica diede il 9 maggio una piccola festa a bordo dello Argus per celebrare l'evento.

Ingham e Joseph (Whitaker) declinarono l'invito; vi si recò invece la signora Gardner in veste di chaperon delle ragazze Whitaker.

Il 10 maggio l'Argus e l'Intrepid, che provenienti da Messina erano giunti a Palermo, salparono per Marsala; "non si trattò come in seguito ebbero a protestare i Borboni, di collusione con Garibaldi bensì del proposito di garantire protezione ai commercianti di vino

inglesi, che le truppe regie avevano obbligato a consegnare le armi a che temevano "le numerose bande di briganti della zona". Tanto che il Generale Letizia il 6 maggio aveva arrestato i cospiratori e provveduto a sequestrare le armi anche degli inglesi. Non appena effettuata questa operazione Letizia fu richiamato e pertanto era in perfetta buona fede che i commercianti inglesi avevano richiesto l'aiuto della loro Marina da guerra.

Riporta Trevelyan dal già citato diario di Winnington-Ingram:

11 maggio 1860-Ancorati al largo di Marsala in acque profonde nove braccia, a circa due miglia dalla città. Intrepid più verso riva. Verso le undici, sceso a terra col comandante Marryat (dell'Intrepid); andati dal nostro console signor Cossins, e dal signor Hervey, direttore dello stabilimento vinicolo del signor Woodhouse... Mentre conversavamo con il signor Edwards, assistente del signor Hervey, ricevuta notizia che due piroscafi sardi stavano venendo verso terra pieni di uomini armati. Aggirato l'Intrepid, i vapori hanno puntato verso il molo. Uno di loro è giunto sano e salvo in porto mentre l'altro si è incagliato all'ingresso. Da questo ultimo sono state calate scialuppe, e hanno incominciato a sbarcare uomini in camicia rossa, prendendo terra accanto al faro all'estremità del molo. A est, visibili un vapore da guerra e una fregata a vela napoletani. Il primo inalberando segnali, accostava rapidamente ai sardi. E' stato un momento critico...

Vista una barca staccarsi dal vapore da guerra napoletano dirigendo sulla nave sarda arenata. Tuttavia, aveva coperto solo metà del tragitto, quando quelli che si trovavano a bordo sono parsi colti dal panico, e quindi hanno ripiegato in fretta verso la loro nave, che nel frattempo aveva aperto il fuoco con i suoi grossi pezzi contro il molo. Il comandante Marryat, il signor Cossins ed io ci siamo imbarcati subito su una scialuppa dell'Argus, portandoci a bordo del vascello napoletano onde pregarne il comandante di dirigere il fuoco in modo da risparmiare gli stabilimenti inglesi. Con nostra sorpresa l'ufficiale in questione parlava alla perfezione la nostra lingua.

Trevelyan ci chiarisce il mistero, si trattava di Ferdinando Guglielmo Acton, futuro ammiraglio, e Ministro della Marina dell'Italia Unita e da lui gli emissari ebbero la promessa che le proprietà inglesi, sulle quali il console aveva fatto inalberare l'Union-Jack, sarebbero state risparmiate. Lo stesso Acton fece notare, come riferisce Winnington-Ingram: "che i suoi cannoni erano puntati esclusivamente sul molo lungo il quale si vedevano le camicie rosse dirigersi verso la città con tutta la rapidità permessa dall'equipaggiamento".

Malgrado le assicurazioni di Acton, una palla di cannone entrò nello stabilimento di Woodhouse...

Un'altra nave presa a nolo dal Regno di Napoli apparve sulla scena aprendo fuoco anche se, dice Winnington-Ingram, "non riuscivamo a capire contro che cosa erano diretti i suoi colpi". Anzi, un ufficiale di questa nave che si chiamava Capri si presentò a bordo dell'Argus per richiedere che una delle scialuppe si dirigesse verso le navi sarde per sollecitarne la resa. Gli inglesi rifiutarono, ma piazzarono le navi un po' più vicino ai magazzini vinicoli per meglio proteggerli. Con questo rifiuto veniva ancora annullato il sospetto di connivenza con Garibaldi. Gli inglesi agirono solo per proteggere gli interessi dei loro connazionali e della loro fortuita presenza si beneficiò Garibaldi che poté procedere allo sbarco senza essere preso a cannonate dalle navi napoletane.

Durante il fuoco di artiglieria i Mille, indifferenti, si occupavano di trasportare le armi e le munizioni, ubbidienti agli ordini chiari e precisi di Garibaldi riconoscibile tra loro dai suoi lunghi capelli e dal suo poncho buttato sulle spalle. Al tramonto lo sbarco era finito e Garibaldi si dedicò a sfatare la sua reputazione di mangia-preti prendendo contatto con le autorità

ecclesiastiche per poter assicurare i marsalesi e soprattutto ottenere l'appoggio.

Sul già citato diario di Winnington-Ingram si può leggere alla data dell'indomani e cioè del 12 maggio 1860:

"Alle cinque l'ufficiale di guardia ha riferito che le truppe in camicia rossa erano uscite da Marsala per la strada meridionale e che ammontavano a circa ottocento uomini. Poco dopo il console Cossins é salito a bordo per annunciare che Garibaldi in persona era con le forze sbarcate, e che aveva mandato a chiedere se potevo ricevere a bordo dell'Argus gli equipaggi dei vapori sardi provenienti da Genova. Ho respinto la richiesta, poiché si sarebbe trattato di una violazione della neutralità".

Anche questo rifiuto serví in seguito alla Marina Inglese per respingere tutte le accuse di complicità che le autorità napoletane mossero contro le due navi inglesi, e si seppe in seguito che gli equipaggi sardi si erano rifugiati nel baglio Ingham.

L'ufficiale Acton va a trovare Winnington-Ingram per informarlo d'aver ricevuto l'ordine di far saltare a colpi di cannone il Lombardo arenato sin dal giorno prima e siccome la nave era "in linea con gli stabilimenti inglesi" suggeriva di abbandonarli, al che l'inglese rispose che si poteva distruggere il piroscavo sardo con altri mezzi già che da tempo il nemico se ne era allontanato per marciare su Palermo.

Nel frattempo vari volontari provenienti dalle cittadine attorno a Marsala raggiungevano Garibaldi e ben presto i Mille divennero circa "duemila cinquecento". Mettendosi subito in marcia verso l'interno dell'isola, Garibaldi si era assicurato l'effetto sorpresa; "prima di partire fece dono a Cossins della bandiera del Lombardo la quale fu donata nel 1928 dalla Ditta Ingham Whitaker alla Società di Storia Patria di Palermo". Quando il giorno dopo Winnington-Ingram si rese conto che anche la nave napoletana, il Partenope, se ne era andata, ritenne più prudente dirigersi verso Palermo per proteggere i propri connazionali. Qui si rese conto che quasi tutti in città erano persuasi che l'Argus si "fosse recato a Marsala con il preciso scopo di aiutare Garibaldi" tanto che furono accolti da grida "Viva Arguse". Winnington-Ingram ritornò a Marsala il 17 dove trovò la città in festa: era appena stata annunciata la notizia della vittoria di Garibaldi a Calatafimi.

A Palermo i cittadini inglesi non erano del tutto tranquilli come "risulta da due lettere di Joseph Whitaker entrambe del 17 maggio, una diretta alla Maingay, Robin & Co di Napoli, l'altra a Smithson a Messina e in cui riferisce che a Marsala regnava l'entusiasmo popolare e che ormai neppure la costituzione sarebbe valsa da offa per placare gli animi. Comunque in città tutto era tranquillo e Benjamin Ingham, rimasto solo a Palermo, riteneva dal canto suo che non vi fosse motivo di preoccupazione".

Durante questi giorni l'ammiraglio Mundy aveva saputo a La Valletta della "disperata impresa di Garibaldi a Marsala e della marcia su Palermo". Ritenne pertanto opportuno di chiedere il permesso di tornare in Sicilia e già al tramonto del 19 maggio era vicino a Marsala e poté scambiare segnalazioni con Winnington-Ingram e proseguire per Palermo. Il suo arrivo riconfortò il console Goodwin che lo informò immediatamente di un documento "una circolare di carattere ufficiale, firmata dal generale Salzano, in cui si avvertiva che, se in città si fosse verificata un'insurrezione il generale non avrebbe potuto assumersi la responsabilità delle "conseguenze di cui possono rimanere vittime gli stranieri i quali non se ne siano allontanati in tempo".

Era venuto il momento, decise Mundy, di suggerire ai connazionali britannici residenti, di rifugiarsi con le famiglie a bordo delle navi da guerra ancorate nel porto, anzi pregò Goodwin di far sapere al console degli Stati Uniti che i sudditi americani sarebbero stati ospitati sulle

navi di "Sua Maestá Británica.

L'indomani, il 24, l'ammiraglio Mundy mandò al viceré una missiva in cui trapelava la sorpresa per la circolare già citata del generale Salzano segnalando che "sembra implicare l'incapacità o la mancanza di volontà di controllare l'attività delle truppe". Mundy in alta uniforme si diresse in una carrozza aperta, attraverso una città deserta, al Palazzo Reale dove lo ricevette l'ottantenne generale Lanza con il ministro di polizia, il ministro Maniscalco "i cui atti d'oppressione e crudeltà ne hanno fatto da un pezzo il terrore di ogni abitante dell'isola". Nello scambio di opinioni tra Mundy e Lanza non si menzionò in nessun momento il nome di Garibaldi.

Non essendo completamente soddisfatto Mundy decise di scrivere in modo da deplorare ancora una volta la circolare di Salzano in modo più esplicito arrivando ad esigere "di essere pienamente informato nel caso che fosse in programma un bombardamento di Palermo, onde far sì che, nei limiti del possibile, le proprietà dei sudditi inglesi siano salvaguardate dalla distruzione". Anzi, nel concludere disse: "Confido tuttavia che una misura di carattere così estremo e deplorabile quale il bombardamento di una città aperta, possa essere evitata".

Quello stesso giorno ebbe luogo nella sede del consolato inglese una riunione dei più importanti commercianti sudditi di Sua Maestá Britannica e Mundy li invitò a rifugiarsi al più presto a bordo delle navi. Quasi tutti accettarono tranne Benjamin Ingham, sicuro come era che la truppe napoletane avrebbero mantenuto la città nell'ordine, si pensa che "aveva già assistito a troppe rivoluzioni e sommosse per inquietarsi per tutto questo. Di Garibaldi non gli importava niente".

Questo atteggiamento di Ingham è proprio nel carattere del personaggio "era giunto in Sicilia nel 1806 in veste di rappresentante della Ditta della sua famiglia con sede a Leeds con l'incarico di vendere tessuti di lana e di cotone". Abbiamo già detto che avendo visto la fortuna che Woodhouse si era creato con il marsala, aveva deciso anche lui di dedicarsi al vino, che esportava non soltanto in Inghilterra ma, dopo il 1812, anche in America, in Brasile e in Australia. Siccome utilizzava "lo zolfo come zavorra delle sue navi, divenne uno dei massimi commercianti di zolfo dell'isola, oltre che uno dei più importanti esportatori di agrumi, di olio d'oliva, di sommaco (le cui foglie, ricche di tannino, sono usate in conceria) e in minor quantità di mandorle, noccioline, manna (un lassativo), liquerizia, pomice, uva passa e più prosaicamente stracci". Trevelyan lo descrive come un uomo duro con i suoi parenti perché non avendo figli propri si rendeva conto che quelli miravano al suo denaro" e ancora più avanti "Ingham non nutriva nessuna simpatia per queste "teste calde" benché a suo tempo fosse stato favorevole a un distacco da Napoli, ormai ne aveva abbastanza di rivoluzioni. Sicché nel maggio del 1860, salutò Garibaldi con ancora minor entusiasmo del Principe di Salina del Gattopardo".

I nipoti di Ingham, i Whitaker, si rifugiarono sull'Intrepid.

Dalla risposta che Mundy ricevette da Lanza, si apprende che "non era stata sua intenzione quella di sottoporre la città agli orrori di un bombardamento, ma che avrebbe reagito in caso di attacco dei ribelli contro Palermo; concludeva concedendo il permesso di far restituire le armi sequestrate ai residenti britannici di Marsala".

Nel porto di Palermo, dove già erano ancorati l'Intrepid, l'Amphion, la Hannibal dell'ammiraglio Mundy, si presentò anche una corvetta statunitense "Iroquois" che prese a bordo i suoi concittadini.

Il 25 Lanza si presentò a bordo della Hannibal dove si trovava anche il console Goodwin. Lanza sorprese i due inglesi chiedendo a Mundy di fare da "mediatore tra le due parti in lizza, onde ottenere un armistizio", Mundy rifiutò "adducendo che non poteva prendere un'iniziativa

del genere senza preve istruzioni da Elliot a Napoli". Malgrado l'ammiraglio Mundy fosse stato chiaro nella sua risposta, Lanza cercó di convincere Goodwin in quanto "non vedeva altra soluzione all'infuori di un intervento personale di Mundy; aggiunse che se la Costituzione del 1812 fosse stata subito proclamata, ciò a suo giudizio sarebbe stato sufficiente per pacificare la popolazione dell'isola.

Mundy restó sbalordito all'idea che Lanza potesse solo pensare che rientrasse nei poteri di un ammiraglio inglese di concedere una costituzione e tale fatto "forniva ampia prova della sua inadeguatezza per il posto che occupava in una crisi del genere. Un pugno di avventurieri era alle porte della capitale, e un esercito bene equipaggiato di venticinquemila uomini era pronto a dar loro addosso" bastava poco perché i napoletani li disperdessero.

Nel frattempo Garibaldi era già arrivato a circa 15 chilometri da Palermo a Misilmeri e tutti erano convinti che attaccasse da un momento all'altro.

Mundy fu invitato dal conte Tasca a mandare un osservatore in casa sua, situata in posizione elevata, ma declinó tale proposta. La situazione era sempre piú tesa. Nel porto di Palermo vi erano già "quindici navi straniere, inglesi, americane, spagnole, austriache, francesi e piemontesi dietro le quali stavano un centinaio di legni mercantili affollati di profughi". Nei pressi del molo alcuni legni napoletani con i cannoni puntati sulla Marina (passeggiata a mare del vecchio centro di Palermo) confermavano l'atteggiamento di senza pietá che le autorità avevano deciso se Garibaldi avesse attaccato.

E ancora, in una successiva visita di Mundy a Lanza, "presente anche questa volta Maniscalco" quest'ultimo ebbe a chiedere a Goodwin "se non credeva che una popolazione insorta contro le autorità costituite, meritasse il massacro. Indignato Goodwin rispose "quando un popolo era tiranneggiato, aveva il pieno diritto di impugnare le armi e di combattere contro gli oppressori".

Mundy alla fine della riunione volle convincere una volta ancora gli inglesi rimasti a terra ma non ci fu niente da fare: Benjamin Ingham rimase a casa sua.

L'indomani Mundy e Goodwin decisero di fare un sopralluogo nei sobborghi di Palermo e da una torre poterono vedere bruciare le ville di nobili ritenuti ostili alla causa regia. Questo stesso pomeriggio, il 26, tre giovani ufficiali inglesi, il tenente Wilmot, il tenente Cooper e l'ufficiale Morgan decisero di recarsi a Misilmeri dove si incontrarono con Garibaldi e i suoi, che per lo piú erano giovani tra i quindici e i diciotto anni, con addosso la camicia rossa e calzoni grigi. C'era anche Menotti Garibaldi ferito al braccio durante la battaglia di Calatafimi. C'erano ancora dice Trevelyan: "Ferdinando Eber, corrispondente del Times, ungherese di nascita, e due ufficiali americani dell'Iroquois. Eber era ben lungi dall'essere un imparziale corrispondente di guerra; va però detto che, se avesse conservato un atteggiamento di neutralità, gran parte dei direttori del Times se ne sarebbero assai rammaricati. Il giornalista aveva in effetti rilevato la esatta dislocazione delle truppe napoletane davanti a Palermo, spiegando inoltre quale era la via migliore per entrare in città".

"Garibaldi invitó i tre inglesi a gustare delle fragole "appena colte", quindi "parló dell'affetto e del rispetto che nutriva per il popolo inglese come nazione e della sua speranza di poter quanto prima conoscere l'ammiraglio britannico". Gli ufficiali inglesi e americani ritornarono assieme a Palermo "non prima però che un americano avesse fatto dono a Garibaldi del suo revolver: il generale ne era armato al momento dell'ingresso a Palermo".

Quella sera Mundy ricevette un biglietto da "un gentiluomo inglese il quale indifferente alle conseguenze, era rimasto nella sua casa in città:

Egregio signore, mi é giunto all'orecchio che una sollevazione avrà luogo alle due del

mattino di domani, alla quale ora o poco dopo Garibaldi si troverà nei pressi di porta Sant'Antonino, la stessa dalla quale lei è uscito questo pomeriggio, pronto ad aprirsi l'accesso in città alla baionetta. Il Principe di Lampedusa permetterà a un ufficiale di salire sulla torre all'estremità del suo palazzo, onde dargli modo di assistere ai combattimenti".

Quasi all'alba dell'indomani, 27 maggio, e Domenica di Pentecoste, iniziò uno scambio di colpi d'arma da fuoco mentre una folla si precipitava verso la Marina agitando bandiere tricolori, e così Garibaldi entrava a Palermo esattamente come era stato preannunciato all'ammiraglio Mundy. Le navi napoletane aprirono il fuoco su tutta la città, le campane suonavano, i cannoni della cittadella bombardavano. Il combattimento accanito durò tutto il giorno, vari palazzi bruciavano, chiese erano distrutte e malgrado ciò, anche se si trovava in mezzo alla battaglia, anche Goodwin decise di rimanere in consolato.

Sulle navi straniere i cittadini forestieri guardavano la battaglia; ad un certo punto i Whitaker videro del fumo sul tetto della casa di Ingham. Il bombardamento per terra e per mare durò fino alla mezzanotte, la città era in mano ai garibaldini e le truppe del generale Lanza rinchiuse nel Palazzo Reale.

La mattina del 28 i detenuti politici poterono scappare dall'Ucciardone (il carcere) abbandonato dalle truppe napoletane, anzi donne e ragazzi cominciarono a devastare il tristemente celebre carcere provocando così la reazione dei borbonici: un nuovo bombardamento navale.

I napoletani chiesero a Mundy di intervenire presso Garibaldi per ottenere un salvacondotto per emissari di Lanza onde consentire una riunione a bordo della Hannibal. Wilmot, il giovane ufficiale che un paio di giorni prima aveva accettato le "fragole appena colte" che gli offriva Garibaldi, riuscì nella sua impresa, la sua uniforme inglese era un valido lasciapassare e il generale si mostrò lieto di rivederlo. Mundy aveva inoltre pregato Wilmot di recarsi a Palazzo Ingham per avere notizie del vecchio inglese. Wilmot riferì in questi termini: "Fu solo con molta difficoltà che riuscii a raggiungere la casa del signor Ingham, la quale è situata alla periferia occidentale della città, nei pressi dei Giardini Inglesi. I danni riportati da questa zona sono ingentissimi e ciò vale per le adiacenze del quartier generale di Garibaldi; ma strano a dirsi, sull'ampio Palazzo Pretorio non era caduto un colpo, benché una chiesa, un convento e altri edifici pubblici, formanti gli altri tre lati della piazza apparissero crivellati, e il convento anzi in fiamme e completamente in rovina. Le granate continuavano a piovere, e più volte dovetti mettermi al riparo di un androne in attesa che esplodessero. Tutt'altro che agevole fu anche attraversare via Toledo e le strade davanti al Palazzo Reale e alla Zecca, poiché le truppe continuavano a tenerle sotto il tiro dei loro fucili e pezzi di campagna. Nei pressi della casa del signor Ingham evidentemente si erano svolti duri combattimenti, tant'è che vi scorsi parecchi regi artiglieri morti, ancora giacenti, insieme a carogne di cavalli, nel luogo stesso dov'erano caduti.

La gente pareva felice di vedere un ufficiale inglese per le strade e si affollava ai balconi, applaudendo al mio passaggio e chiedendo a gran voce che cosa intendesse fare l'ammiraglio inglese per fermare il bombardamento".

Malgrado fosse fallito l'incontro con gli ufficiali napoletani Mundy riuscì a convincerli a porre fine al bombardamento navale anche se continuarono gli scontri per le strade. Tanto più che da Napoli erano giunti due grossi piroscafi con mercenari bavaresi ben equipaggiati "che si misero subito all'opera mostrandosi abili ed efficienti".

Mundy aveva anche saputo che Goodwin aveva corso pericolo di vita nel consolato e temeva per lui quando i cannoni della fortezza puntarono proprio verso quella direzione.

Lanza, temendo un definitivo assalto contro il Palazzo Reale chiese di nuovo la mediazione di Mundy "umiliandosi anzi al punto di proporre un abboccamento con Garibaldi stesso a bordo della Hannibal".

Di nuovo fu scelto il tenente Wilnot come intermediario il quale camminò in mezzo alla strada tra i siciliani e i bavaresi agitando un fazzoletto.

Si presentarono così a bordo della Hannibal il generale Letizia (quello della spedizione punitiva contro Marsala) e il generale Chretien, Garibaldi in alta uniforme piemontese e i comandanti delle squadre americana, francese e piemontese; ma Letizia chiese loro di uscire dalla cabina "I napoletani non sapevano se e in quale misura Garibaldi stesse bluffando e ignoravano che scarseggiava gravemente di munizioni". Si arrivò a un armistizio fino a mezzogiorno dell'indomani.

Winnington-Ingram, che si trovava anche lui sulla Hannibal, vide Garibaldi prendere da parte Palmer (il comandante della nave americana) e chiacchierare con lui. "Risultò poi che Garibaldi aveva chiesto che nottetempo dall'Iroquois fossero sbarcate munizioni, ma che Palmer aveva "invocato la propria neutralità". Certo è però che, almeno settimane più tardi, Henry Elliot ebbe a notare essere "una curiosa coincidenza che la nave americana, trovata a Palermo durante l'assedio, al suo arrivo a Napoli era a tal punto a corto di polvere, da non poter neppure eseguire una salva di saluto".

Menotti Garibaldi aveva accompagnato suo padre sulla Hannibal e le mogli e figlie dei profughi lo ammirarono "per l'aura romantica" che il braccio al collo conferiva al giovane di bell'aspetto. Il 2 giugno ci fu un ballo a bordo della Hannibal con il bel Menotti che "danzò a lungo con la piccola Sophie Rose oltre che con un'altra Sophia, la diciottenne Whitaker".

Quando si avvicinava la fine dell'armistizio, il 3 giugno, altri profughi ottennero rifugio sulle navi straniere. Goodwin, rimasto a terra "completamente invalido" avvisò Mundy che il generale Letizia era partito per Napoli per prendere istruzioni, automaticamente l'armistizio si trovò prolungato e "i festeggiamenti continuarono a bordo delle navi e le giovani signore inglesi se la godettero un mondo". Da una lettera di Joseph Whitaker si apprende che le truppe napoletane "avevano evacuato il Palazzo e il castello" e Joseph prevedeva la fine delle difficoltà.

Dal prolungarsi dell'armistizio si poteva dunque dedurre un'ammissione di sconfitta da parte di Lanza.

Il Times del 4 giugno così pubblicava: "Siamo in grado, quest'oggi, di comunicare notizie che riempiranno di gioia il cuore di ogni amante della libertà in Europa. L'insurrezione in Sicilia è in pieno corso e, speriamo, finalmente vittoriosa".

Era un po' prematuro affermare che l'insurrezione era vittoriosa su tutta l'isola, Catania era in preda a combattimenti e verso Messina si dirigevano molte delle truppe partite da Palermo.

Trevelyan riporta che sempre sul Times Swimburne scriveva: "Dobbiamo considerare Garibaldi il più grande uomo dopo Adamo?" e così dall'Inghilterra fondi ed armi pervenivano ai garibaldini.

Il generale Letizia ritornò da Napoli il 6 e si firmò la resa quello stesso giorno.

Trevelyan non esclude che Vincenzo Florio, il più potente e il più ricco degli uomini d'affari siciliani, convocato a Napoli da re Francesco non abbia aiutato a prendere una simile decisione.

Nel pomeriggio del 6 Mundy si recò a terra a casa di Benjamin Ingham che incontrò in buona salute. In generale le proprietà straniere erano state rispettate.

In una lettera dell'8 giugno 1860 a J. Smithson di Messina, Joseph Whitaker così

riassunse i fatti: "l'idea e l'attuazione della presa di Palermo erano insieme ammirevoli e degne dell'uomo che si è accinto a un così arduo compito con così scarse forze".

L'8 giugno, l'Argus ritornò dapprima a Palermo dove sventolava il tricolore su tutti gli edifici pubblici e poi a Marsala dove era stato preparato un gran ricevimento.

Sebastiano Lipari, anche lui commerciante di vino e console piemontese, aveva organizzato questo ricevimento in onore di Winnington-Ingram e "tra i rinfreschi venne servito un gelato tricolore". Subito dopo si offrì un gran ballo al baglio Woodhouse: "Vi si trovava tutta l'élite di Marsala e un poeta locale improvvisò un'ode in onore dell'Inghilterra che fu accolta al grido di "Viva la Regina Vittoria!".

Garibaldi si trattenne nell'isola fino al 18 agosto entrando trionfalmente a Napoli il 7 settembre...

Ho volontariamente traslasciato di parlare del resto della campagna di Garibaldi in Sicilia e soprattutto degli incresciosi fatti di Bronte del 3 agosto 1860 che vedono a confronto una famiglia inglese, i discendenti di Nelson duchi di Bronte e i braccianti agricoli delle loro terre in quanto possono essere oggetto di futura riflessione.

Riassumendo si può concludere che gli inglesi installati in Sicilia erano molto ben inseriti nella vita economica e sociale dell'isola, che non vi fu mai una aperta presa di posizione a favore di Garibaldi anche se tutto indica chiaramente che erano a favore suo e che solo Benjamin Ingham, con il pessimismo dovuto forse all'età, non si aspettava niente dal cambio. Secondo la stessa tesi di Federico De Roberto nei Viceré e Tomasi di Lampedusa nel Gattopardo è come se avesse anche lui assorbito l'anima dei siciliani che seppero vedere passare vari invasori senza cambiare il proprio sentirsi siciliano, o inglese nel caso di Benjamin Ingham.

## UNA ESENCIA COMUN QUE NOS UNE

*Carlos Novello*

El insigne historiador y periodista compatriota Carlos María Ramírez quien, al decir de Luis Bonavita, con su libro titulado «ARTIGAS» fue «el primero en asestar en forma orgánica un golpe decisivo a la leyenda negra» que había sido tejida contra nuestro héroe por intereses espúrios, decía en una brillante página que cerraba con la fecha del 23 de septiembre de 1884, es decir, cuando se cumplían 34 años de su muerte:

....

«Así es como Artigas, después de haber combatido contra los españoles, bajo la bandera común, combate contra las fuerzas de Buenos Aires bajo la bandera local, y bajo esta misma bandera lucha como un león durante cuatro años contra la invasión portuguesa, sublimemente infatuado con la grandeza de sus soldados orientales.

Fue vencido. La conquista y la traición lo obligaron a refugiarse en las selvas del Paraguay, donde vivió treinta años, muerto ya para la historia. ¿Qué quedaba de su obra? No os engañéis. Quedaba el sentimiento indómito de un pueblo que Artigas había agrupado, acaudillado, engreído, para vivir y crecer en la sucesión de los tiempos.

Suprimida la personalidad de Artigas, no habría habido la gloriosa materia prima que hubo en 1828, para terminar la guerra entre el Brasil y la República Argentina con la fundación definitiva de la Banda Oriental.

Los orientales recibieron con inmenso júbilo el advenimiento de su independencia absoluta. ¿Por qué? Nadie podrá explicárselo sino comprendiendo que la soberanía federal proclamada y defendida por Artigas, con exageración intransigente, encerraba el germen de la independencia absoluta cuando fuese necesario optar entre ella y el yugo exótico del Imperio o la supremacía unitaria de Buenos Aires.

Somos hoy independientes -queremos y debemos serlo. ¿Cómo no hemos de honrar entonces la memoria de aquel que venció gloriosamente en Las Piedras contra la dominación española, -que luchó cuatro años, casi siempre infortunado, pero siempre heroico, contra la dominación portuguesa, y a quien jamás podrá negarse el título ya que no de fundador, de PRECURSOR DE LA NACIONALIDAD ORIENTAL?».

.....

Esta es la esencia de la que se nutre nuestro ser nacional.

Ramírez la resume en forma muy precisa al dar respuesta a la pregunta de qué quedaba de

su obra:

**Quedaba el sentimiento indómito de un pueblo que Artigas había agrupado, acaudillado, engreído, para vivir y crecer en la sucesión de los tiempos.**

Hoy conmemoramos un nuevo 20 de Septiembre. Día de Italia, en el Uruguay, y también Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento.

Los italianos en Italia se sienten actualmente más inclinados a conmemorar con mayor énfasis el 2 de junio que esta fecha pero, siendo de fundamental importancia la conmemoración del plebiscito de la constitución republicana de 1946, debemos reconocer que esto no hubiera sido posible si antes no hubiera habido un 20 de setiembre de 1870.

Por otra parte, la tradición de la vieja inmigración respecto a esta fecha tiene un algo de reverencial y extremadamente afectivo, que nosotros no podemos ni queremos dejar de lado.

Es sabido que el emigrante de larga data tiene un poco congelado el recuerdo de su Italia que debió abandonar. En ocasiones, porque no cuenta con los elementos necesarios y en la cantidad suficiente como para permitirse un puesta al día con la Madre Patria tal cual es hoy. Otras veces, porque prefiere conservar aquellos dulces recuerdos que provienen de su ya lejana juventud y que considera que son los únicos que mantienen firme el nexo entrañable que de ninguna manera desea romper.

Es que en el caso de Italia nos encontramos con una tradición cultural tan rica, tan fecunda y que viene desde tan lejos en la historia, que conforma una unidad nacional que fue capaz de vencer los siglos de desmembramiento territorial y de acultura impuesta por las diferentes dominaciones extranjeras que invadían todo «tranne la memoria», al decir de Fóscolo.

Este es el sentimiento indómito del pueblo italiano.

Esta «memoria» que flota sobre las borrascas y que fue rescatada desde siempre por el pueblo llano que la sentía y la siente, muchas veces sin saber darle forma expresiva alguna pero, y sobre todo, por los pilares de la cultura que, explícitamente como en el caso de la literatura, desde Dante Alighieri en su universalidad sostenida por su pasión de florentino y de italiano y que, como tal, protesta la libertad sin la cual no hay patria posible sino en el fondo de nuestro espíritu y hace decir a Virgilio que él

«Libertà va cercando, ch'è sì cara,

Come sa chi per lei vita rifiuta.»

o Petrarca, que en su famosísima canción «Spirto gentil» mantiene entera en su mente la nación italiana y su centro natural que es Roma, hasta los tantos ejemplos de escritores más recientes hasta llegar al Risorgimento.

Esta «memoria» última, que jamás pudo ser mancillada por el extranjero opresor, a través de la historia afloró permanentemente en la creación de los artistas que en la excelencia de su obra pictórica, escultórica, arquitectónica o musical, iban diciendo simplemente: esto es lo italiano; esto es Italia, viva y de pie; viva y caminando; viva y avanzando; viva y lanzando se semilla al viento que las entrañas cálidas y fecundas de estas tierras americanas recibieron como una bendición divina.

Esa semilla de la inteligencia, del trabajo y de la lucha por principios inalienables del ser humano libre, que tan bien encarnara Garibaldi, es la esencia de la inmigración italiana en estas playas y en el mundo entero, la que conforma esa gran patria que va más allá de los mares, de las llanuras y de las montañas.

Hay principios que unen a los hombres por encima de las nacionalidades, que, por fortuna, desconocen y trascienden las fronteras hermanando mentes y corazones.

Esos principios y ese espíritu impregnado por el amor a la libertad y a la democracia con

el que Artigas regó estas tierras, fue campo propicio para quienes llegaron aquí en busca de paz, trabajo y libertad, en tiempos pasados. Pero el llamado de la sangre es recíproco.

Cuando aquellos países que ahora, por el trabajo de sus hijos, son potentes y son ricos, necesitaron una mano tendida hacia quienes no podían seguir viviendo en ellos, hallaron esa mano franca y fraterna tendida desde estas playas. No para ofrecer dádivas, que denigran, sino el trabajo honesto, la amistad fraterna, la casa abierta.

Hoy nuestro Uruguay transita un período difícil en lo económico, como lo transitó, al igual que otros países de América Latina, hasta hace pocos años, en lo político.

En aquellos años muchos uruguayos de origen italiano encontraron bajo el brazo de la Madre Patria la seguridad que aquí pudo faltarles.

Hoy son otras las necesidades y el Uruguay todo encontrará, sin duda, como ya se observa, la comprensión y el tratamiento igualitario que necesita para impulsar su producción, su comercio y su tecnificación. A fin de poder entrar en el siglo XXI en un pie de igualdad con los países que supieron resurgir del dolor y de las ruinas de la guerra con el esfuerzo del trabajo propio y con la colaboración de quienes tuvieron confianza en ellos.

Garibaldi dejó aquí lo mejor de sí y, al mismo tiempo, se llevó mucho bueno de nosotros, como él mismo reconoce en sus Memorias, con la honestidad que lo caracteriza.

¿Qué mejor ejemplo que el suyo para presentar a las nuevas generaciones como paradigma de lo que son y serán las relaciones entre Uruguay e Italia, en esta fecha que hoy celebramos?

Que para esto sirvan también los XX de Septiembre y como símbolo de una amistad inquebrantable entre dos pueblos que tienen por norte común inalterable la libertad y la democracia.

## GARIBALDI EN FRANCIA: LA CAMPAÑA DE LOS VOSGOS

*Guido Zannier*

Los últimos acontecimientos de la vida militar de Garibaldi son menos brillantes, menos fructíferos y menos afortunados que los de las fases tempranas y meridianas de su carrera guerrera que lo habían visto luchar primeramente en defensa de las jóvenes repúblicas latino-americanas contra poderosas fuerzas internacionales, que lo habían visto, luego, cubrirse de gloria en la defensa de la República Romana en 1849, que, más tarde, en 1860, lo habían visto ganar, una tras otra, decenas de batallas, desde Calatafimi hasta el Volturno, en la grandiosa hazaña de los Mil, que lo llevó a la conquista del Reino de Nápoles y Sicilia, y que lo habían visto, por fin, avanzar victorioso a la cabeza de sus Cazadores de los Alpes por los valles de Valtellina y Giudicarie y de allí abrirse camino hasta las puertas de Trento, después de haber derrotado a los austríacos en Bezzecca: única gloria, acaso, que los italianos cosecharon en aquella no demasiado feliz campaña de 1866 que va bajo el nombre de Tercera Guerra de Independencia.

Sin embargo, los episodios militares tardíos de la vida de Garibaldi no revisten la importancia de los anteriores y no acarrear consecuencias de tal naturaleza, conviene destacar enseguida que los mismos son altamente significativos desde el punto de vista político y moral y sirven, acaso mucho más que los primeros, para hacernos comprender al hombre en todas sus actitudes, idealísticas, caballerescas, impulsivas, generosas y hasta irracionales, pero siempre selladas de nobleza.

Dentro de estos episodios tardíos de la actividad guerrera de Garibaldi conviene que destaquemos, a tales efectos, sobre todo dos de ellos, por ser los más significativos, los que mejor nos dibujan algunos ribetes de la compleja personalidad de nuestro héroe. Son ellos el drama de Mentana y la campaña de los Vosgos.

El golpe de mano para liberar a Roma, que Garibaldi intenta sin éxito en 1867 y fracasa en la infausta jornada de Mentana, repite otro similar terminado en Aspromonte algún tiempo antes.

La empresa de conquistar Roma por la fuerza de los voluntarios, interrumpida trágicamente en Mentana, fue un contrasentido y no tenía, desde el punto de vista militar y político, la menor posibilidad de éxito. Era evidente, en efecto, que la Francia, burguesa y católica, de Napoleón III, deseosa de revanchas por los fracasos recientes de la política imperial en Alemania y en México, nunca habría permitido que los italianos entrasen en Roma poniendo fin al poder

temporal de los papas, que Napoleón III en repetidas oportunidades se había comprometido a mantener. Por razones similares también Austria y las demás potencias católicas de Europa de la época se oponían a tal empresa. La misma Italia de Víctor Manuel II, todavía débil y no bien afirmada en su posición de Estado de reciente formación, frente a una Francia desconfiada y al Imperio de Austria deseoso de reivindicaciones territoriales en Italia, no estaba en condiciones de apoyar la empresa garibaldina. Fue así que Garibaldi encontró en Mentana un ejército francés de 25.000 hombres que le cerraron el camino hacia Roma y, derrotado en Mentana, encontró a sus espaldas al ejército italiano que lo capturó junto con los suyos y lo encarceló por algún tiempo en la fortaleza de Varignano.

Pero si el error militar del enfrentamiento de Mentana fue grave y no fácilmente justificable en un hombre inteligente y de armas como Garibaldi y la derrota fue grave y cruenta, todo ello tuvo, desde el punto de vista patriótico y moral, su aspecto positivo, ya que mostró al mundo que el fermento patriótico en Italia no se había apagado, que la cuestión romana quedaba aún abierta, que fuertes corrientes de opinión y pasiones todavía vitales se proyectaban hacia Roma.

A todo esto hay que agregar otros hechos que, aunque aparentemente secundarios, pesaron fuertemente en los acontecimientos posteriores de la unificación de Italia y en la misma incorporación de Roma al Reino.

El haber obligado, con el hecho de Mentana, a la Francia imperial a descubrir definitivamente su juego de nación reaccionaria y conservadora del viejo orden establecido en Italia, hecho que había manifiestamente puesto a soldados franceses regulares contra voluntarios italianos, como ya en el sitio de Roma del pasado 1849, debía ser muy útil, como lo fue efectivamente un poco más tarde, en 1870, para quitar todo escrúpulo en el espíritu de aquellos italianos que aún pudieran ser arrastrados de un sentimiento de gratitud hacia la nación que los había ayudado en Solferino.

A la breve y trágica empresa de Mentana respondió la larga y penosa de los Vosgos, que se extendió por más de cien días en aquel terrible invierno de 1870-71; y de ella nos vamos a ocupar en seguida.

Esta campaña tiene un carácter totalmente distinto, aunque en ciertos aspectos se relacione con la anterior que acabamos de mencionar, ya que Garibaldi con su intervención en Francia, en resumidas cuentas, quiso, de acuerdo con su caballerosidad, devolver bien por mal a aquel pueblo y pagar así un tributo a la desdicha del enemigo de ayer que en más de una oportunidad había frustrado sus planes de hacer de Roma la capital de Italia.

La campaña de los Vosgos, que Garibaldi lleva a cabo de acuerdo con los episodios que a continuación resumiremos, se relaciona con la parte final de la guerra franco-prusiana que estas dos naciones combatieron entre 1870 y 1871.

Esta guerra, planeada minuciosamente por el naciente imperialismo prusiano inspirado por el príncipe Otto de Bismarck y personificado en el rey de Prusia Guillermo I e impuesta, a la vez, a Napoleón III, Emperador de los Franceses, por la clase dirigente adicta a la monarquía y los nacionalistas franceses de la época, se resolvió muy pronto en una inacabable serie de victorias para el bando prusiano y tuvo en Sedan su trágico desenlace.

La lucha no duró más que algunos meses, pero trajo para Francia desastres incalculables. Contra 400.000 alemanes que el general Moltke volcó en pocos días sobre las fronteras de Alsacia y Lorena, Francia no pudo recoger más que 270.000 hombres, los que llegaron demasiado tarde para desarrollar un plan defensivo, estudiado por el estado mayor francés. Obligados a ponerse a la defensiva, para la cual no estaban preparados, los franceses pronto

fueron vencidos en Alsacia, de donde el mariscal Mac-Mahon fue obligado a retirarse, abandonando Estrasburgo al sitio del enemigo, mientras que en Lorena el general Bazaine, derrotado él también, se encerraba en Metz.

Entonces Mac-Mahon intentó unirse a su colega sitiado en Metz, pero, alcanzado y rodeado en Sedan, por el ejército prusiano después de largo y encarnizado combate, se vio obligado a capitular: 82.000 soldados franceses, con todos sus pertrechos, cayeron prisioneros de los alemanes, y entre ellos el mariscal Mac-Mahon herido y el mismo Napoleón III.

Este último, después de haber tratado inútilmente de encontrar la muerte en el campo de batalla, pidió un armisticio y fue a deponer su espada a los pies de Guillermo I. Era el día 2 de setiembre de 1870 y se repetía así el desastre de Waterloo.

Tres días después de Sedan estallaba en París la revolución contra Napoleón III y nacía la Tercera República que tomaba en sus manos la pesada herencia de la guerra napoleónica y de la patria invadida por los prusianos. Tomaba la rienda del mando un gobierno llamado de **defensa nacional**, integrado por el historiador Louis Adolph Thiers, Jules Fabre, ferviente republicano, y León Gambetta, elocuentísimo hombre político de origen liguor, al igual que Garibaldi. El programa del nuevo gobierno era el de la continuación de la guerra y de una intransigencia absoluta hacia los prusianos, a los cuales no se debía ceder ni una pulgada de territorio ni una sola piedra de las fortalezas de Francia.

Y mientras Thiers buscaba aliados en toda Europa, Gambetta, salido clamorosamente en globo de París ya sitiada por los alemanes, organizaba en Tours el gobierno y con la energía de la acción y la fuerza maravillosa de su palabra lograba recoger en toda Francia un nuevo ejército de 600.000 hombres.

Mientras tanto, una tras otra caían las fortalezas sitiadas por los enemigos: Toul, Estrasburgo, Laon, Soisson, Verdun, y por fin Metz, donde los alemanes capturaron al mariscal Bazaine con 170.000 hombres, 1.500 cañones y un sinnúmero de armas y pertrechos de todo tipo.

Francia había quedado, de este modo, sin un ejército regular y la defensa quedó a cargo de cuerpos de voluntarios y reservistas, quienes muy pronto fueron también irremediablemente vencidos. El mismo gobierno entonces tuvo que retirarse de Tours y refugiarse en Bordeaux. En el mes de enero de 1871 París, después de haber experimentado los horrores de un sitio que duró 130 días, tuvo que capitular por hambre.

El 28 del mismo mes se firmó un armisticio y en febrero un nuevo gobierno encabezado por Thiers dio comienzo en Versalles a unas negociaciones de paz que se fijaron definitivamente en el tratado de Frankfurt del mes de marzo del mismo año por el cual Francia perdía dos de sus departamentos: Alsacia y Lorena y, por sobre todo, salía con su prestigio de gran potencia seriamente comprometido.

En los últimos tres meses de esta guerra, cuando la suerte ya estaba echada y la derrota de la nación francesa ya se presentaba prácticamente irreversible, Garibaldi resuelve intervenir en la lucha al lado de Francia y dar su apoyo a la nación invadida.

Sicológicamente la campaña garibaldina de Francia se relaciona con las empresas sudamericanas: presenta los mismos caracteres de desinterés, de altruismo, de paradójico romanticismo. Garibaldi concluye como ha empezado: combatiendo por una causa no directamente suya, no italiana, políticamente discutible, pero fascinadora bajo el aspecto sentimental. Pero las analogías terminan aquí: todo lo demás ha cambiado: han cambiado los tiempos, ha cambiado el ambiente, han cambiado los hombres. El enemigo es ahora incomparablemente más grande y más poderoso. El arte de la guerra se ha ido transformando rápidamente por efecto de los inventos técnicos de nuevas armas, por el volumen de los

ejércitos que se mueven en los campos de batalla. Sin embargo Garibaldi no se siente incómodo en las nuevas condiciones de lucha; lo asiste en esto su versatilidad italiana y la larga experiencia que él tiene de hombres y cosas.

Sin exagerar el valor necesariamente episódico de la campaña de los Vosgos en el gran cuadro de la fuerza franco-prusiana, se debe por cierto reconocer que Garibaldi y sus voluntarios aparecen allí rodeados de una particular luz de gloria.

Antes de seguir con ulteriores apreciaciones acerca de esta tardía gesta garibaldina, consideramos pertinente formularnos desde ya una pregunta fundamental: ¿por qué Garibaldi fue a combatir en Francia en defensa de esta nación y contra Prusia en una guerra aparentemente ajena a los intereses del pueblo italiano?

La contestación no es fácil y nosotros trataremos, por lo tanto, de proceder por partes.

Garibaldi no era hostil a Prusia y a los prusianos en general. Como para la mayoría de los italianos de aquel entonces el enemigo hereditario y tradicional era para él Austria, el Austria de los Habsburgo. En repetidas oportunidades Garibaldi había expresado sus simpatías para la causa nacional alemana.

Este sentimiento muy difundido por aquel entonces en los ambientes democráticos no sólo italianos, sino, más en general, europeos, le había hecho afirmar en una determinada circunstancia que le correspondía justamente al pueblo alemán la misión de **pueblo-guía** que habría de llevar al mundo por el camino de la hermandad y la senda del deber.

Pero el pueblo era, como siempre, para él una abstracción, una idea, un sueño, más que una realidad concreta; cuando vio que la unidad alemana se edificaba sobre la prepotencia y la fuerza bruta y la grandeza teutónica se cumplía con la sangre, a través de una guerra despiadada y destructora a expensas de otro pueblo, el francés, Garibaldi instintivamente se sintió atraído hacia el más débil.

Seguía queriendo teóricamente a los alemanes, pero empezó a detestar con toda su alma a Bismarck y a Moltke, principales artífices de todos esos horrores, y puso su espada y su vida y la de sus hijos al servicio de la Francia invadida.

“¡Todo lo que queda de mí, lo ofrezco a Francia!” declaraba en aquellos días el héroe al gobierno francés, olvidando las viejas ofensas de los franceses que lo habían echado de Roma en 1849 y le habían impedido su regreso en 1867 en el camino de Mentana.

En su congénita ingenuidad él creía en una Francia republicana totalmente distinta a la tiranía napoleónica. Mentana para él era el Imperio, la república la catarsis: el gobierno provisorio republicano salía completamente purificado de la derrota, como Venus de la espuma del mar: era cosa bella y buena acudir en su ayuda!

Esto y sólo esto es el motivo que impulsa a Garibaldi a acudir en defensa de la Francia invadida, de una república democrática agonizante muy parecida a la que él había defendido antaño en Río Grande y más tarde en Roma, y de una libertad pisoteada y conculcada.

Sería un burdo error el de creer y hasta el de sospechar que Garibaldi haya ido a Francia movido por otras razones, las de orden económico por ejemplo, es decir por la esperanza o la promesa de una ganancia de orden personal, como suele suceder con los mercenarios de todos los tiempos. Garibaldi, dicho sea una vez por todas y en voz bien alta, nunca fue un mercenario a pesar de lo que recientemente pueda haber escrito en cierta prensa de nuestra capital un oscuro articulista que pretendió escribir historia sin haberla estudiado.

Garibaldi rechazó siempre las riquezas como compensación a sus hazañas militares y él y los suyos combatieron siempre en condiciones de pobreza y hasta de indigencia tanto en América, como en Italia, como, por fin, en Francia y los testimonios que podríamos citar para

confirmar esto son muchos y muy autorizados.

Garibaldi en esta resolución de acudir en defensa de la agonizante república francesa se nos presenta una vez más lo que él realmente fue: el caballero ideal, el defensor de los pueblos libres y de los que aspiran a la libertad, el enemigo declarado de la tiranía, bajo cualquier forma esta se presente para la infelicidad de los pueblos.

"Mis principios... son libertad, humanidad, emancipación del pueblo", decía al hacerse cargo de la nueva hazaña. "En América como en Europa he combatido por ellas. La fraternidad y la igualdad entre los hombres fueron los resortes de mis acciones, por esto hago la guerra a los tiranos; pero no penséis que yo ame la guerra: la detesto como la cosa más monstruosa del mundo. Tengo la conciencia de que mis manos son puras de sangre inocente; sin embargo desde hace cuarenta años no he jamás envainado mi espada. Aquí estoy, entre vosotros, en mi viejo lugar de lucha", decía a los amigos liberales de Francia que esperaban su llegada.

Y Garibaldi pone su espada en defensa de la democrática república francesa.

Pero su gesto generoso no es comprendido y acompañado por muchos ya sea en Italia ya sea fuera de Italia.

El gobierno italiano de los Saboya por un lado, por razones de política internacional y por alianzas dinásticas con el derrotado de Sedan no apoyaba en aquel entonces al gobierno republicano que había surgido en Francia después de la abdicación de Napoleón III, y por el otro no consideraba oportuno que fuerzas italianas, aunque no oficiales, combatieran contra aquellos prusianos que algunos años antes les habían ayudado a liberar el Véneto de la dominación austríaca. Por esto obstaculizó una vez más la acción de Garibaldi y arrestó, sin más trámites, a cuanto garibaldino fue sorprendido en esos días cruzando la frontera con Francia.

Por otras razones los liberales y los republicanos italianos tampoco miraban con buenos ojos el hecho de que Garibaldi y los suyos combatieran en Francia al lado de los viejos enemigos de Mentana y censuraban que el héroe llevase consigo al extranjero la juventud italiana, tan necesaria en patria para impedir que ésta cayera en poder del gobierno monárquico.

El mismo Mazzini se quejaba de que nada bueno para Italia podría venir de aquella guerra y en la generosa empresa garibaldina veía una nueva prueba de la falta de confianza de los italianos en sí mismos, una nueva prueba de que todo se lo esperaban de Francia, de una generación escéptica y materialista, corrompida por veinte años de esclavitud.

Tampoco en Francia todos estaban de acuerdo con los socorros que el héroe generosamente ofrecía. La opinión pública estaba dividida. Por un lado los clericales veían en Garibaldi al hombre que en repetidas oportunidades había combatido contra el papa y había tratado de arrebatarle Roma y el Estado Pontificio. Los nacionalistas, aún no totalmente vencidos por las sucesivas derrotas frente a los prusianos, rechazaban además todo tipo de ayuda extranjera, sobre todo cuando ésta pudiera llegar de Italia, un país, según ellos, aún débil militarmente y políticamente desorganizado. Esta clase, que parecía dominar en aquel entonces en Francia, confiaba ingenuamente en poder repetir los "prodigios" napoleónicos de 1792, en rechazar al invasor con las solas fuerzas de la nación movilizadas con medios de fortuna. A todos estos se agregaba el natural rechazo de la jerarquía militar francesa muy reacia a aceptar la colaboración de un hombre de armas como Garibaldi que no se había formado en ninguna de las famosas academias militares de Francia o de Europa de los tiempos sino tan sólo en la escuela de la vida.

Por el otro lado, sin embargo, el pueblo francés, libre de tales prejuicios, admiraba y quería a Garibaldi y celebraba su llegada.

Para entender mejor el sentido de la bienvenida llena de cariño que este pueblo tributó a Garibaldi cuando el mismo arribó a Marsella, nos parece del caso leer un fragmento del artículo editorial de *L'Egalité* de aquellos días:

“La Francia republicana esperaba a Garibaldi: Garibaldi vino.... Garibaldi esperó veinte años, y la Francia republicana deplora en 1870 el delito que permitió en 1849. No podrá jamás repararlo, pero no importa. El héroe perdona a la república las afrentas que en más de una oportunidad le hiciera el gobierno de Francia.

En 1849 nosotros le arrancamos Roma, la capital de su amada Italia unida y republicana, Roma que él había conquistado al precio de tantos peligros y de tantas luchas sin fin...

En 1860 los Bonaparte le quitan Niza, su patria, que él juró ver libre, y que pasa bajo las horcas caudinas del régimen imperial. Y Garibaldi se vuelve, a pesar suyo, súbdito de Napoleón III. En 1867 los *chassepots* del general De Failly “cumplen maravillas”, y Garibaldi ve caer bajo sus ojos, en el campo de Mentana, aquella generosa juventud italiana que su nombre y el amor de la patria juntaron alrededor suyo.

Garibaldi ha olvidado todo, él no vio en nosotros más que una gran nación desmembrada por las traiciones bonapartistas y resolvió seguir valientemente con su venganza con el asentamiento definitivo de la república francesa, y cuando nos habrá ayudado a cumplir esta obra indestructible, nosotros le devolveremos su patria y su amada Niza”.

Por su parte, tres eminentes hombres del gobierno provisorio de Tours, Cremieux, Glais-Bazain y Laurier, enviaban el siguiente telegrama a las autoridades gubernamentales de Marsella:

“Haced una recepción grandiosa a Garibaldi. Decidle cuánto le agradecemos, en nombre de Francia, por la generosa ayuda que él nos trae. Rogadle que nos alcance inmediatamente en nuestra sede de gobierno en Tours. Lo esperamos con los brazos abiertos”.

A los pocos días León Gambetta, Ministro del Gobierno de Tours, le ofrece sucesivamente el mando de un grupo de trescientos voluntarios, y luego, de todos los cuerpos francos de los Vosgos y de una brigada de guardias móviles.

Pero el primer ofrecimiento era irrisorio y el segundo inconsistente, ya que aquellas tropas o no existían o militarmente no contaban.

Sin embargo Garibaldi acepta. Pone su cuartel General en Dole y comienza los enrolamientos.

Si se piensa en las condiciones en que empezaba esa campaña, nos asombramos que aquellas improvisadas unidades militares pudieran no digamos ganar, sino simplemente combatir. Las denominadas brigadas no alcanzaban la fuerza de un regimiento. Al lado de los voluntarios italianos, que por distintos caminos se habían unido a Garibaldi, y lo seguían incondicionalmente, la masa de los “militarizados”, que procedían de los enrolamientos indiscriminados hechos en los departamentos meridionales, estaba integrada por hombres sin experiencia militar, sin fe en la victoria y sin la menor gana de combatir en una guerra que veían irremediablemente perdida.

Sólo los Cuerpos Francos cumplían con la función de buenos combatientes, pero eran pocos y mal armados. La caballería garibaldina estaba integrada tan sólo por un centenar de jinetes y la artillería por una batería de montaña.

Contra este simulacro de ejército, híbrido y prácticamente desarmado, se disponía a accionar un fuerte cuerpo de ejército prusiano al mando del general Werder, con 35.000 hombres, 60 cañones y dos regimientos de caballería.

Comienza entonces para Garibaldi una guerra extraña, compuesta de fingidos movimientos estratégicos y de recíprocas sorpresas; una guerra llevada a cabo contra todos los principios

de la estrategia militar clásica de los tiempos, entre mil dificultades, sobre todo a causa de la mediocre calidad del instrumento que Garibaldi debía manejar y la escasa colaboración que encontraba sistemáticamente en los Estados Mayores franceses.

Sin embargo, el héroe con contados días pudo organizar medianamente bien a este caótico ejército que iba aumentando día a día de número con el concurso de voluntarios que llegaban desde todas partes de Europa. En efecto el ejército, llamado pomposamente "de los Vosgos", se había notablemente engrosado. El gran nombre de Garibaldi había hecho acudir gentes de Italia, de Polonia y hasta de Argelia. Aquellos batallones, aquellas compañías, combinadas al azar, llevaban nombres pintorescos y altisonantes: "los desesperados de París", "los hijos perdidos de la montaña", "los osos de Nantes", "los exploradores polacos", "los cuerpos francos de la muerte"; y con ellos formaban los viejos garibaldinos de las campañas de Sicilia, del Trentino, los Cazadores de la Saboya, los Marineros de Ysère, la Compañía franco-española, etc.

Muy difícil era pues, para no decir imposible, dar una verdadera cohesión a un material humano tan heterogéneo. Garibaldi lo había logrado en su juventud en América, pero ahora las circunstancias eran otras y él puede alcanzarlo sólo parcialmente.

De todos modos, el héroe hace frente gallardamente hasta la segunda mitad de noviembre a una larga serie de ataques prusianos que tratan inútilmente de eliminar a toda costa de la línea de operaciones a este incómodo adversario. En la primera etapa de esta guerra, en la que las tropas garibaldinas luchaban sobre el largo frente de los Vosgos, dos episodios sobre todo deben ser recordados: la victoriosa marcha de Garibaldi sobre Dijon, en la que él derrota y ahuyenta a los prusianos del general Degenfeld sobre el camino de Pâques, y la encarnizada defensa de Autun, atacada por un cuerpo de ejército prusiano al mando del general Keller, hasta lograr rechazar al enemigo y hacerle emprender la retirada sobre todo el frente de batalla.

Mientras tanto, las cosas vuelven hacia lo peor para los franceses y Prusia sigue volcando nuevas divisiones fuertemente armadas y equipadas sobre todos los frentes de la guerra y todo parece indicar que el Centro y el Mediodía de Francia en pocas semanas iba a caer en sus manos.

Mientras los generales franceses uno tras otro son derrotados por las fuerzas alemanas y enteros cuerpos de ejércitos se disuelven frente al enemigo que avanza sin cesar, Garibaldi y los suyos siguen luchando denodadamente y tienen momentos afortunados y hasta brillantes. El día 8 de enero el héroe pudo volver a ocupar Dijon que unos días antes había recaído en manos de los prusianos y el 21 y 22 del mismo mes la ciudad rechazó en forma brillante un violento regreso de los enemigos.

Los prusianos querían acabar con Garibaldi; Bismarck había declarado que no se habría quedado conforme hasta tanto no lo hubiese tenido en sus manos para llevarlo a través de Alemania con un letrero sobre el pecho que hablase de la ingratitud de los italianos.

Garibaldi contesta al reto y redobra sus acciones militares. Atacado por un poderoso ejército (la denominada Armada del Sur) al mando del general Monteuffel, forma sus fuerzas entre Daix y Messigny. La lucha se desarrolla cruenta por todo el día 21 y parte del 22. El día 23 una nueva brigada prusiana al mando del general Kettles retoma la ofensiva y parece decidir la suerte de toda la larga batalla. Pero la intervención tempestiva de la brigada de Ricciotti, el hijo menor de Garibaldi, obliga al enemigo a la retirada: el primer batallón del 61º regimiento de Pomerania queda completamente destruido, dejando debajo de un montón de caídos su bandera: la única bandera que los prusianos perdieron en toda esa larga guerra.

Garibaldi una vez más vio las espaldas de un enemigo mucho más fuerte que huía. El mismo rinde homenaje al valor prusiano y dice de haber contemplado pocas veces tan gran número

de caídos en tan pequeño espacio.

Jessie White, la escritora inglesa esposa del lugarteniente garibaldino Alberto Mario, que acompañó a Garibaldi a lo largo de toda la campaña de los Vosgos cumpliendo con la doble función de enfermera de las fuerzas garibaldinas y de corresponsal del *New-York Tribune*, que vio muy de cerca esa gigantesca batalla, así brevemente describe el último episodio de la misma en su *Vida de Garibaldi*:

“A las dos de la tarde la cuarta brigada recibió la orden de dirigirse por el camino de Langres. Superada la barrera de la ciudad, el cañón anunciaba la inminencia del enemigo. Este había arremetido contra los puestos avanzados y se adelantó hasta el Chateau de Pouilly que ocupaban los móviles y los **mobilisés**. Partiendo de una gran fábrica llamada Borgis, que se levanta a la izquierda del camino, cuatro compañías de la cuarta brigada se disponen a perforar las murallas. Los **mobilisés** de la primera línea ceden al vigoroso asalto de los prusianos, los que con una columna de apoyo atrás mueven al ataque. Una nueva formación de ellos avanza protegida por la vía férrea e irrumpe irresistible.

A los cañones prusianos responden las artillerías de Fontaine. Garibaldi avanza entre las balas y desde la carretera dirige la lucha. Los prusianos son en número grande, las columnas de ataque proceden irresistibles. Algunas compañías desplegadas a la derecha y a la izquierda fulminan sin cesar y las cuatro compañías desde atrás de Borgis mantienen nutrido el fuego. Ven caer a cada paso a los alemanes, pero se ven diezmados ellos mismos.

El enemigo mientras tanto envuelve y aprieta la fábrica. “Siempre que no capturen a un solo prisionero con vida -afirma Ricciotti- lo demás no tiene importancia”. Lo tranquiliza la vista de los suyos, pero presiente la muerte segura y muy cierta la derrota.

El combate se ha vuelto entrevero. En aquel desesperado minuto ellos ven venir volando desde la izquierda con la espada desenvainada a Canzio a la cabeza de los restos de su quinta brigada y multiplican su osadía.

Canzio carga al enemigo con ímpetu terrible a la bayoneta, sin contarle; la lucha se transforma en una infinidad de duelos, la fábrica de Borgis es liberada, los **mobilisés** contagiados por el preclaro ejemplo, corren adelante con ardor; por fin el heroico valor del enemigo vacila, y, acosado con vigor aún más furioso por los italianos y por los Cuerpos Francos, cede terreno entre montones de caídos. Resuena la trompeta de la retirada y el enemigo recula combatiendo, y combatiendo es perseguido hasta Nogent; pero la bandera del 61º queda sobre el campo. Un garibaldino la encuentra y Ricciotti la ofrece a su padre y al rato aquella flamea sobre la carroza del general entre el silbido de las balas hasta finalizar el día”.

Bajaba la helada noche sobre las colinas de Dijón cubiertas de nieve; el viento soplaba siniestro entre los árboles sin hojas: Garibaldi, envuelto en su capa, erguido sobre su caballo, en el acto de recibir de las manos de su hijo aquel trofeo, debió experimentar en aquel momento la satisfacción de cerrar así su larga epopeya de luchas y de victorias.

Pero otros hechos dramáticos lo esperaban en los días inmediatamente siguientes. Francia había irremediablemente perdido la guerra. París había capitulado y el gobierno de Tours, encabezado por Jules Fabre, estipula con Bismarck un armisticio y cesan así las hostilidades sobre todos los frentes de la guerra, menos sobre el de los Vosgos, donde Garibaldi se mantenía firme. En los preliminares de tal armisticio los plenipotenciarios de los dos bandos, al redactar las condiciones, no habían incluido -no se supo nunca el por qué- dicho frente, y así Garibaldi se encontró improvisamente solo haciendo frente al entero ejército del general Monteuffel, quien mueve todas sus fuerzas para rodear a Garibaldi en Dijon. Pero no era cosa fácil capturar al viejo guerrillero que en 1849 en Roma había logrado sustraerse al sitio y a la persecución

de cuatro ejércitos y el héroe pudo poner a salvo en los departamentos de Loira y Saona a todas sus huestes sin perder un solo hombre.

Termina así para Garibaldi la dura campaña de los Vosgos que, aunque no siempre coronada con la aureola de la gloria que viene de clamorosas victorias, lo vio siempre cumpliendo con su alto oficio de jefe de hombres dispuestos al sacrificio y a la muerte para el logro de los grandes ideales, que él siempre profesó, de libertad y justicia entre los pueblos. En esta larga y difícil hazaña militar Garibaldi tuvo que exponerse continuamente a estar presente en primera línea, donde mayor era el peligro, mucho más de lo que correspondía a un comandante en jefe.

A menudo se le vio cabalgar a la cabeza de las columnas que movían al asalto: a veces se quedaba sobre el caballo por ocho, diez y hasta trece horas seguidas y cuando no resistía más se hacía llevar en carroza.

Jessie Mario, que participó como enfermera al lado de Garibaldi en toda la campaña de Francia, en su **Vida de Garibaldi** nos deja magníficas descripciones de estas gestas que aún en nuestros días leemos con interés y emoción y que mejor nos acercan la obra de Garibaldi y de los garibaldinos durante la campaña de los Vosgos. Ya hemos leído el episodio de la captura de la bandera prusiana. Veamos algún otro.

Garibaldi solía llevar a cabo personalmente, hasta en los más menudos detalles, todas las obras de defensa y de ofensiva, necesarias, para la acción militar.

Observa, a tales efectos, en determinado momento nuestra historiadora: "Garibaldi comprendió mejor los estratagemas y las intenciones del enemigo, habiendo visto claro que el momentáneo objetivo de Werder apuntaba a cubrir Alsacia y Lorena, a mantener intactas las comunicaciones con Alemania y a mantener separadas de París y de la Loira a las tropas francesas del sur-este.

Lion por aquel entonces se defendía sobre el Doubs, y era necesario que el enemigo se adueñase del Jura antes de que pudiera pensar en Belfort.

Y durante el tiempo en que Garibaldi quedó en este departamento no hubo piedra que él no moviera para poner al departamento en estado de defensa. El utilizó las florestas al sur de Dubs y las ventajas naturales que ofrecía el terreno para convertir a la comarca en un gran sistema de angosturas tesálicas. A lo largo del Oignon se adoptaron las mismas precauciones, y también en la floresta de la Sarre. Todo lugar él lo visitó en persona, toda instrucción la escribió de su puño, en medio de increíbles dificultades".

Epica es la página en que Jessie relata la violenta batalla que abre a Garibaldi y a los suyos el camino a Dijon.

"Garibaldi había emplazado sus cañones sobre una cumbre que los escondía a la vista del enemigo. Este, habiéndose agrupado en Pernois, envió desde allí y desde el Valle de Suzon algunas compañías a Pâsques. Garibaldi, después de ordenar a las brigadas Ricciotti, Bossak y Delpeche de avanzar hacia Pernois, ordenó a la artillería tirar sobre las columnas enemigas que avanzaban y dijo a algunas compañías de Tanara: "¡Vayan a tomarme Pâsques!".

Las compañías se precipitaron echando a la bayoneta a los prusianos que ya habían entrado; la artillería volcaba fuego sobre los prusianos que estaban entrando y todos se retiraron a la carrera hacia Pernois y los bosques cercanos.

Entre Pâsques e Pernois el terreno ora sube ora baja y cada elevación está cubierta de bosques. Garibaldi lanzó una compañía de Tanara y una de Cuerpos Francos para expugnar una de aquellas alturas. Al llegar al pie de la misma, los Francos dudaron, sabiendo que los prusianos estaban en acecho en el bosque. Los italianos no enlentecieron nunca su paso:

Canzio, viendo aquella vacilación, se puso a la cabeza; llevó consigo a los Cuerpos Francos y también aquella altura fue tomada a la bayoneta.

Mientras tanto, la artillería prusiana hacía un fuego infernal; pero Garibaldi había dispuesto tan bien su gente, utilizando los accidentes del terreno, que ninguno fue herido.

Los italianos, a la derecha, formados y a la carrera, procedían en línea paralela a Prenois. Menotti, con su Estado Mayor -Sant' Ambrogio, Bizzoni, Baghino, Canessa- avanzaba a la cabeza de la brigada, y este ejemplo de valor hacía marchar gallardamente en columna cerrada también a los movilizados.

Garibaldi, seguido por Bordone y los respectivos oficiales, en primerísima línea dirigía el combate en sus mínimos detalles.

Cuando los nuestros se acercaron bastante al pueblo como para manejar la bayoneta, los prusianos no se declararon dispuestos a esperarlos, y ya movían sus carros a lo largo de la carretera, bordeada por bosques, que, detrás de Prenois, desemboca sobre el camino real, y también la infantería, más bien desordenada, empezaba a retirarse, protegida por la artillería.

Canzio, que observaba las maniobras enemigas desde la altura conquistada, planeó el audaz designio de irrumpir a las espaldas de Prenois con la esperanza de capturar algún cañón.

Tomó consigo treinta *chasseurs* a caballo y tomó también a Tironi, los llevó cuesta arriba y luego se lanzó sobre la explanada a rienda suelta, a la vista de todos los nuestros, y ya llegaba a las primeras casas, cuando desde éstas y desde un muro que corre paralelo a la calle estalló un terrible fuego de fusilería, por lo cual siete caballos, incluso el de Canzio, cayeron muertos y dos *chasseurs* quedaron heridos.

Simultáneamente nuestras trompetas tocaban la carga. Los italianos de Tanara y los Cuerpos Francos con Garibaldi a la cabeza se precipitaron en ayuda de Canzio y tomaron Prenois a la bayoneta.

De Prenois, como de un vértice, parten dos caminos que cruzan la carretera que lleva de Dijon a París, y, entre estos dos puntos, se eleva sobre una colina Darois.

El enemigo, con redoblado esfuerzo, con más intenso fuego y gran pericia, supo sustraer a los asaltantes sus artillerías y replegó sobre Darois.

Los italianos persiguieron a los prusianos a paso de carrera a pesar del fuego de una batería emplazada en Darois.

Nuestra artillería obró magníficamente en aquella jornada y contestó del mismo modo. Los movilizados y los Cuerpos Francos de Ricciotti recibieron la orden de marchar por el bosque que bordea aquel de los dos recordados caminos que se encuentra del lado de acá de Darois, cerca de Dijon, con el propósito de impedir una posible sorpresa.

En Darois la tropa, aunque hambrienta y empapada en agua, rodeando a Garibaldi, lo aclamaba y le gritaba con entusiasmo: "¡A Dijon! ¡A Dijon!". "¡Y bien! -contestó él- ¡A Dijon!". Y Ricciotti recibió la orden de acercarse a Dijon.

A través del libro de la señora Jessie Mario nos enteramos también de las brillantes ideas que Garibaldi manejaba en materia de estrategia militar, sobre todo de aquella estrategia menuda, pero tan importante, que linda con la guerrilla de la que él fue siempre maestro y que muy a menudo le permitió mantener en jaque y lograr la victoria contra fuerzas enemigas en mucho superiores a las suyas.

Es importante, a tales efectos, leer una página en la cual están contenidas las directivas que él da a su hijo Ricciotti que se dispone a conducir por los Vosgos, en territorio enemigo, unas formaciones de voluntarios garibaldinos apoyados por un cuerpo de franco-tiradores franceses:

"Una vez transpasados los puestos avanzados de nuestro ejército hacia el norte, tus

movimientos deben siempre efectuarse de noche -decía- reservándose el descanso para el día. Que la aurora te encuentre siempre emboscado, preferentemente en los bordes de las selvas, siempre listo para sorprender a los exploradores enemigos, a sus correos o a sus vituallas, y siempre al alcance de los bosques y de las montañas para asegurarte la retirada.

Es importante, si es posible, no enfrentarse nunca con fuerzas demasiado superiores, y no avergonzarse de aplastar a las inferiores. Se puede molestar a las fuerzas superiores empleando pequeños destacamentos de soldados entre los más valientes y veloces que dispararán tiros de fusil durante la noche desde posiciones ventajosas y que luego se refugiarán sobre el grueso de tus fuerzas, posiblemente reunidas en lugares escondidos e inaccesibles.....

Ochocientos hombres son demasiados para caminar siempre juntos; se tornará difícil alimentarlos y ampararlos. Es preciso, pues, subdividirlos y no usarlos juntos sino cuando se trate de un hecho muy serio.....

Apremiado o perseguido por fuerzas superiores, repartirás a los tuyos en pequeños destacamentos, los cuales engañarán al enemigo tomando distintos caminos y a ellos tú indicarás un punto de reunión".

Similares a éstas son las disposiciones que Garibaldi imparte a las poblaciones invadidas y a la guardia nacional de las ciudades y los pueblos para que ellas también colaboren al éxito de la guerra:

"Un pequeño número de hombres mal armados y mal vestidos no tienen la obligación de combatir contra ejércitos regulares; pero esos mismos hombres, nacionales u otros, recordando que pertenecen a una nación que no doblará nunca la rodilla delante del extranjero, al acercarse un enemigo superior, deben retirarse en sus bosques y en sus florestas con los ganados; y, conocedores, como son, de la comarca, molestar, si no los grandes cuerpos, por lo menos los exploradores enemigos que van en pequeño número y depredan, tanto más cuanto menos se les molesta en sus incursiones.

Así no se verá más a una docena de ulanos haciendo correrías por una región inmensa y despojando a sus habitantes".

Hemos querido insistir en presentar estos aspectos de la figura de Garibaldi y de su acción al frente de las fuerzas militares de los Vosgos, para destacar, una vez más si fuera necesario, su importante aporte a esta desdichada guerra que la novel república democrática francesa quiso protraer por unos cuantos meses, tratando de subsanar los desaciertos napoleónicos y el desastre de Sedan.

Por mala suerte la maldicencia y hasta la calumnia a menudo cayeron sobre el héroe y sobre su obra, especialmente en todo lo relacionado con su presencia en los Vosgos. Se tergiversaron los hechos, se minimizaron sus hazañas victoriosas y se exageraron sus desaciertos que, como todo ser humano, él también tuvo. Se quiso, a menudo, presentar un Garibaldi viejo y cansado, cargado de achaques y con el espíritu que flaqueaba, que se dejaba arrastrar por los acontecimientos bélicos en lugar de dominarlos, que confiaba la dirección de los combates a sus allegados y colaboradores, que seguía en carroza y muy de lejos a sus tropas, que entregaba a su estado mayor la elaboración de los pequeños planos de guerra, que desde las retaguardias se limitaba a emitir proclamas a sus tropas y a las poblaciones, etc.

Nada más falso que esto.

Si cierta historiografía de parte ha recogido algunas de estas mentiras, no faltan los testimonios de ilustrados personajes de la época que afirman lo contrario.

Allí están las páginas sinceras de la inglesa Jessie White Mario que hemos citado. Está también la solidaridad de Víctor Hugo, que defendió al héroe de los ataques de sus

denigradores en repetidas circunstancias. Y están, por sobre todo, sus adversarios militares y enemigos de ayer, los generales prusianos, que, en sus tratados y recuerdos de guerra, hablan elogiosamente de Garibaldi y de su conducta militar durante la campaña de los Vosgos.

Sabido es que los hechos históricos preclaros los tejen los grandes y los narran los sabios, pero los unos y los otros son pocos.

## LA ECONOMIA INTERNACIONAL EN EL ENTORNO DE LA GUERRA GRANDE

*José C. Williman*

Este tema tuve realmente que armarlo. No es un tema que esté construido directamente en los libros, precisamente por el hecho de referirse implícitamente a la presencia de Garibaldi en nuestro país.

Para ubicar el tema es necesario hacer algunas clasificaciones de época, cosa que la práctica de vivir la historia en períodos coherentes es muy frecuente: hay divisiones clásicas.

Nosotros vamos a estar trabajando con el Siglo XIX, pero el Siglo XIX cae dentro de algún período de distintas clasificaciones.

La más antigua que conozco es aquella de dividir en Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna, que es del Siglo XVII.

No me extrañaría nada que Luce Fabbri conociera algunas anteriores y me las citara, lo cual demostraría que sigo siendo alumno de Luce y además tendría mucho gusto en seguir siéndolo.

A comienzos del Siglo XVIII Vico propuso también dividir la Historia del Mundo en tres etapas: Divina o Teocrática, Heroica o Aristocrática y Humana o Democrática.

En el Siglo XIX Comte también.

La ciencia económica ha hecho en ese sentido varios intentos, usando la idea de Sistemas Económicos Históricos.

Marx habló de "modos de producción", estableciendo también etapas y en economía también hablamos de ciclos económicos, sobre todo referidos precisamente a los siglos XIX y XX.

La época que nos interesa ubicar indiscutiblemente se encuentra dentro de lo que se conoce como el Sistema Capitalista.

El Sistema Capitalista se discute si se inicia en el Siglo XVI o en el Siglo XVIII, pero esto hoy no nos interesa.

Lo que no cabe ninguna duda es que se inicia en el Siglo XVIII el capitalismo industrial, porque es el momento en que se produce la Revolución Industrial en Inglaterra.

Estas formas de periodicidad a través de los ciclos han encontrado también algunos autores que la han estudiado.

El "ciclo largo" de Kondratieff, al que me voy a referir, los "ciclos medianos" de Juglar,

o los ciclos pequeños o cortos de Kitchen.

Condratieff toma tres ondas largas en el período del sistema capitalista industrial. Cada una de ellas se divide en dos etapas: una etapa ascendente, que es de crecimiento, de expansión de precios y de la producción y una etapa descendente.

La primera se inicia para él en la época de la Revolución Francesa; las fechas las utiliza con prudencia. Tiene su etapa descendente entre 1790 y 1814, es decir, en el momento de la caída de Napoleón; y una etapa descendente con dificultades de precios, en la expansión comercial entre 1814 y 1844-1851. Estaría esta etapa descendente terminando con el fin de la Guerra Grande en el Río de la Plata, que es el entorno en el que nos habíamos ubicado.

A partir de allí se inicia una segunda onda de expansión, y después dos etapas más. Sus estudios llegan hasta 1920 que fue cuando estuvo terminando de ubicar el problema.

Quiere decir que estamos en una primera onda del ciclo económico y toma a la Guerra Grande en la última etapa descendente de la curva del ciclo de Condratieff.

Sin embargo el Siglo XIX por lo menos el mismo Condratieff, tiene inconvenientes para establecer estas ondas ya que es un siglo permanentemente de expansión.

El economista chileno Aníbal Pinto había observado que en el Siglo XIX predominó la tendencia expansiva y cuando se producen algunos momentos de caída de precios no es porque la oferta o la producción tengan dificultades sino, precisamente, al revés, porque entraron en el mercado Alemania o Estados Unidos que determinaron una gran oferta de producción y eso determinó una caída de precios, con lo cual no es un motivo de decrecimiento, de dificultades, sino de presencia de nuevos importantes oferentes en el mercado internacional.

Por otra parte en todo el período del Siglo XIX el capitalismo mostró un incremento muy grande en la productividad; es decir, la relación entre los factores que se utilizan y el producto obtenido, mano de obra- producto, capital- producto, lo cual indiscutiblemente en razón de una mejora de la productividad, aumentaba la oferta.

El signo no hay que interpretarlo como un elemento negativo sino positivo desde el punto de vista de la tecnología utilizada por el capitalismo.

Es por otra parte durante el Siglo XIX, y es Condratieff el que lo advierte, en que la interpretación del ciclo complica esta presencia de nuevos ofertantes y entre ellos se cita a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Argentina.

Lógicamente no cita Uruguay porque el peso de Uruguay en el mercado internacional no es relevante, pero evidentemente el Uruguay entra en el Siglo XIX en el mercado internacional.

Para dar una escala de producción, sepan ustedes que todavía hoy la lana representa más o menos el 4% de la producción de lana exportada y comercializada en el mundo, la zafra exportadora del Uruguay que anda en este momento en 90 millones de quilos.

Se advierte con esto además que si bien hay presencia de regiones que se integran, y nosotros nos vamos a integrar precisamente en esta época, yo creo que precisamente a partir de 1851, lo que surge sí es que hay que destacar que el capitalismo es un sistema enormemente dinámico en sus posibilidades de producción.

Esa expansión dinámica del capitalismo es lo que explica el imperialismo de los centros o las metrópolis, al extender el tipo de producción capitalista a otras regiones.

Ya había sido enormemente expansivo el capitalismo comercial anterior; entre el Siglo XVI y el S. XVIII fue el comercio el que determinó el origen más importante de los ingresos de las empresas y de los grupos activos en el sistema.

Hubo un capitalismo tan dinámico que es probable que nadie le haya dedicado a ese capitalismo hasta el Siglo XVIII párrafos más laudatorios que el propio Marx. Sus discrepancias

comenzaban con la Revolución Industrial pero no con el período anterior.

Pero la verdad que desde el punto de vista de la expansión el capitalismo industrial también la demostró a partir de la propia Revolución Industrial, porque Inglaterra expande su tecnología hacia Europa, y entra Europa en un capitalismo importado de Inglaterra. Y todas las nuevas metrópolis capitalistas son las que se expanden después hacia América, Asia y África.

Esta capacidad de expansión tiene varios efectos.

Uno por lo pronto es el proceso sostenido de nuevas tecnologías. Es decir, es un sistema que revolucionó permanentemente sus propios métodos de producción. Hecho históricamente insólito porque los sistemas anteriores se caracterizaban precisamente por la estabilidad en la tecnología empleada y no por el dinamismo de sustitución.

Y además aumentó enormemente la productividad del trabajo. Se obtenía con el esfuerzo del trabajador en términos de productos de bienes logrados.

El otro hecho es que se expandió en distintas direcciones, no sólo hacia Europa sino a distintas regiones del mundo.

En algunas de esas zonas donde se expandió no hubo problemas de independencia política. Me refiero por ejemplo a la expansión hacia Estados Unidos y la propia Alemania, que conservaron su soberanía y su independencia.

En cambio entre otras zonas, donde llegó a dominar económicamente también dominó políticamente, transformando esas regiones ya sea en colonias o en países semisoberanos.

El gran impulso lo tuvo sin duda Inglaterra, e insisto con Inglaterra porque donde nosotros vamos a quedar es dentro de lo que se llamó la "periferia" del centro inglés.

Inglaterra, a mediados del Siglo XIX entre los 290 millones de habitantes que se dominaban en las zonas coloniales, tenía en sus colonias 240 millones, es decir que tenía el 82% de la población dominada en términos coloniales.

Hacia 1900 la expansión de Holanda y de Francia redujo porcentualmente el dominio inglés. Inglaterra también se expandió a esta altura (en vez de 240 millones dominaba 300 millones de habitantes), pero era nada más que el 65% de la población dominada colonialmente, en razón del crecimiento de las otras metrópolis.

A fines del Siglo XIX se produce el reparto de Asia y de África; América había cambiado sustancialmente su situación política, pero todo esto se hacía dentro del marco de la expansión capitalista industrial.

El nuevo capitalismo además modifica las tareas históricas coloniales, que es también muy importante, porque nos va a afectar directamente.

Hasta el Siglo XVIII las tareas coloniales (no he encontrado otro término) eran fundamentalmente entregar materias primas a las metrópolis y procesos de extracción de metales -donde los había- y el pago de tributos. En eso consistía la explotación metropolitana.

Sabemos que en el Siglo XVIII España, en razón del origen de sus dinastías, había empezado a introducir algunos nuevos elementos para América dado que España empieza la industrialización de los Borbones.

Entonces, sin perjuicio de este hecho, en el siglo XIX lo normal es que este dinamismo técnico determine un cambio o un complemento en las tareas coloniales.

Se le empieza a exigir a las colonias que sean también mercados de la industria metropolitana, que es motivo muy claro de la presencia de Inglaterra en el Río de la Plata y en América en general.

Todo esto hace que las relaciones con las colonias cambien: se hacen mucho más

complejas. Además entran a integrar el sistema capitalista. Son una parte del sistema capitalista.

Es una cosa que la economía ha advertido hace pocos años en realidad. Era frecuente que uno, en la década del 50, enseñara que había un mundo capitalista y un mundo subdesarrollado como si fueran dos áreas conectadas a través del comercio, pero dos áreas distintas.

Desde hace unos años los tratadistas advierten que en realidad el mundo subdesarrollado en buena medida también es subdesarrollado porque integró el sistema capitalista y cumple tareas específicas dentro de todo un sistema que es mundial, de gran dimensión, donde el mundo subdesarrollado no es un hecho independiente, es una parte de ese sistema.

La complejidad de estas relaciones se hacen todavía más acentuadas cuando se produzca la expansión de los capitales europeos hacia las colonias, se transformen las colonias o agreguen una nueva tarea. A aquella de aportar materias primas y metales, a aquella otra de ser mercado de la industria europea, ahora se agrega la de ser receptora de capitales.

Son capitales que sobran en Europa, sobrepasan la rentabilidad normal en Europa y se buscan nuevas inversiones más rentables.

Empiezan a vertirse sobre todo a la expansión de la industria ferrocarrilera que fue muy importante y es uno de los motivos de expansión de todo el capitalismo; los ferrocarriles en EE.UU., en América, en Asia. Esto transforma la estructura de producción de las colonias. No quiere decir que estén destinados a un desarrollo acelerado. A la metrópoli eso no le interesaba. Está destinado en realidad a impulsar ciertas actividades que le interesan a la metrópoli.

Pero un desarrollo independiente y autónomo no es objetivo de esta inversión.

Generalmente se advierte que es un elemento de transporte para extraer la producción que interesa hacia la metrópoli.

Se produce además un fenómeno de localización espacial, como estudian los economistas en la época moderna; el problema de la localización se advierte muy bien donde están localizadas esas industrias de inversión europea.

Los frigoríficos están lógicamente en los puertos, porque es allí donde se produce la sustitución de un elemento de transporte. Los ferrocarriles traen la carne hasta los puertos y en los puertos cambian por los barcos.

Quiere decir que esa localización no es accidental, sino técnicamente ubicada (podrían hacerse otras).

Lo importante es que evidentemente estas economías coloniales tienen como un primer efecto el desarrollo de las actividades que interesan a la metrópoli. Está en la lógica del sistema. Nada de esto me parece motivo de reproches especiales; está en la lógica del mecanismo. La lógica en un sistema económico es una cosa independiente de la ética, así que está haciendo funcionar lo que le interesa.

Nosotros fuimos además beneficiados con el fenómeno de la introducción del ovino y de la producción de lana. No es un hecho accidental que nosotros encontremos esa expansión del ovino, sobre todo a partir de la década de 1860, porque precisamente desde la década de 1840 Inglaterra es gran importadora de lana. Aumentó enormemente. Las importaciones de lana para Inglaterra entre 1840 y 1910, antes de la Guerra Mundial se multiplican por diez veces. Y no es extraño tampoco que nuestros hacendados ingleses que conocen el problema y están bien informados, no digo que sean los únicos ni los primeros, pero son entre los primeros pioneros que introducen el lanar, porque evidentemente saben que para él hay mercado y que tiene un destino muy específico.

A veces a esto se le llama la "modernización". Son elementos modernos para la época, pero

son reflejos de los reclamos del mercado europeo o del mercado internacional. Pero no son exigencias que arranquen desde el interior propio de la economía de la colonia.

Estos son los aspectos positivos. Los otros aspectos negativos muy claros fueron la destrucción por ejemplo de las artesanías indígenas, la producción artesanal de las provincias argentinas; la penetración de la industria inglesa terminó con toda la parte de telares, de la industria textil indígena, entre otras; se salvaron otras actividades, pero esa era típica de la penetración inglesa que puso en cuestión el problema del libre cambio y del proteccionismo. Problema que se debatió apasionadamente con motivo, en un pedido en 1809, en la época del virrey Cisneros, un pedido de desembarco de mercadería en Buenos Aires. Cisneros consultó al Consulado y se dividieron allí las distintas tendencias.

Claro que un sector proteccionista era el de los registreros españoles que querían la protección no para la industria indígena, sino para la representación que hacían de España ellos, y de las firmas españolas.

De cualquier manera la polémica fue apasionante y hubo un importante informe del Síndico del Consulado, Yañiz, que hizo la defensa de la protección, pero dirigida también a las producción local, interna, incluso con una gran pedagogía.

Porque en cierto momento llega a decir una frase que a mí me pareció muy clara en cuanto al sentido de lo que puede ser la producción de la actividad propia. Se hacía siempre, se hace el argumento que los productos importados van a ser más baratos y el consumo se va a beneficiar por ese menor valor de la producción importada. Entonces en cierto pasaje dice "De qué servirá que lo que antes costaba 4 ahora cueste 2, si sólo ganamos 1". Si no hay ingresos para comprar, si se abarata el precio, evidentemente no se ha ganado nada. Este fenómeno también es un hecho muy importante que conviene destacar para la época en que nosotros nos ubicamos.

Lógicamente durante todo el S. XIX todas estas tareas coloniales terminan por funcionar todas a uno, es decir, no hay sustitución de tareas sino que las colonias siguen exportando materia prima, carne, lana, cuero, justamente en el caso nuestro, siguen recibiendo capitales en algunos casos para iniciar la tarea y otros para sustituirla después que se inició. En la Argentina hubo una capitalización propia para algunos tramos de ferrocarriles; nosotros tuvimos el agua corriente iniciada por aquellos argentinos de Lezica, Fynn y Lanús. Sin embargo Inglaterra después compró estas inversiones propias y se transformaron en empresas inglesas.

Ahora, como ven estamos vinculados a ese otro concepto que casi no toqué pero estamos desarrollando, lo que es la expansión imperialista.

Sin embargo el imperialismo es un término muy polémico porque se ha ideologizado. Lenin planteó una tesis y quienes lo siguen, lo siguen por un alineamiento ideológico más que por un análisis de un concepto que por otros motivos es muy discutible.

Porque el imperialismo, por lo pronto la idea que sostienen algunos economistas modernamente, es que el imperialismo se expande con el capitalismo. La tesis de Lenin es que el imperialismo es la última etapa del capitalismo y es específicamente la etapa de los monopolios.

Sin embargo no es así.

Porque la expansión imperialista inglesa y francesa a comienzos del S. XIX no cabe ninguna duda que es una expansión, es capitalista y es imperialista y no había monopolios. Es la época indiscutiblemente del liberalismo donde todavía no se han constituido empresas de dimensión y de magnitud tal que puedan llamarse monopólicas.

No hay empresas que monopolicen el mercado. Pero hay empresas que se expanden buscando sí nuevos mercados.

En este período en las metrópolis existe una orientación liberal indiscutible y sin embargo no hay monopolios.

Quiere decir que yo creo que tienen razón quienes sostienen que el imperialismo crece paralelamente al capitalismo y no es característica de una etapa especial del capitalismo.

Podrían ponerse dos ejemplos contrarios. Por ejemplo, en Alemania sí el imperialismo es monopolista, es decir, cuando Alemania sale a competir en el reparto de Asia y Africa, y a competir con los mercados, ahí sí ya está una etapa monopolista.

Pero en cambio Estados Unidos tiene una expansión imperialista mucho antes que sus monopolios sean relevantes o dominantes.

Así que yo siempre digo que en materia académica toda simplificación es mala, y estos ejemplos nos muestran que no hay que simplificar y que el fenómeno es bastante más complejo que una simple tesis que a mí me parece muy discutible.

Hay un hecho sí que es importante, y es que esas empresas que se expanden tienen detrás de sí, la acción de los Estados a los cuales pertenecen y la diplomacia de esos Estados.

Más que un fenómeno monopolístico hay un fenómeno diplomático y estatal.

Detrás de las empresas inglesas está la política británica y está la diplomacia británica. Y detrás de Francia, por supuesto que lo mismo. Lo vamos a ver con más detalle enseguida.

Ahora, en esta expansión capitalista no todos los centros metropolitanos tienen la misma importancia, ni han actuado sobre las mismas áreas.

El gran centro del S. XIX es indiscutiblemente Inglaterra. Lo es desde el S. XVIII; tal vez desde la Guerra de Sucesión de España y los Tratados de Utrecht, ya Inglaterra demuestra su poder.

Austria quiso continuar la guerra un tiempo más, y como Inglaterra no la financió tuvo que retirarse de la Guerra de Sucesión de España, lo cual demuestra que la guerra la estaba financiando Inglaterra a todos los niveles. La única que lo quiso hacer en forma autónoma no pudo funcionar.

Inglaterra empieza su revolución industrial y empieza a mirar a la América española con interés económico. A ello se agrega además que a fines del S. XVIII tiene la pérdida de sus colonias de América del Norte, con lo cual ha perdido parte de su imperio y está buscando sustituirlo.

Sin embargo Inglaterra no se plantea como política la dominación de territorios en el caso de América. El episodio de las Invasiones Inglesas, es un episodio muy especial, muy particular, que no responde a una línea de política de Inglaterra.

¿Cómo funciona Inglaterra entonces?

Aquí hacemos una nueva clasificación. Es normal también dividir el S. XIX y XX entre el "modelo de desarrollo hacia afuera" y el "modelo de desarrollo hacia adentro".

Normalmente se ubica desde 1810 el desarrollo de América "hacia afuera", con las características que voy a decir enseguida, hasta 1930. Desde 1910 al 30 ya la cosa se complica; a veces se habla de un período de "transición" y después de 1930, después de la crisis del año 29-30, hablamos de un desarrollo "hacia adentro";

¿Cuáles son los elementos del primer modelo?

Funciona alrededor de un centro muy claro que es el centro inglés. América pasa a integrar lo que en el léxico de CEPAL es la "periferia" del centro inglés.

Este modelo funciona en el comercio internacional aplicando los principios de la teoría de

la Escuela Clásica del comercio internacional que fue hecha por David Ricardo. En el principio de la división internacional del trabajo, cada territorio debe producir aquello para lo que tiene natural aptitud y no otra cosa, con todas las presiones para que esto se cumpla; debe además producir de acuerdo al criterio de las ventajas comparativas dentro del propio territorio.

Si Uruguay produce en una hectárea de tierra más arroz que trigo, debe dedicarse a producir arroz y no trigo. Es una comparación dentro del mismo país, no comparando con costos de otro país.

Dedicar los factores de producción a aquella producción donde se obtenga mayor valor o mayores resultados.

En este modelo, el mercado internacional es el elemento dinámico del modelo. Es un modelo que lo hemos llamado agroexportador y está bien, porque nuestra producción es agropecuaria. En otros lugares la minería será más importante, los bosques, u otros elementos.

Pero para nosotros, siempre, y para toda América, el mercado será el elemento dinámico.

El modelo además hace la defensa de toda la política liberal, ya sea interna como externamente, pero fundamentalmente lo digo porque es el liberalismo el que viene a defender este modelo y a funcionar dentro de él.

Y un último hecho muy importante: queda la periferia vinculada al centro; en este caso al centro inglés, para eso que llamamos los ciclos económicos. Los períodos de prosperidad, crisis, depresión, recuperación, prosperidad; es decir, la colonia recibe los momentos de prosperidad de Inglaterra y los momentos de depresión, porque Inglaterra los traslada a su periferia. Y los traslada a través del camino del comercio. Cuando Inglaterra compra, nosotros entramos en una etapa de expansión; cuando Inglaterra está en crisis y deja de comprar nosotros entramos en una etapa de depresión.

Como la dependencia al centro es muy clara, ¿cuándo se inicia para América?

Siempre se habla de que se inicia con la independencia, en 1810.

Esto puede ser para el Río de la Plata, cierto para las Provincias Unidas. Yo no creo que sea cierto para la Banda Oriental y después para la República.

La República fue una zona de guerra, zona fronteriza de guerra, fue una zona conflictiva internamente, le costó organizar una producción para poder entrar al mercado internacional en los términos en que lo exigía el modelo.

Yo tengo para mí que evidentemente nosotros entramos al modelo de desarrollo hacia afuera recién a partir de 1851.

Pero respecto del resto de las Provincias Unidas, Inglaterra estaba muy conectada ya con la dirigencia política de Buenos Aires.

Hay un hecho que traen las historias argentinas: la revolución se produce el 25 de Mayo; el 5 ó 6 de junio las nuevas autoridades de Buenos Aires bajan las tarifas de importación. Bajar las tarifas de importación a la única que podía beneficiar era a Inglaterra. A sólo diez días de hecha la revolución.

Es decir que ya las conexiones con Inglaterra y con la teoría que Inglaterra defendía, que era precisamente el comercio exterior y el liberalismo, son muy claras desde los últimos años del dominio español y se refleja en este hecho.

En cambio, tal como nosotros vivimos el proceso luego de la revolución, la Revolución de Artigas, los problemas de la Cisplatina, hecha la República, etc. los conflictos entre los partidos y los caudillos y luego la Guerra Grande, todo esto determina una producción muy perturbada que hace imposible que entremos nosotros en el mercado internacional de manera regular.

Sin embargo hay un hecho contradictorio en esto que estoy diciendo, porque es precisamente

durante la Guerra Grande cuando se produce la pretensión compulsiva de integrarnos al mercado internacional, específicamente por parte de Francia.

Por qué digo por parte de Francia a pesar de que ustedes conocen que en este conflicto tan complejo de la Guerra Grande, hay conflictos internos de la República, integrados con conflictos conectados con Río Grande y con la república Argentina, más la presencia de Inglaterra y de Francia con sus flotas, etc. Sin embargo la situación de Gran Bretaña es completamente distinta a la de Francia.

En 1810 Inglaterra ya había hecho un tratado de comercio con Portugal, donde logró un trato muy especial para el Brasil.

Les advierto que a mediados del S. XIX se estima que la mercadería inglesa que entraba en América, casi en un 80% entraba por Brasil, o había estado estacionada en Brasil, y es probable que el porcentaje sea algo mayor. Estuvo estacionada y desde allí, en razón de este tratado en 1810 con Portugal que le dio tantos privilegios, entraba en el resto de América.

Por este tratado se establecía que las tarifas no podían subir por encima de un 15% del valor de la mercadería importada, y lógicamente debía bajarse esta tarifa dándole el "trato de la nación más favorecida". Si se le daba a otra nación menos de un 15%, había que rebajarle también a Inglaterra. Es una cláusula bastante común.

Pero más grave es que los súbditos ingleses en el Brasil tienen un sistema de extraterritorialidad y funcionan bajo la protección directa de las autoridades británicas. El tratado fue tan agresivo en el trato que se le dio a Portugal y específicamente para el Brasil, que Portugal ya era casi una colonia inglesa desde el Tratado de Methuen a principios del siglo XVIII. Pero este nuevo Tratado estaba destinado a tomar al Brasil como una estupenda base de operaciones; no sólo como un lugar de penetración para Brasil.

El propio Canning en cierto momento califica a este Tratado de "odioso e impolítico". Incluso llega a disculparse diciendo que a él se lo había impuesto la Cámara de Comercio Inglesa.

Estaba confesando que los empresarios a través de su unidad, que es la Cámara de Comercio, tienen sobre el gobierno inglés un elemento de presión importante. Pero no me cabe ninguna duda de que el gobierno inglés también estaba interesado en esa expansión empresarial del comercio inglés.

Con las Provincias Unidas, a raíz de elementos tan negativos de este Tratado, Canning fue mucho más respetuoso, y después lo fue Palmerston también. Pero en el período de Canning dio instrucciones al Cónsul inglés para iniciar los contactos de un Tratado con las Provincias Unidas, pero respetando y tratando de evitar un destrato como el que se le hizo a Portugal.

En 1825 se firma el Tratado con Inglaterra. Entonces durante la Guerra Grande Inglaterra ya estaba instalada acá, ya tenía un Tratado con las Provincias Unidas. Un tratado bastante correcto. La desigualdad de las potencias hace que la redacción de los tratados a veces resulte risueño. Pero de cualquier manera el tratado habla de igualdad legal y política entre los estados firmantes. Y además reconoce la soberanía política de las Provincias Unidas. Fue firmado en la época del general Las Heras. No se introduce la frase de la extraterritorialidad. Al contrario, a veces los súbditos ingleses eran juzgados de acuerdo a la legislación de las Provincias Unidas.

Esto también explica, no solo que Inglaterra estaba cómoda, sino que estaban cómodas las autoridades de las Provincias Unidas de la República Argentina. A veces nos extraña mucho la conducta de Rosas con Inglaterra, pero la verdad es que Inglaterra no planteaba a las Provincias Unidas o a la República Argentina los problemas que iba a plantear en este momento Francia.

Pero la política británica es de absorción. En 1824 Canning había afirmado "la América española es libre y si no administramos mal nuestros negocios, ella será inglesa"; con toda claridad porque lo veía y actuaba en función de ello.

En este período, ¿qué pasa en Francia?, ¿por qué esa diferencia?. Hasta 1830 -la Revolución del 30- está en el gobierno Carlos X y sube en el 30 Luis Felipe, hijo del Duque de Orleans. Esta nueva Dinastía, es una dinastía que logra una especie de "entente" cordial con Inglaterra. No es esa una política normal entre Francia e Inglaterra pero los orleanistas y el gobierno orleanista logra un período de buenas relaciones con Inglaterra. Había además buenas relaciones personales entre Luis Felipe y la Reina Victoria que acababa de subir al poder.

En ese clima, Francia quiere entrar en el Río de la Plata. Inglaterra no tiene más remedio que aceptar esta política francesa, a pesar de que ella ya estaba dentro. No le agrega nada; al contrario, la perturba. Y es Palmerston el que admite esta situación que lo va a perjudicar.

Luis Felipe reconoce la independencia de la Confederación Argentina. Y trata enseguida de mejorar las relaciones que habían sido muy duras con Carlos X. Busca firmar un Tratado. Pero Rosas no aparece muy proclive a ampliar sus relaciones internacionales, especialmente con Francia, porque Francia, además, le había incendiado barcos. Rosas sabía que iba a encontrar una resistencia entre la gente que lo acompañaba a él en razón de cómo se veía la conducta de Francia.

Además Francia pretendía en el tratado una protección especial para los comerciantes residentes en Buenos Aires, lo que ya a esta altura, en razón de los antecedentes con Francia era inadmisibles y más inadmisibles porque Inglaterra no lo había pedido. No le iban a dar a Francia, que tenía pocas posibilidades en negocios, un trato superior al que le habían dado a Inglaterra, con quien estaban evidentemente más interesados.

A raíz de esta resistencia y dificultades las relaciones empeoran a partir de 1834, y entonces Francia cambia de política. En lugar de un tratado, realiza una política de aliarse con los enemigos de Rosas que es en ese momento el que está dificultando sus relaciones. (Por enemigos de Rosas me refiero a los Unitarios, Rivera). Francia no tiene dificultad en volver a emplear la fuerza contra Argentina. Sin embargo aquí los objetivos de Francia no son claros. Y es una de las cosas que justifica la resistencia argentina.

Francia, por ejemplo, acaba de transformar a Tahití en un protectorado. Y acaba de anexionar a Argelia. Era para preguntarse en la época: ¿qué pretende Francia, hacer una anexión?

Yo no digo que lo pretendiera; simplemente digo que no es claro lo que estaba buscando. De repente la presión simplemente de un tratado. Pero no es clara la conducta.

Entonces no faltan los motivos coyunturales para el conflicto.

El problema del litógrafo francés, a quien se le encuentran unos planos (aparentemente se negó a hacer un plano que le pidió Rosas que hiciera), un técnico importante.

Después se le encuentran unos planos de Argentina que podría llevarlos para Bolivia. Se le interna en una provincia argentina y fallece, sin motivos especiales; nadie dijo que no fuera por muerte natural pero el Vice Consul francés reclama en forma muy impertinente los daños que puede haber sufrido por la internación; después el otro motivo es el problema de que hay franceses revistando en el ejército nacional. Era una cosa sin importancia. Había 6 franceses en el ejército, 5 eran voluntarios, que era una manera de comer, y el otro era un criminal que lo tenían allí para controlarlo.

Por la manera de actuar Rosas expulsa a Roche y entonces en 1838 aparece la flota francesa con el almirante Leblanc.

Me he referido a esto para demostrar como se nos ha intentado integrar compulsivamente

(este término lo empleamos con el profesor Reyes Abadie en un trabajo que hicimos sobre economía en el siglo XIX), la integración compulsiva en este momento.

Pero es de Francia, porque a esta altura ya Inglaterra estaba convencida del disparate que se estaba cometiendo en el Río de la Plata, donde ella no iba a nada en este asunto, nada más que perjuicio, y entonces Lord Palmerston reúne información en un dossier de 134 páginas que le envía al embajador inglés en Francia, para que se lo entregue al ministro francés. Parece que la información era aterradora, suficiente como para que Francia se diera cuenta que aquello había que terminarlo. Pero es obra de Inglaterra. El fin de la intervención francesa es obra de Inglaterra.

Un historiador inglés dice: "no se hizo ninguna amenaza de Inglaterra a Francia, pero aquel documento contenía todos los elementos capaces de destruir toda la influencia francesa en América del Sur".

Con aquella información muy bien hecha Francia inmediatamente buscó (Luis Felipe advirtió que había llegado el momento de buscar) la paz y entonces en los años siguientes este problema se termina.

En realidad desde el punto de vista económico la Guerra Grande termina por otros motivos.

Es en 1851, cuando yo digo que se inicia la entrada del Río de la Plata y del Uruguay concretamente en el mercado internacional, lentamente.

Como resultado de que hecha la paz, la República empieza a recuperar su producción, su producción precisamente agroexportadora, y a partir de ese momento entra a funcionar dentro del "modelo de desarrollo hacia afuera" pero dentro de la periferia y en función del centro inglés, por lo menos hasta la Segunda Guerra Mundial.

## VERDI Y EL RISORGIMENTO

*Carlos Novello*

En este año 1991 se cumplen 90 de la muerte de Giuseppe Verdi.

Había nacido en 1813 en el pequeño poblado de Róncole, municipalidad de Busseto, en la Emilia—Romagna, en el seno de una familia de modesta posición económica.

Comenzó a estudiar con el párroco de Róncole, que era organista y maestro de primaria. Cuando falleció este su primer maestro se trasladó a Busseto, pero volvía cada domingo a Róncole para tocar el órgano en la iglesia local.

A los diez años fue admitido en el “ginnasio” de Busseto, bajo la dirección del sacerdote Pietro Seletti. Al mismo tiempo asistía a las lecciones de Ferdinando Provesi, director de la escuela de música, “maestro di cappella”, organista e instructor de la Sociedad Filarmónica, un espíritu inquieto e inconformista que era exactamente lo que en aquellos años necesitaba el joven Verdi, cuando en él se iba ya manifestando marcadamente su inclinación musical.

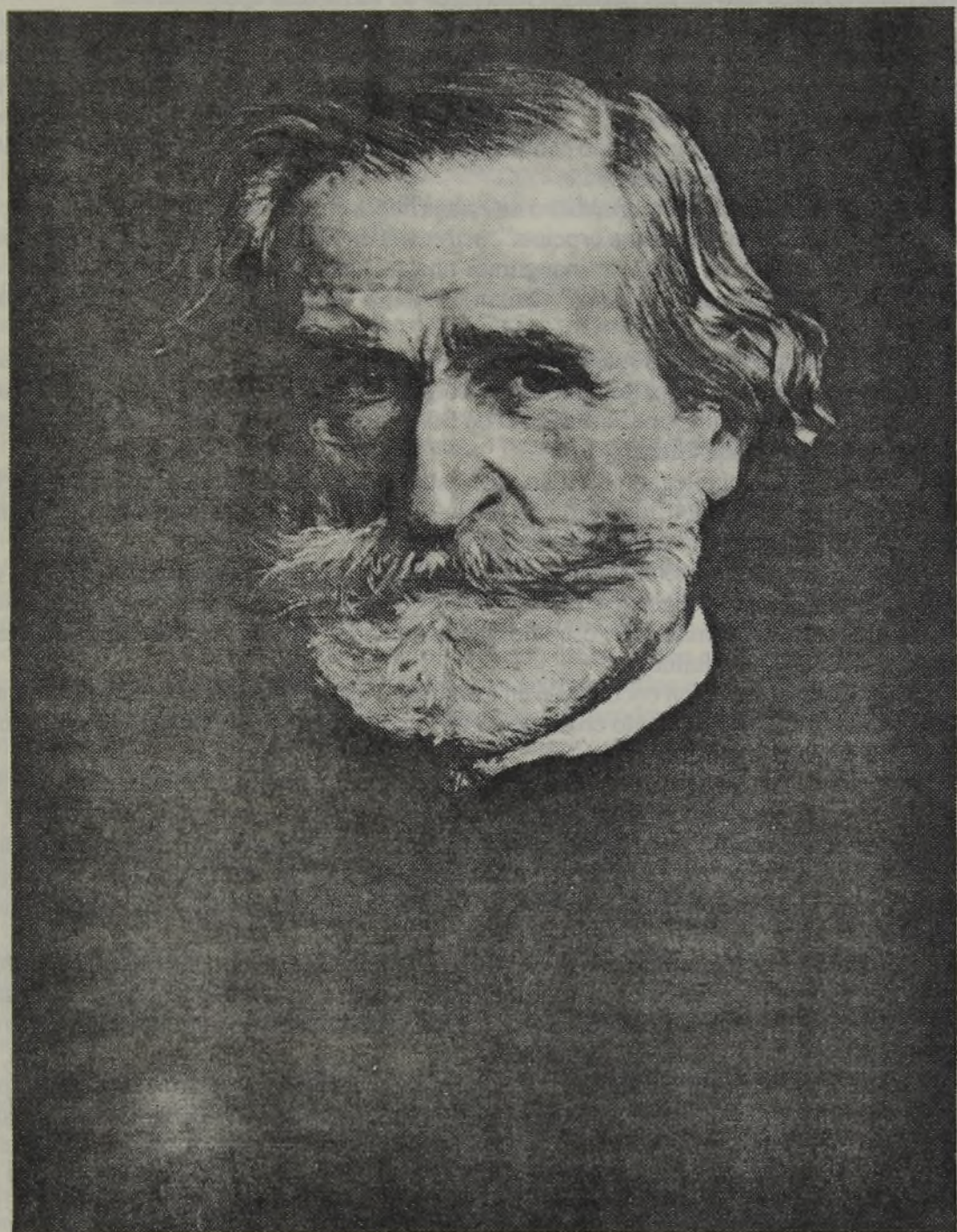
Pronto el maestro Provesi declaraba que su alumno era “un genio che diverrà ben presto il più bell’ornamento di questa Patria”, opinión premonitoria que se vería plenamente confirmada.

En 1832 se trasladó a Milán con la intención de ser admitido en el Imperial Real Conservatorio, pero tampoco esta vez tuvo suerte. Volvió a ser rechazado, como antes lo había sido cuando solicitó ser admitido como organista en la iglesia parroquial de Soragna, una población que se encuentra a tres kilómetros de Busseto. Su examen de admisión fue rechazado en la prueba de piano, en vista de lo cual prosiguió sus estudios con el maestro Vincenzo Lavigna, maestro de clavicémbalo en el teatro alla Scala, profesor de contrapunto y operista bastante notorio.

No pensaba en alejarse de su lugar de origen: en 1835, cuando tenía 22 años, retornó a su casa y al año siguiente ganó el cargo de maestro de música en Busseto. El puesto le fue asignado luego de un examen en Parma ante el maestro Giuseppe Alinovi, uno de los músicos más estimados en la capital del entonces Ducado, quien opinó que el vencedor del concurso no era un “joven aspirante”, sino “un Maestro experimentado en el Arte, con tantos conocimientos como para ser Maestro en París o en Londres, no sólo en Busseto”.

Su primera ópera “Rochester”, la terminó en noviembre de 1837 y fue personalmente a presentarla al Teatro de Parma, donde no fue admitida.

En 1839 esta misma ópera, pero con el título de “Oberto, conte di San Bonifacio”, fue estrenada con éxito en la Scala de Milán, con lo que comienza la que fue una larga, brillante



y proficua carrera de compositor, que tuvo, además, la particularidad de desarrollarse en su mayor parte durante uno de los períodos históricos de Italia más apasionantes.

Su segunda obra, "Un giorno di regno ossia Il finto Stanislao", caracterizado como "melodramma giocoso" no tuvo buena acogida en la Scala, pero en 1842 subió a escena su tercera obra sobre un libreto de Temístocle Solera con el título de Nabucodonosor, luego más conocida como Nabucco, de la cual el coro "Va', pensiero, sull'ali dorate" comenzó a recorrer el mundo como un espontáneo himno cantado por el pueblo a la Italia que todavía no se había logrado concretar políticamente.

Un período verdaderamente fructífero de esta primera época: entre 1842 y 1846 compuso seis óperas: "I lombardi alla prima crociata", estrenada en Milán; "Ernani", que vio la luz en Venecia y con la que, en 1856, se inaugurara nuestro teatro Solís de Montevideo; "I due Foscari" (Roma); "Giovanna d'Arco" (Milán); "Alzira (Nápoles) y "Attila", estrenada en Venecia.

Verdi se encontraba en París cuando en febrero de 1848 se producía en esa ciudad una nueva revolución, considerada, en parte, como una consecuencia de los movimientos sicilianos, reprimidos de manera brutal por Fernando II de Borbón quien, cuatro años antes había hecho fusilar a los hermanos Bandiera.

En abril del '48 había llegado a Milán, que había sido liberada de la ocupación austríaca a fines de marzo. La capital lombarda se había levantado en armas siguiendo el ejemplo veneciano, luego de los graves desórdenes de Viena.

El 5 de ese mes la "Gazzetta Musicale" de Milán anunciaba la llegada de Verdi. Dos días más tarde llegaba, luego de diecisiete años de exilio, Giuseppe Mazzini, también él proveniente de París, donde el 5 de marzo de ese año había fundado, en una reunión de exiliados, la Associazione Nazionale Italiana.

Verdi y Mazzini se habían encontrado en Londres en el período de los "Masnadieri" y muy probablemente habían continuado en contacto en París, adonde había llegado Mazzini luego de la revolución de febrero.

El "apóstol de la libertad" en una carta dirigida a su madre le comentaba, en junio de 1847, que había visto al compositor Verdi luego de una representación de "I due Foscari".

También se mostraba algo disgustado por el hecho de que Verdi no hubiera escrito nada para ser ejecutado en el mes de julio siguiente durante un concierto de beneficencia para colaborar con la Italian Free School, creada en Londres para los obreros y artesanos italianos emigrados.

Desde Milán Mazzini se dirigía a Goffredo Mameli adjuntando una nota de Verdi y solicitando al poeta la creación de un himno patriótico al que el maestro habría de poner música. Verdi se refería a él como a un himno que debía ser verdaderamente popular, a tal punto que nadie recordara más ni al autor ni al poeta.

Es obvio que en aquellos días el músico, bajo la influencia de Mazzini, participaba activamente en la vida política. En una carta dirigida a Francesco María Piave se define como tribuno y agrega: "Si, ancora pochi anni forse pochi mesi e l'Italia sarà libera, una, repubblicana... Tu credi che io voglia ora occuparmi di note, di suoni?... Non c'è né ci deve essere che una musica grata alle orecchie degli Italiani del 1848. La musica del cannone!... imagina che non vi son più Tedeschi!

Tu sai che razza di simpatia io aveva per loro!".

Luego de la derrota piamontesa de Custoza y el armisticio Salasco, los austríacos volvieron a Milán.

En octubre del '48 Verdi envía a Mazzini la música para el himno de Mameli "Suona la tromba" con el deseo de que pudiese "esser presto cantato nelle pianure lombarde" por un ejército liberador.

En diciembre se traslada a Roma para poner en escena la "Battaglia di Legnano" la que será representada el 27 de enero de 1849.

En ese momento Roma era un punto de encuentro de los patriotas italianos, entre los cuales se hallaba Garibaldi.

Luego del alejamiento del papa la Ciudad Eterna estaba gobernada por una Junta de Estado que posteriormente proclamará la república, cuyo gobierno fue confiado a un triunvirato formado por Mazzini, Saffi y Armellini.

En febrero Verdi se trasladó a París.

En los primeros días de julio del '49 la República Romana fue aplastada por la intervención francesa. El 14 de ese mes Verdi escribe desde París a un amigo romano, el escultor Vincenzo Luccardi: "Noi non possiamo che piangere le nostre disgrazie e maledire gli autori di tante sventure". El comportamiento del gobierno francés le hace intolerable su permanencia en París y es así que en los primeros días de agosto volvía a Italia.

Pero sus retornos a París eran frecuentes, a pesar de que Verdi no trabajaba a gusto en aquella ciudad.

Desde octubre de 1853 se encontraba en París preparando "I Vespri siciliani" y desde allí, en marzo del '54, escribió a la condesa Clarina Maffei, su amiga de Milán donde tenía uno de los salones intelectuales más famosos de Europa: "... metter radici qui!! Metter radici? E impossibile!... E del resto che importa? a quale scopo?... Per la gloria?... Io non ci credo. Per i denari?... Io ne guadagno altrettanti e forse più in Italia. Poi, se anche lo volessi, ripeto, è impossibile... Io amo troppo il mio deserto, ed il mio cielo. Io non cavo il cappello né a conti (y se lo decía a una condesa, C.N.) né a marchesi, a nissuno. Infine io non ho milioni, e le poche migliaia di franchi guadagnati colle mie fatiche, non li spenderò mai in **Reclame in clagues** e simili sozzure... Finisco dunque col dirle che ho una speranza feroce di tornare a casa... Ma i nostri **Lions** milanesi hanno un'opinione così esagerata di tutto quello che si fa e che esiste in Parigi!!".

Luego de la conquista garibaldina del Regno delle Due Sicilie, Cavour escribió a Verdi, el 10 de enero de 1861, para pedirle que aceptara su candidatura al primer parlamento italiano. Aceptó la nominación y se sentó en la bancada de centro—izquierda.

Después de la versión italiana de "I Vespri", que fue con el título de "Giovanna di Guzmán", en el '57 se presenta "Simón Boccanegra" y en agosto de ese mismo año "Aroldo", una reelaboración de "Stiffelio".

En febrero del '61 Verdi alcanza un gran momento de su madurez con "Un ballo in maschera".

Su actividad como parlamentario era meramente circunstancial, el político no se sobrepuso jamás al músico y la música eran "i fatti suoi", como vemos en una carta que le dirigiera en 1865 a Piave: "Fui eletto, e frequentai nei primi tempi la Camera, fino alla giornata solenne in cui si proclamò Roma Capitale d'Italia. Dato il voto mi avvicinai al Conte (Cavour, C.N.) e gli dissi: "Ora mi par tempo d'andarmene pe'fatti miei". "No", rispose, "andiamo prima a Roma". "Ci andremo?". "Sì". "Quando?" "Oh quando, quando!... Presto". Furono queste, per me, le ultime sue parole!. Poche settimane dopo moriva!!...".

Las circunstancias nacionales y personales lo llevaron a posponer sus ideales republicanos. A Cavour estaba ligada la figura del rey y de la monarquía como culminación de esa primera

etapa del Risorgimento que cerrará en 1870.

Verdi, poco tiempo después de ingresar a la Cámara de Diputados escribió: "La fortuna ci manda un Re che ama il suo popolo!" "Stringiamoci dunque intorno a lui, poichè se egli sarà acclamato in breve primo Re d'Italia, sarà anche forse il solo che, più del trono, abbia veramente amato gli Italiani".

No es nuestra intención, al hacer este trabajo, la de realizar un estudio de la obra del gran maestro italiano, sobre la que hay una importante y abundante bibliografía, sino destacar su vinculación con el movimiento resurgimental a tal punto que el pueblo lo identificó con él cuando, impedido de manifestarse a favor de su propia patria durante la ocupación extranjera escribía en los muros: "Viva Verdi" queriendo significar "Viva Vittorio Emanuele Re D'Italia".

Pero, como dijera acertadamente Visconti en uno de los últimos reportajes que se le hicieran, esa leyenda quería decir, también, "Viva Verdi".

Porque Verdi, en una época de profundos cambios en toda la sociedad italiana, propuso e impuso una nueva modalidad también en la expresión operística.

Su vocalidad no era opuesta a la tradicional hasta entonces, que encarnaban Rossini, Donizetti o Bellini. Era diferente.

Rossini, por ejemplo, escribió siempre "arie di genere", en las que se expresaba un sentimiento determinado desde el principio al fin de la misma.

Eso era un estilo. No era ni peor ni mejor de lo que haría Verdi y ese era el estilo de enormes figuras de la música, como eran los autores que arriba señalábamos.

En un "aria" de Verdi (y sirvan de ejemplo cualesquiera de las más conocidas), se encuentran pasajes que denotan los cambios de ánimo del personaje y esos cambios son los que, precisamente, dan vida a sus melodías respondiendo perfectamente al concepto de canto escénico ligado a las tendencias románticas pero, fundamentalmente, realistas o veristas, acompañándose a un estilo que estaba entonces a la orden del día, en Italia y en otros países de Europa, en literatura y, especialmente con el importante movimiento "macchiaiolo", en pintura.

Es conocido que la vocalidad de Verdi se va desarrollando a medida que, desde su primer etapa juvenil va pasando a la madurez, por lo tanto, a través de su vasta obra, es un poco aventurado tratar de sintetizarla o definirla en pocas palabras.

Teniendo en cuenta la intención de estas líneas, se podría decir que "La Battaglia di Legnano" es su obra de propaganda política, sin que por ello haya hecho concesiones desde el punto de vista artístico.

Hay que recordar que fue escrita después de la derrota de Custoza y de la vuelta de los austríacos a Milán, cuando Mazzini, desde Lugano, publicaba un llamado "A los italianos", en el que, concretamente, se dirigía a los lombardos y recordaba el pasado medieval de la Liga de las Comunas lombardas contra Barbarroja, el juramento hecho en la abadía de Póntida por los representantes de la Liga y, finalmente, la batalla victoriosa de Legnano.

Políticamente el Risorgimento se fue estancando después de 1870 y no colmó la mayor parte de las expectativas que había despertado en el pueblo italiano.

Verdi, sin embargo, se enfrentó a sí mismo evolucionando en su arte y esperó, preparado, los umbrales del siglo XX habiendo echado las bases de la ópera moderna con sus últimas obras, especialmente *Aída*, *Otello* y *Falstaff*, haciendo especial hincapié en su *Misa de Requiem*, que fuera interpretada por primera vez en Milán el 22 de mayo de 1874, en el primer aniversario de la muerte de Alejandro Manzoni, otro puntal del Risorgimento italiano.

Este Requiem define perfectamente la personalidad del Maestro. No es un oratorio suplicante en el que la persona se anula ante la grandeza de la divinidad o ante la avasallante e incomprensible inmensidad del más allá. Es la agonía entendida como lo que es: lucha, sagrada rebelión, reafirmación íntegra del ser individual, no como una partícula, un átomo ínfimo, sino como formando parte cada vez más consciente de una totalidad que todavía se desconoce.

El "Credo" del "Otello" se une con un hilo de acero al "Dies irae" del Requiem. Pero Verdi fue el autor que debía mantener en secreto la melodía de sus romanzas que luego fueron las más conocidas, porque sabía que en cuanto fueran oídas una vez ya el pueblo, al día siguiente, las cantaba por las calles. Tal era su identificación con el alma italiana.

Por eso, con Mazzini, con Garibaldi, con Manzoni y otras personalidades que en los más diversos campos fueron verdaderos hitos de aquella época gloriosa, fue una de las expresiones más puras de un pueblo que buscó afanosamente su nuevo destino, que lo fue forjando desde su pasado magnífico, único en la historia, y lo proyectó hacia el futuro que se va haciendo presente cada día, con trabajo, con tesón, con determinación inquebrantable.

## GLI ITALIANI NELL' AMERICA DEL SUD E IL RISORGIMENTO

*Salvatore Candido*

*Este interesante artículo de nuestro estimado amigo y asiduo colaborador, fue publicado en "IL VELTRO", revista editada por la Sociedad Nacional "Dante Alighieri" de Roma en 1961. Aprovechamos, pues, esta grata conmemoración y el siempre latente interés de este estudio para volver a publicarlo en nuestra revista, en la seguridad de que nuestros lectores nos lo agradecerán.*

### *La Redacción*

E difficile potere delineare, in poche pagine, la storia del contributo dato dagli italiani viventi nell'America del Sud al Risorgimento d'Italia.

E una storia che si articola in doppia direzione, in quanto non interessa soltanto quanto fecero, nei Paesi dell'America Latina, gli italiani per contribuire al Risorgimento della Patria ma anche quanto fecero gli italiani, esuli per motivi politici, per contribuire allo sviluppo dei Paesi che li ospitarono per pochi o per molti anni della loro vita.

La storia di questo contributo è la storia stessa dell'emigrazione italiana nei Paesi dell'America Latina.

Accanto al grandioso fenomeno emigratorio che, con proiezioni e sviluppi inusitati, comincia a svolgersi nei primi decenni del secolo XIX, si affianca il fenomeno della fuga di una "élite" di uomini che aveva alto il senso della dignità nazionale ed aveva partecipato, nel suolo della Penisola, alle prime lotte ed ai primi tentativi rivoluzionari o era sfuggita alle galere e cercava, in altri Paesi, rifugio e possibilità di lavoro.

Già abbastanza è stato studiato il fenomeno dell'emigrazione politica che si dirigeva, durante i primi decenni del secolo, verso i Paesi del bacino mediterraneo o verso Paesi di tradizione liberale dell'Europa Centrale ed Occidentale.

Occorre dire che ogni guerra, ogni rivoluzione, ogni persecuzione ha fatto affluire in Sud America il fior fiore della parte soccombente: uomini giovani e vecchi, che mai sarebbero approdati a questi liti se la necessità non li avesse costretti, hanno portato a questi Paesi il frutto della loro cultura e della loro esperienza e hanno notevolmente contribuito allo sviluppo di questo Continente in tutti i rami dello scibile e delle attività umane.

Le lotte risorgimentali, le guerre, l'irredentismo, le ostilità razziali, l'ascesa al potere e il crollo del Fascismo hanno costituito altrettanti fenomeni provvidenziali per i Paesi

non emigravano per scavare faticosamente il solco fra cui potevano essere sepolti, poveri come erano partiti, o da cui avrebbero potuto emergere ricchi e potenti (casi eccezionali ma non infrequenti date le enormi masse di emigranti che affollavano, ogni anno, tesi verso una mirabolante speranza i porti di imbarco).

Gli emigranti politici, invece, erano giunti dall'Italia, molto spesso, al culmine delle loro possibilità e della loro carriera culturale, scientifica, politica; lasciavano dietro di loro un bagaglio di esperienze acquisite in Patria, di cui si sarebbero avvalsi nella terra di esilio e potevano immettersi con migliori possibilità di successo nelle attività che avrebbero scelto.

Per cui, occorre dire che gli eventi politici italiani ed europei degli ultimi 150 anni hanno contribuito efficacemente allo sviluppo dei Paesi latinoamericani, in quanto hanno reso possibile l'apporto di piccole ma elettissime schiere di emigranti delle più varie categorie: scienziati, tecnici, letterati, filosofi, artisti, imprenditori, musicisti, soldati, etc.

L'etnologo francese Paul Rivet calcolò che la popolazione di tutti i Paesi americani, al tempo della conquista, si aggirasse sui 40—45 milioni di abitanti; il Rosenblat ridusse più verosimilmente detta cifra e ritenne che gli abitanti di tutto il continente fossero 13 milioni circa. Dai più recenti dati statistici risulta che, attualmente, i Paesi del Sud America (Argentina, Bolivia, Brasile, Cile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perù, Uruguay, Venezuela) hanno una popolazione calcolata in 130 milioni di abitanti, che vivono in un immenso territorio di oltre 17 milioni di km<sup>2</sup>.

Questa massa umana che è destinata a raddoppiarsi nel volgere di pochi decenni, dato che in questi Paesi si registra un notevolissimo accrescimento demografico, è costituita, prevalentemente, dai seguenti gruppi etnici: popolazioni autoctone, discendenti degli schiavi negri, discendenti dei conquistatori spagnoli e portoghesi, società di solito chiusa, dato che rigide leggi impedivano la libera emigrazione degli europei verso le terre conquistate da questi ultimi. Soltanto dopo che i singoli Paesi ebbero acquistata la loro indipendenza, nei primi decenni, cioè, del secolo XIX, comincia a manifestarsi timidamente dapprima e, poi, veementemente il fenomeno dell'emigrazione europea in particolar modo di quella italiana, tedesca, spagnola, portoghese ed asiatica (soprattutto giapponese).

Fra tutti i Paesi latinoamericani si manifestò una più forte corrente emigratoria italiana in quelli in cui i nostri connazionali avrebbero potuto trovare condizioni di vita e di clima affini a quelli delle regioni di provenienza. I primi emigranti furono, di solito, marinai che abbandonavano le loro navi, attratti da particolari condizioni di ambiente o dal desiderio di facili guadagni.

Moltissimi fra essi erano genovesi che aprono, ben presto, la via alla massa dei loro coregionali che li seguono. Il fenomeno emigratorio è accentuato in occasioni di catastrofi nazionali o in periodi di depressione economica; è libero, spontaneo. E un graduale, rapido formarsi dell'alveare umano che si sposta da un continente all'altro. Notevole il caso dell'emigrazione organizzata di massa, proveniente dalle regioni valdesi del Piemonte. Talvolta il fenomeno politico favorisce l'emigrazione come, ad, es., si manifestò nell'Italia Meridionale, subito dopo l'Unità, per effetto della situazione di crisi economica che si registrò in alcune regioni, dovuta ad innumeri fattori su cui non possiamo soffermarci in questa sede.

Limitatamente all'Argentina, dove il fenomeno emigratorio italiano assunse, nel corso di oltre 100 anni, proporzioni eccezionali, le statistiche ci danno un totale di 204.752 emigrati italiani dal 1857 al 1870, con una aliquota minima di 4.658 nel 1858 ed una massima di 39.967 nel 1870. Nel 1913, su 559.566 emigranti diretti a Paesi transoceanici ben 111.500 sbarcano nei porti argentini.

Su questo profondo "humus" etnico si manifestava, nel periodo risorgimentale, spesso in misura più profonda che nel territorio nazionale, l'eco delle vicende che si andavano svolgendo nel suolo della Penisola.

Gli emigranti italiani costituivano sì la parte più povera, più bisognosa di aiuti fra la popolazione italiana ma anche la parte più volitiva ed avventurosa. Il fatto stesso che si fossero accinti ad un viaggio così lungo e difficile per quei tempi indicava che non erano disposti a vivere nell'indigenza senza protesta. La maggior parte degli emigranti, per altro, giunta nella Patria di elezione, si immetteva con tanto accanimento nel lavoro da dimenticare, molto spesso, Patria e lingua ed affetti. Ma la parte migliore rimaneva legata spiritualmente alla Madrepatria, partecipava del suo travaglio politico, in una parola acquistava una più acuta sensibilità. Sorgono, in quegli anni, ancora prima del 1860, numerose istituzioni di collettività e, spesso, si creava una situazione di vivo contrasto fra i rappresentanti ufficiali dello Stato Sardo o di altri Stati italiani e l'aliquota che chiameremo rivoluzionaria della collettività residente.

### LA GIOVINE ITALIA

Il fenomeno dell'ostilità di alcuni settori dell'emigrazione verso i rappresentanti ufficiali provoca talvolta situazioni incresciose e paradossali. Cito un caso fra i più clamorosi. Il Barone Picolet d'Hermillon, accreditato come Console Generale del Regno di Sardegna presso il Governo di Buenos Aires e presso la Repubblica dell'Uruguay, in un rapporto inviato da Buenos Aires nel luglio 1836 così si esprimeva nei riguardi dei suoi rappresentati, circa 8000, che vivevano sulle rive del Rio de la Plata: *Ils se distinguent surtout par leur passion pour l'intrigue, tous les moyens leur paraissent bons pour réussir et malheureusement ils rencontrent très souvent dans ce pays des autorités auprès des quelles il leur est facile de trouver appui dans des cas où il devrait leur être refusé* (1).

Il predetto diede origine in Montevideo, negli ultimi giorni del 1838, ad un incidente che è narrato nell'opera citata e riportato dal Weiss (2).

Ma da documenti tuttora inediti da me consultati emerge un particolare di sommo interesse. L'incidente che aveva provocato il violento libello, cui si riferiscono i due autori citati, era sorto con un italiano, di nome Vivaldi che, come risulta da una denuncia formulata dal Console Picolet d'Hermillon al Ministro degli Affari Esteri della Repubblica uruguaiana, del 2 gennaio 1839, apparteneva ad un "club intitulé jeune Italie", i cui membri, come è posto in risalto in detta lettera, erano ben noti alla polizia (3).

Nel 1838, pertanto, la "Giovine Italia" era operante nei Paesi del Rio de la Plata. Ne è documentata l'esistenza in Brasile già negli anni precedenti.

Nel gennaio 1836, proveniente da Marsiglia, dove si era rifugiato dopo il fallito tentativo rivoluzionario del 1834, giunge in Brasile Giuseppe Garibaldi, che aveva assunto il nome di Giovanni Borel. Ma già prima del suo arrivo l'associazione mazziniana operava in Rio. In quei mesi Luigi Rossetti poteva scrivere in una sua lettera a Mazzini, del 26 gennaio 1836: *... e il solo bel giorno di questo mio penosissimo esilio fu quello, in cui mi si concesse di associare l'oscuro mio nome a quello dei tanti generosi che han giurato la rigenerazione italiana. Ho dato il mio nome alla Giovine Italia e Dio affretti il giorno in cui le possa dare la vita* (4).

Questo generoso proposito di Luigi Rossetti, compagno di Garibaldi nella spedizione corsara del 1837 e nelle lotte per la libertà della Repubblica del Rio Grande del Sud, non poté avverarsi. Quattro anni dopo, egli cadeva in difesa dell'indipendenza di altro Paese, profondamente compianto da Garibaldi che così lo ricorda nelle sue *Memorie*: *Caduto da*

*cavallo, ferito, le (sic) fu imposto d'arrendersi. Egli rispose a sciabolate, e vendé caramente una vita ben preziosa per l'Italia* (5). Segue una appassionata evocazione del coraggio italiano in terra straniera.

Ma in Brasile molti erano i generosi che lottavano e lavoravano in attesa del richiamo della Patria. Numerosi erano i profughi del 1821, 1831, 1834 ed intensa era la propaganda rivoluzionaria e repubblicana. Viveva in Brasile il Conte Livio Zambeccari che Garibaldi, nei primi mesi del suo soggiorno in Rio poté visitare nelle prigioni imperiali ove trovavasi, essendo stato catturato in una azione bellica contro i ribelli riograndesi. Era nato a Bologna nel 1802, aveva militato nella Carboneria e dopo i moti napoletani del 1821 cui aveva partecipato, era andato esule in Spagna. Nel 1826 si era trasferito nell'America del Sud, in Uruguay, in Argentina e, poi, in Brasile, nel Rio Grande, dove partecipò attivamente, influenzandolo, al movimento spirituale che sosteneva le idee di libertà e di progresso da cui era scaturito il moto rivoluzionario ed indipendentistico contro l'Impero del Brasile. Lo Zambeccari, tornato in Italia, partecipò attivamente alle lotte del Risorgimento. Combattè, al comando di un Corpo di volontari detto dei Cacciatori del Reno nella Prima Guerra di Indipendenza e, per incarico ricevuto dal triumviro Mazzini, tenne, nel 1849, il comando del forte e della piazza di Ancona. Esule in Grecia, tornò in Italia, chiamato da Garibaldi, nel 1860. Si spense a Bologna nel 1862.

Nell'Archivio Segreto Vaticano è conservato un importantissimo documento che è stato dato alla luce dal Sacerdoti (6). Il Cav. Gennaro Merolla, Console Generale del Regno delle Due Sicilie presso il Governo Imperiale, aveva comunicato all'Avv. Scipione Domenico Fabbrini, Inviato d'Affari della Santa Sede, che a sua volta ne informa la Segreteria di Stato del Governo Pontificio, alcune notizie riservate che si riferivano alle attività degli "individui addetti alla Congrega della Giovine Italia in Rio de Janeiro". Il rapporto, del 13 maggio 1838, è accompagnato da uno statino che ci offre particolari molto interessanti sugli individui sospetti di appartenere alla organizzazione mazziniana e ritenuti, pertanto, pericolosi. Essi sono: Gio. Batta Cuneo, genovese, soprannominato Farinata degli Uberti, che trovavasi, in quel tempo, a Montevideo, Orazio Messeri, di Napoli, Giacomo Cris, indicato come comandante della barca pirata denominata "Mazzini", Teresani, comandante della barca "Giovane Europa", Vincenzo Raimondi che sosteneva di avere servito nelle armate napoleoniche, Michele Lando che era stato uno dei redattori de "La Giovine Italia" di Rio, Belgrano, medico genovese, Vincenzo Andreini, dentista romano, Luigi Vaccari e Giuseppe Crocco, musicisti. Garibaldi, che è indicato con il soprannome di Borel, risulta in detto elenco come comandante del "Pirata Mazzini". Ciascun nome è illustrato da osservazioni che ci offrono dati significativi sulla personalità dell'"individuo", 10 su 18 indiziati sono genovesi. Come "Capo della Congrega di Rio" è indicato G. B. Cuneo che è uno dei liberali italiani più noti che vissero in quegli anni in Sud America. Fu attivo corrispondente di Mazzini, di cui condivise il pensiero politico e compagno di Garibaldi nelle imprese latinoamericane. Nato ad Oneglia nel 1809, il Cuneo aveva partecipato alle cospirazioni mazziniane nel 1839. Colpito da mandato di cattura, cercò scampo nell'America Latina, in Brasile prima, poi in Uruguay dove lo vediamo implicato nella spedizione corsara di Garibaldi, come è dimostrato da un documento inedito che chi scrive pubblicherà prossimamente. Fu in Montevideo Presidente della "Comision encargada de la Legión Italiana" che era un organo della collettività che doveva procurare mezzi ed assistenza alla Legione Italiana, ai legionari ed alle loro famiglie. Fu il massimo esponente del giornalismo liberale italiano nei paesi latinoamericani. Ricordiamo alcuni titoli di giornali da lui fondati nei tre Paesi in cui visse: "La Giovine Italia", di Rio de Janeiro (1836), "L'Italiano" (1841—42) ed "Il legionario" (1844—46), di Montevideo, "La Legione agricola" (1856), di

Buenos Aires. La complessa personalità di G. B. Cuneo, giornalista, agitatore, uomo politico non è stata ancora convenientemente studiata. Come è noto, il Cuneo tornato più volte in Italia, partecipò attivamente alla vita politica italiana prima e dopo l'unificazione nazionale. Gli si attribuisce il merito (ma egli non ne fa cenno nella sua *Storia di Garibaldi*) di avere iniziato a Taganrog, sul Mar Nero, alla "Giovine Italia" il suo grande compagno di fede rivoluzionaria.

Venti anni dopo nella lettera VCCV, dell'8 novembre 1858, inviata a Giambattista Cuneo, allora a Buenos Aires (7), Mazzini dà le direttive perché sia ricostituito il Partito d'Azione con la formazione dei quadri ed indica i migliori fra gli italiani di cui ha memoria: *In Rio de Janeiro scrissi ad Amico, che conoscete: ripose l'altr'ieri accettando di occuparsi del Giornale e del Fondo d'Azione. Dovreste porvi in contatto con esso. E se avete amicizia suggerirgli, anche da parte mia, ch'ei cercasse accentrarsi attorno un Serafino Andreoni, un Francesco Marcaccio, napoletano, un Alessandro Sora, bresciano, un Giudice scultore genovese. Erano buoni un tempo; ora non so ma bisognerebbe verificare. Rio de Janeiro dovrebbe intendersi con Bahia, dove non foss'altro è una Compagnia lirica composta in parte d'esuli dai quali forse potrebbe trarsi un po' d'aiuto.*

Dal Brasile partirà, nel 1837, il primo grido di guerra che è preparatorio del tirocinio d'armi che, in terra sudamericana, dovrà svolgere, nel corso di oltre dieci anni, colui che meritatamente fu chiamato l'Eroe dei due mondi.

### GARIBALDI IN SUD AMERICA

Un vasto capitolo della storia degli esuli e patrioti italiani nel mondo latinoamericano è collegato con le imprese e la personalità eccezionale di Giuseppe Garibaldi. Vasto, sia per la somma degli interessi spirituali che ad esso fanno capo, sia per il gran numero di individui, italiani in gran parte, che si avvicendano intorno alla figura di Garibaldi ed alle sue gesta latinoamericane che vanno ininterrottamente dal gennaio 1836 all'aprile 1848 e, poi, agli anni 1851—1853, in cui visse saltuariamente in Perù.

Basta seguire le *Memorie* redatte dallo stesso protagonista degli eventi (8) arricchendo le notizie in esse raccolte con nomi e particolari acquisti agli studi storici o risultanti da documenti tuttora inediti.

Fra gli italiani che furono vicini a Garibaldi nelle sue imprese, prima quale corsaro al comando della nave "Mazzini" e, poi, quale combattente in difesa della Repubblica del Rio Grande del Sud insorta contro l'Impero del Brasile, ricordiamo Luigi Rossetti, giornalista e soldato, già citato, che lo accompagnò nella spedizione corsara che ebbe inizio dal porto di Rio de Janeiro il 7 maggio 1837 e terminò con l'arrivo a Gualeguay (territorio argentino della provincia entrerriana) il 27 giugno dello stesso anno. Poi seguono gli eventi ben noti della prigionia, della fuga, della cattura.

Garibaldi (p. 43) cita alcuni nomi di italiani che costituivano il piccolo equipaggio della nave corsara; altri nomi li desumiamo da alcuni documenti inediti che saranno pubblicati prossimamente da chi scrive. Ma si tratta di nomi, che ci dicono poco in genere, di marinai liguri, sardi, maltesi. Cito soltanto quelli di Fiorentino, isolano della Maddalena, morto durante il combattimento fra la nave corsara ed un lancione armato inviato dal Governo uruguayano (15 giugno 1837) e Luigi Carniglia, ligure, caduto dopo alcuni mesi. "Ancora un martire della libertà—esclama Garibaldi—dei tanti italiani destinati a servirla dovunque, fuori dell'infelice loro terra natia!" (Ibid., pp. 45—47). Ed altri nomi di italiani generosi ricorrono in questa straordinaria storia: quello di Domingo Gorlero che aiutò il corsaro a Maldonado (G. non lo cita ma abbiamo testimonianze dell'impegno da lui messo nell'aiutare il connazionale), del

cita ma abbiamo testimonianze dell'impegno da lui messo nell'aiutare il connazionale), del Capitano Ventura, comandante di un Brigantino genovese (pp. 51—52), di Pasquale Carbone, genovese, comandante di una imbarcazione fluviale, di Napoleone Castellani, G. B. Cuneo, Pesente che lo sottraggono alla polizia montevideana, nel viaggio di ritorno in Rio Grande, dopo la liberazione da Gualaguay e di tanti altri.

Fra gli italiani che con lui combatterono per la Repubblica di Rio Grande, Garibaldi cita anche Eduardo Mutru che era stato coinvolto con lui, il 4 febbraio 1834, nei moti di Genova ed era stato costretto a prendere la via dell'esilio, Luigi Carniglia, già citato, Luigi Staderini ed altri che furono travolti dai flutti nel luglio del 1839, per l'affondamento del lancione "Farroupilha" su cui era imbarcato, anche, Garibaldi Capitano di vascello, comandante della flottiglia della Repubblica riograndense (9). Su 7 italiani, solo il comandante si era salvato. Inutilmente cercò di salvare i compagni rischiando la sua vita. I flutti dell'Oceano non perdonano. Garibaldi rievoca con dolore la morte di Mutru (ibid. pagg. 72—73): "... e chiamai disperatamente! ma invano! il mio amico d'infanzia era rimasto travolto nei gorghi di quell'Oceano, che non aveva temuto di varcare per raggiungermi e per servire la volontà di un popolo. Un altro martire della libertà italiana, privo di un sasso, che segni dove furon sepolte le sue ossa nelle arene del nuovo mondo!".

--- \* ---

La storia degli italiani patrioti in Sud America si articola attraverso due ben distinte direttive. E la storia di quelli che avevano provato quanto fosse difficile potere amare, nel suolo nazionale, la Patria ed avevano combattuto, avevano lottato per essa soffrendo, spesso, carcere, persecuzioni ed esilio; ma è anche la storia degli italiani i quali si avviano all'estero come emigranti e, in terra straniera, a contatto con un ambiente più propizio, o perché sono mutate le circostanze, o perché matura in essi, con la nostalgia e con gli anni, una sensibilità più profonda, sentono l'esigenza di contribuire al riscatto della Patria dalla servitù nostrana e straniera.

Fra gli italiani innumeri che vivono in terre latinoamericane, in particolar modo nei Paesi bagnati dalle acque dell'Atlantico, dove l'emigrazione è più fiorente, si manifestano più profondamente i riflessi e le voci della politica italiana, si elevano gridi di malcontento, si partecipa, in una parola, più intensamente alle fortune ed ai travagli della madrepatria.

Non è estraneo a queste aspirazioni l'esempio di un Paese che prima di noi aveva conquistato la libertà. Le repubbliche latinoamericane si erano, in genere, liberate dalla dominazione coloniale anche se, negli anni cui ci riferiamo, alcune di esse non avevano ancora trovato un assetto politico stabile e non potessero contare su una forma di governo democratico.

Io ritengo che bisogna cercare in due grandi fonti di ispirazione la spinta energetica che muove forti aliquote di emigranti e li spinge a contribuire con la spada e col danaro, creando l'opinione pubblica, ad accelerare il giorno in cui la Patria sarebbe stata una, libera ed indipendente: esse sono costituite dalla fama e dal prestigio che avvolgono la figura di Garibaldi e dalla predicazione di Mazzini che fa sentire i suoi effetti in tutto il Continente. Certo trattasi di iniziative non pienamente coordinate, diremo un po' caotiche che fanno capo per gli Stati Uniti d'America, in particolar modo, al Foresti, reduce dalle prigioni dello Spielberg e per gli Stati latinamericani a G. B. Cuneo.

La figura di Garibaldi suggestiona e trascina, commuove ed esalta la parte più umile della nostra emigrazione che vede in lui il prototipo, il simbolo più perfetto dell'italiano all'estero,

suo pane, l'uomo che vive in modestia ed umiltà pago di lottare e di vincere per aderire ad un superiore ideale di vita e di azione. La figura di Garibaldi trascina le masse; anche in Sud America passerà alla storia ed alla leggenda e sarà tema di canti popolari.

E la figura di un condottiero di uomini, che può meglio colpire la sensibilità di masse talvolta non preparate più quanto non lo potessero tanti altri uomini che efficacemente contribuirono a risolvere i problemi italiani.

Cleombroto (tale era il nome di guerra di Garibaldi nella flotta sarda), umile marinaio, sfuggito, nel 1834, alla forza sabauda, matura in terra latinoamericana forza ed animo per tornare in Patria a combattere per la monarchia sabauda.

Le vicende più significative di Garibaldi nel periodo latinoamericano sono quelle svoltesi in Uruguay fra il 1842 ed il 1848: dalla drammatica spedizione navale lungo le coste del Rio Paraná (1842) alla spedizione lungo le rive del Rio Uruguay (1845) che dovrà concludersi gloriosamente sui piani di Sant'Antonio, nei pressi di Salto, l'8 febbraio 1846. Gesta veramente straordinarie che dimostrano nel protagonista qualità eccezionali di combattente e di stratega ma rivelano anche di che tempra fossero i soldati che Garibaldi guidava nella guerra e conduceva all'assalto.

Erano italiani quasi tutti combattenti della "Legione Italiana di Montevideo" costituitasi, nell'aprile del 1843, in difesa della Repubblica Orientale dell'Uruguay minacciata dalle forze dell'Ex Presidente della Repubblica, Generale Manuel Oribe appoggiato dalle forze terrestri e navali del Dittatore della Provincia di Buenos Aires Juan Manuel Rosas.

Basta scorrere gli elenchi degli ufficiali che componevano i primi reparti, basta esaminare gli elenchi dei combattenti e dei caduti di Salto. A seguito del combattimento di Sant'Antonio, come è noto, Garibaldi e i suoi legionari erano dichiarati benemeriti della Repubblica e fu concesso alla Legione l'alto onore di sfilare in testa alle truppe nelle parate militari.

Ma sono gesta ben note su cui non possiamo soffermarci in questa sede.

Fra i compagni che seguirono Garibaldi troviamo molti nomi di patrioti e di combattenti noti ed ignoti, ricordati e non nelle *Memorie*. Citiamo fra i liberali italiani residenti in Montevideo David Vaccarezza cui si riferisce il Mazzini in alcune lettere del suo *Epistolario* (10), Paolo Antonini, che aveva appartenuto alla "Giovine Italia" e Stefano Antonini che è citato spesso nell'epistolario mazziniano. Raccolse una grande fortuna in Sud America e generoso come era, sostenne parte del peso finanziario della "Guerra Grande", tanto che lo troviamo alla fine di essa in triste situazione economica. Fu largo di aiuti, anche, agli italiani e contribuì all'armamento del brigantino sardo "Bifronte" che, ribattezzato con il nome di "Speranza", avrebbe portato in Patria salpando da Montevideo, il 5 aprile 1848, Garibaldi e 63 suoi compagni. Alla famiglia degli Antonini apparteneva anche José Matteo che avrebbe assolto, da Genova, a un compito di grande responsabilità affidatogli dal Governo della Repubblica Uruguiana, quello di mobilitare mille reduci delle battaglie italiane che avrebbero dovuto costituire nuclei per colonie militari formate da combattenti per la guerra e di agricoltori per la pace che si riteneva imminente.

Vedasi nel fascicolo di questa rivista dedicato all'Italia nei suoi rapporti con il mondo latinoamericano la riproduzione fotografica di un elenco comprendente 103 nomini di ex combattenti che formavano un primo nucleo di una spedizione che doveva essere avviata verso l'Uruguay (11).

Con la Legione Italiana di Montevideo combatterono numerosi italiani che, poi, sarebbero tornati in Italia per offrire la loro spada per la libertà d'Italia.

Navigavano sulla "Speranza", volti lo sguardo alle imminenti vicende d'Italia, il tenente

colonnello Francesco Anzani, i maggiori Giuseppe Marrocchetti, Angelo Pigurina e Tommaso Rizzo, i capitani Paolo Ramorino, Raffaele Coccelli, Giacomo Minuto (detto Brusco), Ignacio Bueno (uruguayano), Montaldi, Parodi, il tenente Gaetano Sacchi (che, poi, raggiunse nell'esercito italiano il grado di generale), l'aiutante maggiore Bernardo Peralta, l'aiutante di campo Cogliolo (detto Leggero), il prode assistente negro Andrea Aguiar, Levré di Milano, Giuseppe Maestri, Carbone (o Carbonin come lo chiama il Pigurina), Anselmo Acosta (negro uruguayano), Casanova, Cambarin, Lamberti, Misalla, Pietro Miranda, Nani, Rigoni, Recheni, Tottaro, Zapetto, non meglio identificati (12).

Il capitano Giovanni Medici, che, poi, raggiunse il grado di generale, era tornato in Italia, dall'Uruguay (ove era giunto con una missione affidatagli da Mazzini) prima del gruppo dei 63 reduci di Montevideo.

I nomi dei vecchi compagni di Garibaldi che lo avevano seguito nelle campagne uruguayane ed erano tornati con lui in Patria, ricorrono spesso nelle *Memorie*.

Basterebbero questi nomi di combattenti rotti a tutte le fatiche, avvezzi a tutte le arti della guerra e della guerriglia per dimostrare quanto grande sia stato il contributo dato dagli italiani viventi in Paesi del Sud America al Risorgimento d'Italia. Accanto ai nomi degli italiani, ho voluto citare anche alcuni nomi di uruguayani che seguirono l'Eroe di Sant'Antonio.

Purtroppo, a Nizza il prode Anzani, già combattente delle guerre di indipendenza di Grecia e di Spagna e Vice Comandante della Legione Italia a di Montevideo era giunto allo stremo delle sue forze; volle essere trasportato a Genova ove morì, il 5 luglio, nella casa del pittore Gaetano Gallino che era stato, in Montevideo, compagno di Garibaldi. Grande fu il dolore dei legionari. Anzani fu sepolto ad Alzate, nella tomba dei suoi padri.

L'avanguardia eroica di una schiera numerosissima di italiani all'estero che per tutte le guerre e le rivoluzioni accorse al richiamo della Patria, dal 1848 al 1915, cominciò ben presto ad essere decimata e dispersa.

Il Capitano Montaldi morì, il 30 aprile 1849, nel primo scontro contro le truppe di Oudinot, sotto Porta Cavalleggeri. Garibaldi, nelle sue *Memorie*, lo paragona a Goffredo Mameli e al capitano Cristoforis e ne rievoca il sangue freddo ed il valore.

Il maggiore Tommaso Rizzo cadeva ucciso in duello da un commilitone durante la marcia di trasferimento dei volontari garibaldini che accorrevano alla difesa di Roma (8 dicembre 1848); l'aiutante maggiore Bernardo Peralta cadeva, il 3 giugno 1849, nei pressi del Casino dei Quattro Venti e, nello stesso giorno che vide morti alcuni fra i più noti combattenti della libertà italiana, quali Daverio, Masina, Enrico Dandolo e gravemente feriti Nino Bixio e Goffredo Mameli, cadeva il capitano Paolo Ramorino da Mondoivì che, come 1° tenente, aveva combattuto eroicamente a Sant'Antonio dove era stato ferito da una pallottola alla testa.

L'ultimo dei combattenti di Montevideo caduto sugli spalti di Roma fu il capitano di cavalleria Giacomo Minuto, detto Brusco che, come scrisse Garibaldi (*ibid.*, pp. 159—160), ferito al petto da una pallottola francese, morì "in conseguenza d'essersi stracciato le fascie della ferita alla notizia dell'entrata dei soldati di Bonaparte".

Non è meraviglia se di una schiera siffatta pochi siano rimasti i superstiti dopo mesi di aspre lotte e di continuo pericolo.

Garibaldi lamenta la mancanza di questi valorosi ufficiali, quando intraprende la ritirata: "... La maggior parte dei migliori ufficiali mi mancava, morti o feriti...". Di quelli che rimanevano accanto a lui ne ricorda cinque (pag. 298) di cui tre (Marrocchetti, Sacchi, Coccelli) reduci di Montevideo. Seguirono Garibaldi nella ritirata anche, Giuseppe De Maestri, Leggero, Parodi, Levré, Bueno ed alcuni altri.

Giuseppe Marrocchetti, allora capitano, era stato ferito a Sant'Antonio ove comandava la II Compagnia della Legione Italiana; combatté in Italia alla Beccaccia, il 15 agosto 1848 e, col grado di colonnello alla difesa di Roma. Era con Garibaldi nel 1859. E chiamato "prode" per il suo eroico comportamento.

A Raffaele Coccelli si deve l'inno del legionario. Garibaldi scrive nelle sue *Memorie*: "Un inno patrio, composto e messo in musica dal nostro Coccelli, era la preghiera di tutte le sere. Noi lo cantavamo in crocchio sulla tolda della "Speranza". Intonato da Coccelli era accompagnato e ripetuto, da sessanta voci, con entusiasmo sommo".

Forse trattasi dell'inno dal titolo "Canto Legionario Italiano", di cui il testo è stato trovato da chi scrive nello "Archivo General de la Nación" di Montevideo (13).

E un inno povero nella versificazione, ma facilmente orecchiabile. Ne riporto alcune strofe che indicano sentimenti ed emozioni propri di combattenti che dopo avere lottato in altra terra, anelano al ritorno per lottare per la libertà della loro Patria. La prima strofa dice: "Un altro è il nostro sole/ Altra è la nostra terra:/ Ma dei tiranni in odio/ Noi qui facciam la guerra..."; la quinta strofa dice: "Ed alle pugne intanto/ Le destre avvezzeremo/ Poi quando Italia chiami/ Meglio armeggiar sapremo...".

Coccelli combatté valorosamente alla Beccaccia, fu ferito a Morazzone, poi seguì Garibaldi alla difesa di Roma. Seguì il capo, che ha per lui parole di vivo elogio (14), nella ritirata e nell'esilio.

Giuseppe De Maestri, mutilato di un braccio nello scontro di Morazzone, combatté valorosamente a Roma, Palestrina, Velletri. Congedato a San Marino fu catturato dagli austriaci che lo sottoposero ad atroce bastonatura. Nella ritirata verso la Romagna, dopo che i resti dell'esercito, che aveva combattuto a Roma erano stati disciolti a San Marino, altri vecchi compagni affrontano un ben triste destino: il capitano Parodi fu fucilato dagli austriaci con un gruppo di 9 fuggiaschi fra cui si trovavano Ciceruacchio ed i figli; Levré fu fucilato con Ugo Bassi; i capitani Ignacio Bueno (15), Gaetano Sacchi, Raffaele Coccelli, l'aiutante di campo Coggiolo seguirono fino all'ultimo Garibaldi; i due ultimi fino a Tangeri.

Coccelli morì giovanissimo, in questa città, colpito alla testa dal sole africano. Era entrato "bambino" nella Legione come scrive Garibaldi nelle sue *Memorie* ed aveva suonato la tromba nelle temibili cariche della Legione.

Per tutti i suoi compagni di Montevideo, che formarono il nucleo più agguerrito e compatto della prima Legione Italiana che combatté nella campagna del 1848, il Comandante ha parole di vivo elogio. Riferendosi alla difesa di Roma, scrive: "... e tutti i miei compagni di Montevideo sostennero la loro riputazione di bravura, sì giustamente acquistata... (op. cit., pp. 284—285); e, più oltre, riferendosi alla battaglia di Velletri ed al coraggioso comportamento di Marrocchetti, divenuto colonnello comandante della Legione Italiana, già comandata dal Sacchi, osserva che questa era a lui "specialmente attaccata sin dal principio della sua formazione e composta per la maggior parte de' miei vecchi fratelli d'armi".

Desidero, per concludere, riferimi, sulla traccia di un memoriale tuttora inedito che ci offre dati di notevole interesse, ad uno dei vecchi compagni di Montevideo, che non poté seguire Garibaldi oltre Roma in quanto era stato gravemente ferito durante la disperata difesa delle mura di San Pancrazio, negli ultimi giorni della Repubblica Romana (3 giugno 1849). Trattasi del maggiore Angelo Pigurina che, come egli stesso scrisse, fu sostituito, quel giorno, nel comando del suo reparto, dal colonnello uruguayano Ignacio Bueno. Il Pigurina costituisce un caratteristico prototipo di italiano all'estero. Come risulta dal suo memoriale, redatto in lingua spagnola, era nato a Cagliari ed aveva servito giovanissimo, nella marina da guerra sarda, ove

aveva conosciuto Cleombroto. Coinvolto nel tentativo rivoluzionario del 1834, era stato arrestato e rinchiuso nelle prigioni di Sant'Andrea ma, per la sua giovane età e per la mancanza di prove a suo carico, fu condannato a soli tre mesi di carcere. Emigrato a Montevideo, ritrova, nel 1842, Garibaldi che assegna all'antico commilitone il comando di una nave da guerra uruguaiana e, poi, di una Compagnia della Legione Italiana. Il suo nome ricorre spesso nei documenti dell'epoca. Accompagna Garibaldi in Italia e gli è accanto fino agli ultimi giorni della difesa di Roma. L'anno precedente il maggiore Pigurina (Garibaldi lo chiama Pegurini), al comando del secondo corpo dei bersaglieri pavesi, aveva caricato alla baionetta le truppe austriache nei pressi dell'Albergo della Beccaccia, presso Luino (15 agosto 1848). Fra i feriti di quella giornata c'era stato anche l'aiutante maggiore Peralta, della Legione di Montevideo, che avrebbe chiuso in guerra la sua vita a Roma, il 3 giugno 1849.

Il Pigurina rivide Garibaldi nell'Isola della Maddalena ma non gli fu consentito di rimanere accanto a lui nell'esilio. Ritornò ben presto, per consiglio di Garibaldi, a Montevideo. A questo periodo si riferiscono i due documenti che qui si pubblicano, del 27 novembre 1858, a firma di Garibaldi. Particolarmente importante la lettera in cui c'è il preannuncio di un mutamento nei destini della Patria: "... Io maneggio la vanga tra i deserti dirupi di quest'isola —e spero tuttora rimaneggiare il fucile e la sciabola...". Nel 1860, il Pigurina ricevette una lettera del suo comandante che lo richiamava in Patria. Ma, povero, con 4 figli a carico, invalido per la ferite riportate a Roma, non poté rispondere all'apello dell'Uomo di Caprera; del che si accora. Il memoriale così conclude: "...e doveti rimanere in Montevideo covando un profondo dolore nel mio cuore e per morire lontano dalla mia cara Patria, lungi dai miei parenti e dai mie amici".

Dei 63 compagni partiti sul Brigantino "Speranza" il 15 aprile 1848, dopo poco più di un anno, pochi erano i superstiti. Molti avevano pagato subito il loro tributo di amore e di riconoscenza verso la Patria che avevano appreso ad amare di più attraverso la calda parola del loro capo.

Per la prima volta, vivendo all'estero, avevano sentito pronunciare con rispetto il nome d'Italia, come realtà presente e viva attraverso il valore dei suoi figli e non come storico cumulo di memorie e di antiche vicende. La prima volta si erano avviati indecisi alla lotta; ma ben presto si erano abituati al combattimento, non avevano temuto il rischio ed avevano costituito la più salda difesa della città assediata; poi avevano onorato il nome d'Italia in cento combattimenti ed avevano consacrato il loro diritto alla gloria in quello di Sant'Antonio dove, come ebbe ad esclamare un prode ufficiale uruguaiano, il maggiore Carballo, la fanteria italiana formata da uomini si era rivelata più solida della batteria di cannoni che difendeva la città di Salto.

Ma già da tempo in Italia si manifestava l'attesa di questo pugno di prodi che avrebbero potuto, con la loro presenza, risolvere le sorti della rivoluzione italiana, affrettandone gli sviluppi.

Un significativo accenno alle speranze che Mazzini riponeva nella Legione Italiana lo abbiamo in una lettera che recentemente chi scrive ha potuto pubblicare integralmente a seguito del ritrovamento dell'autografo in Montevideo. Trattasi della lettera del 14 ottobre 1846, inviata da Londra a Filippo De Boni che trovavasi, allora, a Losanna (16). Nella parte pubblicata da chi scrive, Mazzini comunica: *Da Parigi dovrebbe esservi giunta a quest'ora la collezione dell'Apostolato; e con quello o poco dopo un breve scritto concernente la nostra Legione in Montevideo; forse potrete farne uso nel vostro giornale. Oltre il merito reale dei fatti, giova che il nome di Garibaldi ottenga influenza morale in Italia: io lo conosco; ed è uomo che vuole e potrà, spero, un giorno agire per noi: bensì è bene lodarlo; ma senza la*

*menoma allusione che egli possa avere mai che fare nelle cose italiane.*

Numerose sono le lettere scritte fra il 1846 ed il 1848 in cui c'è la speranza o il preannuncio della partenza imminente di un gruppo di legionari di Montevideo. Ma l'esame di queste lettere ci porterebbe troppo lontano e lo faremo in altra sede (17).

### GLI ITALIANI COMBATTENTI ED ESULI IN SUD AMERICA

Abbiamo, finora, tracciato le fila dell'apporto dato dagli italiani all'estero al Risorgimento d'Italia, apporto che non è soltanto di sangue ma di opinione pubblica, di danaro. Le collettività italiane di Buenos Aires, Lima, Valparaiso, San Paolo, Montevideo parteciparono fervidamente a tutti gli eventi storici che si andavano svolgendo sul suolo della penisola. Le donne di Valparaiso avrebbero offerto ai Mille la bandiera che doveva sventolare sul colle di Calatafimi e le iniziative per la sottoscrizione per l'acquisto di 100 cannoni, per l'acquisto di 10.000 fucili destinati alla prima provincia italiana che sarebbe insorta, per il Prestito nazionale promosso da Mazzini, per l'assistenza ai profughi e rifugiati avrebbero, sempre, visto in primo piano le collettività italiane nel mondo latinoamericano, alcune delle quali molto fiorenti.

All'Italia la collettività italiana in Sud America offriva il grande dono di un uomo, Garibaldi, che le lotte sud-americane avevano preparato e temprato, e di molti valorosi suoi seguaci che lo avrebbero seguito nel combattimento.

Ma occorre, anche, esaminare il processo che si svolge in senso inverso costituito dagli emigranti politici, dagli esuli che si dirigono ai porti di imbarco per cercare rifugio e pace nelle terre latinoamericane. Molti di loro hanno adempiuto al loro dovere e si mimetizzeranno nell'ombra, molti altri, ad esempio il Pigurina, lotteranno in terra straniera, torneranno in Italia e, poi, ritorneranno nella seconda Patria di elezione.

Per molti Paesi latinoamericani non disponiamo di una documentazione sicura e molto spesso i dati giunti fino a noi non sono attendibili, per difetto o per eccesso. Nei periodi di travaglio storico molti millantano meriti di perseguitato politico, molto spesso, anche, i delinquenti comuni mentre molti che avevano effettivamente svolto in Patria attività rivoluzionaria, si mimetizzano nell'ambiente per desiderio di tranquillità o per sfuggire, anche, ad impegni di ordine morale assunti nei confronti degli organismi rivoluzionari ispiratori della loro condotta politica in Patria.

Numerosissimi emigranti comuni, invece, si immettono nella lotta politica perché la vita all'estero sensibilizza ed acutizza il loro interesse verso le vicende patrie.

Diamo, pertanto, alcuni rapidi dati sull'emigrazione politica in alcuni Paesi sudamericani avvertendo che lo facciamo non senza una certa apprensione, in quanto non siamo confortati nella nostra indagine da ricerche esaurienti svoltesi nei fondi archivistici italiani e dei vari Paesi latinoamericani.

Per quanto si riferisce al Brasile è di imminente pubblicazione una storia organica dell'emigrazione italiana, di oltre 800 pagine, dovuta a Franco Cenni che colmerà parecchie lacune; per l'Argentina molti dati sull'emigrazione politica ci sono forniti dalle opere di Niccolò Cuneo (18), e del Sergi (19) nonché da altri numerosi studi che si riferiscono a singoli episodi o a personaggi. Molti ed importanti dati ci vengono forniti dalla stampa quotidiana e periodica degli ultimi 100 anni; ma ancora una ricerca sistematica non è stata fatta per utilizzare le preziose fonti di archivio che, per la parte italiana, sono ancora in gran parte inesplorate. Alcuni anni or sono (1955), chi scrive si fece promotore, con altri studiosi, della fondazione di un "Centro de investigaciones históricas italo-argentinas" che aveva il compito di svolgere indagini storiche, allo scopo, anche, di compilare uno schedario degli italiani esuli e

combattenti delle guerre di indipendenza che erano giunti in Argentina. Ma detto "Centro" non è riuscito, ancora, a compiere un lavoro apprezzabile. Per l'Uruguay, ove prossimamente sarà costituito un Comitato dell'Istituto Italiano per la Storia del Risorgimento, è stato compiuto, promosso da chi scrive, un lavoro di notevole portata e sono stati reperiti in archivi pubblici e privati, preziosi documenti che si riferiscono a personaggi ed eventi del nostro Risorgimento, fra l'altro oltre 200 lettere, in gran parte inedite, di Garibaldi, che saranno prossimamente pubblicate in Italia, a cura della nuova Commissione Nazionale per l'edizione degli scritti di Garibaldi, presieduta dal Prof. A. M. Ghisalberti, e numerosi altri documenti interessanti la storia degli italiani in Uruguay.

Per altri Paesi soccorrono studi di varia portata ed interesse che saranno citati nel corso della trattazione.

### IL REPERIMENTO DI DOCUMENTI

Neil Paesi del Río de la Plata si rivela, inoltre, un fenomeno che è oltremodo interessante e che riteniamo si possa verificare anche negli altri Paesi latinoamericani. Con le masse umane giunte dal suolo della Penisola giungono, anche, da esse portate, le testimonianze di un periodo che è sacro alla storia d'Italia.

Tutto quello che si riferisce alla storia del sec. XIX, opere d'arte, monili, divise, monete, cimeli, armi, documenti è giunto in questi Paesi portato dagli emigranti che lo consideravano elemento essenziale della loro vita, anche in terra straniera. Le medaglie commemorative e al valore, documenti di notevole importanza, con il volgere delle generazioni passano di mano in mano e spesso diventano oggetto di mercato. Non è difficile trovare nei negozi specializzati di Buenos Aires o di Montevideo medaglie, monete attaverso cui può essere seguito lo sviluppo storico del nostro Risorgimento, così come in molte case sud-americane trovansi tuttora cimeli, divise, ricordi che si riferiscono al nostro Ottocento.

Per quanto si riferisce ai documenti, chi scrive ha diretta conoscenza di due importanti ritrovamenti di autografi mazziniani avvenuti dal dopoguerra ai nostri giorni: il primo permise, nel 1943, il recupero di 30 lettere inviate da Mazzini al patriota siciliano Giuseppe Riccioli Romano fra gli anni 1864 e 1872 (20); il secondo il reperimento di 98 lettere inviate, fra gli anni 1846—1863 al noto giornalista repubblicano Filippo De Boni, a Bartolomeo Odicini, noto patriota residente in Montevideo, ad Aurelio Saffi, a Carlo Bellerio, a Stanislao Bonamici e a Giovanni Grilenzoni. Queste lettere in corso di pubblicazione (21) con altri documenti autografi di Giuseppe Garibaldi, Atto Vannucci, Alberto e Jessie Mario, Giovanni Nicotera, Francesco Crispi, G.D. Guerrazzi, Angelo Brofferio, Antonio Mordini, Luigi Miceli, Federico Campanella, L. A. Melegari, Giosuè Carducci ed altri, furono portate in Uruguay dall'Odicini e passarono, poi, nelle mani dell'Architetto Eugenio Baroffio, Presidente per molti anni del comitato montevideano della "Dante Alighieri" e alla morte di questi, appassionato studioso di cose italiane, nelle mani del figlio Avv. Eugenio che ne ha permesso la pubblicazione. Con gesto esemplare il predetto ha messo a disposizione della collettività italiana tre autografi mazziniani perché fossero offerti al Presidente Gronchi, durante la sua visita in Uruguay. Gesto che acquista particolare risalto e valore nell'anno in cui si celebra in tutto il mondo il 1° Centenario dell'Unità d'Italia. Le lettere di Mazzini e di altri patrioti che lottarono e soffersero per l'indipendenza d'Italia saranno conservate, molto probabilmente, nell'istituendo "Museo Garibaldi" che sarà fondato nella stessa casa in cui Garibaldi, Anita ed i figlioli vissero poveramente per alcuni anni della loro vita.

Di Odicini, che portò le lettere in Uruguay, occorre dire che fu medico e storico della

Di Odicini, che portò le lettere in Uruguay, occorre dire che fu medico e storico della Legione Italiana di Montevideo e, che tornato in Italia per alcuni anni, mantenne diretti contatti con numerosi esponenti delle correnti liberali.

Molti altri ritrovamenti di grande interesse per la storia d'Italia potrebbero essere fatti nei Paesi latinoamericani qualora fossero svolte opportune indagini da parte di enti e persone interessati alla storia ed alla vita italiane.

--- \* ---

In questa rapida rassegna mi limiterò a citare alcuni nomi di patrioti italiani che, giunti in questi Paesi, diedero ad essi l'apporto della loro esperienza.

Sulla storia degli italiani durante la dittatura di Rosas si rimanda il lettore agli studi già citati di Maria Avetta e del Weiss.

Da calcoli approssimativi risulta che, nel 1838, i sudditi sardi stabiliti in Argentina erano oltre 8.000 e di essi più di 3.000 erano dediti alla navigazione e commercio di cabotaggio che trovavansi quasi esclusivamente nelle loro mani (22). Ma nello stesso anno soltanto 326 erano i sudditi del Regno di Sardegna iscritti nel registro del Consolato (23). Numerosi fra i genovesi erano i mazzianini e i liberali e la propaganda rivoluzionaria si faceva sentire più fortemente dopo i fatti del '21 e del '31.

Citiamo alcuni nomi di esuli desunti dalle opere già citate del Cuneo e del Sergi.

Dopo i moti del 1821 emigrarono in Argentina alcuni intellettuali insigni.

Pietro Carta Molina, coinvolto nei moti piemontesi e promotore dell'azione rivoluzionaria di San Salvario, condannato a morte in contumacia, era passato in Spagna e, poi, invitato da Rivadavia, in Argentina, ove promosse le attività scientifiche ed occupò la cattedra di fisica sperimentale presso l'Università da poco costituita. Con lui si trasferì a Buenos Aires Carlos Ferraris che aveva partecipato alle stesse azioni rivoluzionarie per cui gli era stata inflitta una condanna a quindici anni di galera. Il Ferraris organizzò in Argentina un Museo di storia naturale. Profugo politico era, anche, il savoiaro Carlo Enrico Pellegrini, che aveva seguito il Carta a San Salvario e ad Alessandria. Nominato Ingegnere del Municipio bonairense, costruì numerose opere pubbliche e diresse lavori di urbanistica.

Condannato a morte con gli stessi capi d'accusa formulati contro il Carta era stato, anche, Cristiano Vanni, avvocato in Torino. Si occupò in Argentina di attività commerciali. Occorre includere fra i profughi politici anche il notissimo Pietro De Angelis, figura molto discussa, nato a Napoli nel 1874 il quale, scoppiati i moti napoletani del 1820, era stato nominato Segretario di Legazione a Pietroburgo. Di lui e della sua famiglia si occupò il Croce nel suo saggio su *Una famiglia di patrioti*, pubblicato nel 1927. Il De Angelis giunse in Argentina nel 1827 e partecipò attivamente alle attività culturali e giornalistiche del Paese. Passò ben presto al servizio di Rosas. Vedansi al riguardo gli studi del Weiss (24) e di Reguera Sierra (25). Il De Angelis contribuì molto a fare conoscere meglio il pensiero filosofico e politico italiano del tempo ed esercitò notevole influsso sugli studi argentini.

Orma profonda della sua preparazione e del suo ingegno lasciò in Argentina dove giunse, come profugo politico, nel 1827, il novarese Ottaviano Fabrizio Mossotti. Laureatosi a Pavia, nel 1811, in fisica matematica e, dal 1813 al 1823, assistente all'Osservatorio astronomico di Brera. Sulla sua multiforme attività come astronomo in Argentina, vedasi il saggio di Pasquale Sconzo (26). Dopo l'unificazione italiana tornò in Patria e fu nominato senatore.

Anni difficili si preparavano per gli italiani in Argentina sotto la dittatura di Rosas, tanto

sponda dell'Uruguay ove la Legione Italiana di Garibaldi, che lottava contro le forze terrestri e navali di Rosas e dell' Ex Presidente uruguaiano Manuel Oribe, aveva acquistato meritato prestigio.

Dopo il crollo di Rosas, cominciano ad affluire nuove masse di emigranti e fra essi numerosissimi sono gli esuli. Mazzini riannoda la sua propaganda rivoluzionaria fra gli italiani che vivevano nel Sud America. Dopo la grave delusione subita con Garibaldi che, già fin dal 1848, non si rivelava ligio ai postulati rivoluzionari che avevano orientato la "Giovine Italia", Mazzini volge ancora una volta le sue speranze verso il Rio de la Plata dove pare che spunti un nuovo Capo che avrebbe potuto assumere l'eredità militare di Garibaldi ed avrebbe, forse, potuto portare a termine, con apporto sostanziale di uomini e di esperienze, il processo storico dell'indipendenza nazionale.

Quest'uomo era Silvino Oliveri, chietino, che aveva combattuto valorosamente nel Tirolo e nel Trentino con Manara nel 1848 e, nel 1849, in difesa della Repubblica di Venezia. Dopo l'armistizio Salasco, si era rifugiato a Londra dove aveva conosciuto Mazzini; poi era partito per Montevideo e, caduto Rosas, si era trasferito in Argentina, ove, in difesa del Governo di Buenos Aires, aveva costituito una Legione Italiana che aveva combattuto contro il tiranno Urquiza. Pareva che la Legione di Buenos Aires dovesse emulare le vicende di quella di Montevideo. Ad essa era stato attribuito, dopo alcuni scontri accaniti in cui erano morti parecchi legionari, l'attributo di "Legión valiente".

Nel 1853, l'Olivieri era tornato in Italia per partecipare ai moti rivoluzionari ma era stato arrestato dalla polizia pontificia; accusato d'alto tradimento, fu condannato a quindici anni di galera. In detto processo fu condannato a morte il noto mazziniano Giuseppe Petroni; ma poi la condanna fu commutata nel carcere a vita. L'Olivieri fu liberato ben presto in quanto furono fatti valere presso il Governo Pontificio e la cittadinanza argentina e le benemeritenze acquisite a Buenos Aires. Tornato in Argentina nel 1855, l'Olivieri organizzava la famosa Legione agricola militare di Bahia Blanca, validamente appoggiato dal mazziniano Filippo Caronti, già esule in Svizzera, che continuò l'opera dell'Olivieri quando questi venne a morte, trucidato da alcuni legionari insoddisfatti della ferrea disciplina che voleva instaurare.

Molto si è scritto sull'Olivieri. Chi scrive ha avuto la possibilità di consultare importantissimo materiale d'archivio. Ma ci è impossibile fermarci in questa sede su questo complesso fenomeno caratteristico dell'emigrazione italiana nel Rio de la Plata.

La storia dell'emigrazione italiana organizzata per esigenze di carattere militare non è stata ancora scritta. A titolo di curiosità, ricordo che, nel settembre 1849, quando Garibaldi, dopo la drammatica ritirata che seguì al crollo della resistenza a Roma, riuscì a raggiungere Genova, il Ministro degli Interni del Governo Sardo, P.D. Pinelli, telegrafava a La Marmora che Garibaldi fosse mandato in America, se vi consentiva, e che in caso contrario fosse tenuto agli arresti. Garibaldi rispose che era per lui impossibile tornare in Uruguay in quanto erano mutate, rispetto all'anno precedente, le condizioni politiche di questo Paese. Per cui dovette essere scartata l'idea del Governo Sardo di mettere il generale alla testa di una colonia agricola italiana da crearsi in Montevideo (27). Ma l'idea non era, poi del tutto assurda perché proprio in quegli anni, come documentammo con alcune fotografie pubblicate nel n. 1—22, 1961 de "Il Veltro", già citato, si andavano raccogliendo in Italia soldati mercenari provenienti da vari Corpi operanti nella Penisola che avrebbero dovuto servire in Uruguay per la guerra e per la pace.

Cosa, per altro, che rientrava nei piani del Governo Piemontese che avrebbe favorito qualsivoglia progetto che avesse potuto liberale il territorio nazionale da alcuni fra i più

turbolenti emigrati politici trasferitisi nel Regno di Sardegna (28).

Silvino Olivieri e G. B. Cuneo saranno, dall'agosto 1855, i patrioti a cui Mazzini affida il compito della propaganda politica fra gli emigranti. E dell'8 novembre 1855 la lettera a Silvino Olivieri con cui i due patrioti sono investiti di funzioni politiche e militari ("voi due uniti siete per noi una Unità civile e militare", scriverà nella lettera inviata lo stesso giorno a G. B. Cuneo). E lettera in cui urge la passione di patria ed in cui sono preannunciati, come imminenti, eventi risolutivi. Ne trascrivo il testo (29) per il notevole interesse che esso riveste ai fini del nostro studio: ... *Le cose procedono abbastanza bene. E più sempre probabile che il grido della riscossa esca spontaneo di dove deve. Ma noi dobbiamo provvedere come se non fosse — come se da noi soli dovesse escire la salute del paese. Sempre più mi convinco che se un fatto come quello ideato da noi potesse verificarsi in tempo non lontano, le conseguenze escirebbero innegabili e potenti. Fate dunque d'occuparvene con quella attività prudente e con quella pertinacia, con quella continuità di pensiero che sole operano le grandi cose. Noi possiamo far tanto ch'è vera colpa il non fare. Aspetto un rapporto vostro. Scrivo a Cuneo mandandogli un Potere dei tre per voi due. Studiate il terreno, gli elementi, organizzate; e Dio volesse che poteste un giorno dirmi: son pronto!...*

E il Mazzini incalza. Nella lettera MMMMCCCCXXVIII, dell'8 aprile 1856, riferendosi alla stampa repubblicana dell'Argentina (cui collaborava, anche, Filippo De Boni, il notissimo giornalista repubblicano), raccomandava che le copie dei giornali che andavano in Italia portassero "il rimprovero degli italiani che vivono nell'America del Sud" (30). Ma già il 9 settembre dell'anno precedente, il Mazzini da Londra aveva dato chiare direttive per il lavoro organizzativo che avrebbe dovuto essere svolto fra gli italiani in Argentina e quasi e con tono secco dichiarava: *Il fratello colonnello Silvino Olivieri è creato organizzatore supremo militare per la Repubblica Argentina degli uomini componenti in essa il Partito d'Azione.*

*Egli opererà di concerto con il Commissario organizzatore G. B. Cuneo secondo le norme che gli sono state trasmesse da noi.* L'8 marzo 1858, in una lettera inviata a G. B. Cuneo che trovavasi, allora, a Buenos Aires, Mazzini, da Londra, ribadiva propositi e speranze e fissava direttive ed orientamenti per le collettività italiane residenti in terra straniera e, in particolar modo, per quelle che vivevano in Sud America (31). Mazzini scrive fra l'altro: ... *Nondimeno in un lavoro che prende proporzioni vaste, è impossibile, anche astenendo dai nostri antichi legami, lasciar fuori i paesi dove siete e i molti Italiani che vi sono e hanno sempre mostrato affetto verso la Patria comune. E m'è impossibile per questo non dirigermi a voi. Doria buonissimo fra i buoni, è comparativamente ignoto fra voi. E voi siete meritamente amato e stimato...*

Il 4 agosto Mazzini insiste ancora una volta in una lettera inviata a G. B. Cuneo sulla necessità di organizzare (32): ... *Dovete inoltre cercare d'impiantare Sezioni in Montevideo, nel Brasile e dovunque potete; più curare la propaganda delle opinioni nostre negli organi del paese tanto che l'eco della nostra fede giunga in Italia da tutte parti. Per attendere a tutte queste cose v'è necessaria, come a noi, come a tutti una divisione di lavoro. Appena avete alcuni affratellati, divideteli in Commissioni: Commissioni di finanza, Commissione d'organizzazione etc. Voi rimanete ordinato e supremo dei lavori. Adamo potrebbe essere a capo della Commissione Finanziaria... Non vi sconsolate d'ostacoli; non v'impaurite del troppo ch'io vi chiedo. Fate quanto potete; ma fatelo in modo organico, concreto... Ditemi le vostre idee sulla Legione: v'è possibilità di trarne partito? per quale via? Consigliatemi, istruitemi...*

L'idea fissa della Legione, cioè di un corpo organizzato di uomini in armi che potesse

salpare dalle coste dell'Atlantico volta alla liberazione d'Italia, ricorre anche dopo la tragica morte di Silvino Olivieri. Mazzini ha fede in Filippo Caronti che aveva assunto il comando della Legione trasformata dopo la morte dell'Olivieri. Nella lettera a Cuneo dell'8 luglio, Mazzini aveva insistito sull'esigenza di organizzare e di raccogliere fondi per la lotta decisiva imminente. Riferendosi alla Legione aveva espresso la speranza che potessero raccogliersi fondi fra i suoi uomini ed aveva concluso con queste parole che sono indicative della funzione morale che era affidata alla propaganda in terra straniera, ma benevola verso le cose italiane: *... L'effetto materiale sarebbe poco; l'effetto morale molto. Tutte le cose procedono metà per fede, metà per emulazione o fascino d'imitazione. Importa che d'ogni dove vada un'eco all'Italia dell'attività dei suoi figli all'estero, per la formazione del Fondo d'Azione...* (33).

In queste lettere sono citati Adamo Doria, già esule a Londra, ed i fratelli Gaetano e Filippo Pezzi, esuli a Genova e imbarcati a forza, nel marzo 1858 sul "Goffredo Mameli", per essere trasportati a Montevideo.

Numerosi altri esuli o patrioti italiani viventi in Argentina sono nominati nella lettera già citata a proposito dei nomi degli italiani che vivevano in Brasile (34).

Trattasi della lettera VCCV, dell'8 novembre 1858, inviata al Cuneo a Buenos Aires che riveste notevole importanza in quanto il Mazzini richiama l'attenzione del Cuneo sull'esigenza di democratizzare sempre di più il partito rivolgendo le sue cure all'elemento operario numerosissimo in Buenos Aires: *... Gli operai sono per istinto repubblicani: elemento giovine, sovrabbondante di vita che non si guida se non con l'azione.* Dopo avere insistito sulla necessità di sottrarre il ceto operario italiano alla nefasta influenza dei demagoghi (quali sono Zambianchi e Pesce), Mazzini indica i seguenti italiani che avrebbero potuto coadiuvare il Cuneo nella sua opera: Andrea Rusca di Como, Virginio Bianchi di Milano, Sangiorgio di Rosario, Doria, già citato, Pasquale e Papiri nel Paraná, Antonio Chiesa, Pellegrino Zerbini, Carlo Righini in Corrientes. Per Montevideo ove, a detta di Mazzini, vivevano 10.000 italiani sono citati Odicini "amato, buono, repubblicano", Luigi Ramondini "tappezziere bolognese, buono ed influente", un Lerici "ligure, buonissimo pure". Ma nel novembre 1858 era imminente la risoluzione delle sorti politiche d'Italia ed era tardiva e lenta l'opera di organizzazione rivoluzionaria. Dopo i grandi eventi del 1842-46 che erano culminati nella partecipazione di un nucleo agguerrito di italiani alle lotte in Italia era subentrato un periodo di stasi e di stanchezza. Ma bastano le parole di Mazzini per scuotere la quiete fra gli emigranti. Ma un'altra legione italiana non varcherà più l'Oceano. In questa stessa lettera riferendosi alla Legione Italiana costituita dall'Olivieri e guidata ora dal Caronti, Mazzini manifesta l'ultima sua tenue speranza: *... Curate la Legione. Or non so che: ma potrà un giorno trarsene qualche cosa d'utile al Paese...*

Potremmo citare numerose altre lettere in cui il grande agitatore genovese lancia il suo appello di là dall'Atlantico attratto dal fascino che proveniva da quelle terre da cui si era levata la voce di Garibaldi e dei suoi compagni. Ma questo accorrere d'uomini in armi, accolto con tanta speranza, aveva lasciato nel suo cuore delusione ed amarezza. Nel volgere di pochi anni il biondo guerriero di Montevideo avrebbe agitato il suo "poncho" nel furore della battaglia per ornare la corona di una Monarchia che li aveva condannati entrambi alla morte!

Animati dai propositi e dalle speranze ribaditi nella predicazione mazziniana, eccitati dai ricordi dei giorni più belli delle rivoluzioni, consapevoli della necessità che le sorti d'Italia mutassero col volgere dei tempi e delle circostanze, i patrioti italiani (intellettuali ed operai) continuavano a sacrificare la loro vita ed affollavano le vie dell'esilio.

Quanti nomi noti e meno noti, quanti sacrifici ignorati e quanto sangue. Cito i nomi di

patrioti esuli ma è arido un elenco che non può essere illustrato dalle vicende e dagli ideali che a ciascun personaggio si riferiscono.

Per l'Argentina, mi limito a citare i seguenti patrioti: Fileno Olivieri, fratello di Silvino, che partecipò alla Impresa dei Mille; Gustavo Minelli, il pittore Giuseppe Della Valle, Giovanni Penna, volontario delle Campagne del '48 e '49, Giuseppe Guerini Greni, Eduardo Clerici, lombardo che combattè, nel 1849, a Roma, Mariano Barilari di Rimini, Antonio Carra, del Ducato di Parma, condannato a morte, il professor Mario Francini (più volte citato nelle lettere di Mazzini), di Fano combattente repubblicano a Roma, Romano Pezzuti Pilloni, combattente di Solferino, Luigi ed Antonio Scappatura, siciliani, Luigi Nicolato, superstite di Villa Glori, Basilio Cittadini combattente di Custoza, Giuseppe Lotti, garibaldino, Luigi Perelli, Scipione Panizza, il garibaldino Giuseppe Fagnano che, poi, abbandonate le armi, si dedicò all'apostolato sacerdotale fra i figli di Don Bosco e lasciò nella Patagonia un'orma incancellabile e tanti altri.

Tanti nomi dicono ben poco se non sono rinsanguati dal ricordo delle opere compiute prima e dopo l'arrivo nella nuova terra prescelta come seconda patria. Ma ci è impossibile farlo in questa sede.

Dal Brasile all'Ecuador, dalla Bolivia al Venezuela, dal Cile al Perù numerosi sono gli esuli italiani.

Mazzini cita molti compagni di fede repubblicana sparsi nelle varie repubbliche sudamericane: primo, fratelli Ignazio ed Antonio Pittaluga, uno dei quali aveva partecipato con i fratelli Pezzi già citati e tanti altri, il 29 giugno 1857, all'assalto del Forte Diamante a Genova per cui erano stati condannati, il primo alla pena di morte ed il secondo a 20 anni di lavori forzati, erano stati inviati in Venezuela ed erano partiti per la Guayra (35); un altro (un altro dei "cinque") non indicato, come risulta dalla stessa lettera, era stato avviato a Lima, un altro, Agostino Castelli, era stato mandato a Cuba ove trovavasi il pittore Enrico Morelli morto in detta isola alla fine del 1857 per un attacco di febbre gialla.

In Perù viveva Emanuele Solari cugino di Mazzini che era andato a cercare fortuna a Lima fin dal giugno 1840 (36). Nel 1853 aveva compiuto un viaggio al Rio de la Plata, come secondo, su un bastimento mercantile (il "San Giovannino") Nino Bixio che, senza dubbio, dovè prendere contatti con i liberali italiani di Buenos Aires e di Montevideo (37).

Per quanto si riferisce al Perù troviamo utili dati in uno studio del Guêze apparso recentemente (38) ed in un *Albo d'oro degli italiani nel Perù* di Lelio Pacciardi (39). Fra i patrioti che vivevano in quel Paese sono ricordati Stefano Siccoli, nato a Firenze nel 1834 e morto a Roma nel 1886 che combattè nella prima guerra di indipendenza, Emanuele Solari già citato, capo della "Giovine Italia" di Lima e in modo particolare, il grande geografo Antonio Raimondi, che combattè alla difesa di Roma. Lo studio del Guêze si riferisce in particolar modo ai casi occorsi in Lima durante il soggiorno di Garibaldi giunto in quel Paese nei primi di ottobre nel 1851. Dai due lavori citati emerge il grande entusiasmo con cui nel Perù erano seguite le vicende risorgimentali italiane.

Sull'emigrazione italiana nell'America del Sud fra il 1852 e il 1860 utili dati possiamo trarre dal documentato studio di R. M. Borsarelli (40). Per lo studio del problema generale dell'emigrazione si rimanda alla nota bibliografica di Grazia Dore (41). Per gli altri Paesi occorrerebbe ricorrere ad una documentazione non facilmente consultabile, non essendo stato ancora, si ripete, studiato a fondo il problema dell'emigrazione politica negli stati sudamericani.

Desidero concludere questo mio modesto contributo all'opera svolta dagli italiani in Sud America per il Risorgimento della Patria e dagli italiani esuli per lo sviluppo dei Paesi sud—

americani con il ricordo di uno dei più noti geografi e topografi italiani in Sud America, Agostino Codazzi, soldato delle armate di Napoleone (nato a Lugo nel 1793 e morto in Colombia nel 1859) il quale effettuò i rilievi geografici e topografici del Venezuela e della Colombia. Solenni onoranze gli furono rese nel 1° centenario della morte e numerosi saggi pubblicati nei due Paesi, che illustrò con opere fondamentali, ne documentano l'apporto (42).

E augurabile che un più attento studio condotto negli archivi e sulla stampa del tempo possa degnamente illustrare l'opera di numerosi patrioti italiani, di cui c'è rimasto soltanto il nome, citati in questi appunti per la storia dell'emigrazione politica in Sud America. Nell'anno in cui in tutto il mondo è celebrato il 1° centenario dell'Unità d'Italia, chi scrive consapevole delle lacune molteplici che nel presente saggio si manifestano per difetto di documentazione o per indisponibilità di essa, desidera rivolgere, da queste ospitali colonne de "Il Veltrò", un appello agli studiosi di cose latinoamericane perché rivolgano la loro attenzione al problema trattato in questa sede e perché vogliano apportare ad esso nuovi dati e nuovi lumi; ed è lieto di annunciare, nel contempo, che per commemorare degnamente il 1° centenario dell'Unità d'Italia, l'Istituto Italiano di Cultura di Montevideo, che dirige, pubblicherà, entro l'anno, una serie di studi e di ricerche sul tema: "L'Italia ed i Paesi latinoamericani nell'800" in cui si confida possano essere accolti saggi che servano a chiarire, arricchendola di dati nuovi, la storia finora tanto imprecisa e lacunosa dell'emigrazione politica italiana durante l'Ottocento.

(1) Maria Avetta, Un savoiardo Console in America, il Barone Enrico Picolet d'Hermillon, in "Fert", Roma, vol VII, n. 3, 30 settembre 1935, p. 200.

(2) Ignazio Weiss, Carlo Alberto e Juan Manuel de Rosas. Contributo alla storia delle relazioni diplomatiche fra il Regno di Sardegna e la Confederazione Argentina, Modena, 1951, 8°, pp. 97.

(3) In "Archivo General de la Nación" di Montevideo, Fondo "Ministerio de Relaciones Exteriores", Cassa 1748.

(4) Cfr. Gustavo Sacerdote, La vita di Giuseppe Garibaldi, Milano, 1933, p. 116.

(5) Giuseppe Garibaldi, Le Memorie di..., nella redazione definitiva del 1872, Edizione Nazionale degli scritti di G.G., II, Bologna, 1932, p. 119.

(6) Gustavo Sacerdote op. cit., pp. 324—5.

(7) In Scritti editi ed inediti di Giuseppe Mazzini, Imola, Galeati, vol LXI, Epistolario, vol. XXXVI, pp. 339—343.

(8) Cfr. dal testo delle Memorie, nella redazione definitiva del 1872, già citata in quanto detta redazione è notevolmente più ricca di particolari della precedente del 1859, parimenti curata dalla Commissione per l'Edizione Nazionale degli Scritti di Garibaldi.

(9) Cfr. Sacerdote, op. cit., p. 174.

(10) Cfr. fra l'altro le lettere MMCLVK, del 7-11-1847 e MMMDCIII, dell'8-6-1853, inviate a G. B. Cuneo in Montevideo, pubblicate in Scritti editi ed inediti di Giuseppe Mazzini, t. XXXIII, Epistolario, T. XVIII e XLIX, Epistolario XXVII.

(11) Cfr. Salvatore Candido, Italia e Uruguay, in "Il Veltrò", A. V, gennaio—febbraio 1961, n. 1—2, pp. 170—180.

(12) Derivo i nomi dalle Memorie di Garibaldi, da un memoriale inedito del Maggiore Angelo Pigurina e da altri documenti inediti da me consultati.

(13) Trovasi nel Fondo "Ex Archivo y Museo Histórico Nacional", Cassa 190.

(14) Op. cit., p. 329.

(15) Ignacio Bueno servì, più tardi, con il grado di colonnello, nell'esercito argentino.

(16) Salvatore Candido, Un carteggio inedito di Giuseppe Mazzini con Filippo De Boni (1846—1863), in Bollettino della Domus Mazziniana", 1960, A. VI, n. 2, pp. 2—29. La lettera da cui è tratto il frammento è la lettera II che completa il testo mutilo dato nell'Edizione Nazionale (volume XXX, Epistolario XVI), lettera MMLXXVIII.

(17) Per i rapporti fra Mazzini e la Legione Italiana di Montevideo vedansi, anche, le lettere MMLXXV, MMCLV, MMCLVI, MMCLXIX, MMCLXX, MMCCCXX, MMCCCXCVIII, MMCCCXXII ecc.

(18) Niccolò Cuneo, Storia dell'emigrazione italiana in Argentina, 1810—1870, 1949, Milano, pp. 389.

(19) Jorge F. Sergi, Historia de los italianos en la Argentina, Buenos Aires, 1940, pp. 537.

(20) Mario Chini, Lettere di Giuseppe Mazzini a Giuseppe Riccioli Romano. Documenti sulla cospirazione

repubblicana in Sicilia fra il 1864 e il 1872, Palermo, 1951, pp. 290.

(21) Cfr. Salvatore Candido, *Un carteggio inedito di Giuseppe Mazzini con Filippo De Boni (1846—1863)*, in "Bollettino della Dornus Mazziniana", Pisa, 1960, A. VI, n. 2, pp. 1—29.

(22) Cfr. M. Avetta, op. cit., pp. 198—199.

(23) Cfr. I. Weiss, op. cit., pp. 29—30.

(24) Ignazio Weis, Juan Manuel de Rosas, Pedro De Angelis y el Archivo Americano, Buenos Aires, 1946, pp. 60.

(25) Ernesta Reguera Sierra, Pedro De Angelis, clásico de la historiografía argentina in "Estudios italianos en la Argentina", a cura di S. Candido, Buenos Aires, 1956, pp. 311—318.

(26) Pasquale Sconzo, O. F. Mossotti, precursor de los estudios astronómicos en la Argentina, in "Estudios italianos en la Argentina", op. cit., pp. 319—323.

(27) Vedasi lettera MMDCCCLIV, del 13 settembre 1849, inviata da Mazzini alla madre (S.E.I., XL, Epist. XXI).

(28) Nell'agosto 1855, poco dopo la liberazione dell'Olivieri dalle carceri pontificie, si era ventilata la possibilità di affidare al patriota chietino il comando di una Legione di italiani che avrebbe dovuto combattere in Oriente. Il Cavour, richiesto dall'Hudson, Ministro inglese a Torino, circa la possibilità che la Legione raccogliesse italiani, faceva rispondere che avrebbe visto con piacere la formazione di detto Corpo militare "qui nous délivrerait probablement de la portion la plus turbulente de l'émigration" (cfr. S.E.I. di Mazzini, vol. LIV, Epist. XXL, lettera MMMMCCLXXI).

(29) Lettera MMMMCCCXL, in S.E.I., vol. LVI, Epist. XXXII.

(30) Lettera MMMMCCCXCII a G. B. Cuneo, in S.E.I., op. cit.

(31) Lettera MMMCMCLXVII, in op. cit., t. LX, Epist., XXXV.

(32) Lettera VLXXXVIII, in op. cit., t. LXI, Epist., XXXVII.

(33) Lettera VLXIII, in op. cit., t. LXI, Epist., XXXVII.

(34) Lettera VCCV, in op. cit., t. LXI, Epist., XXXVII.

(35) Lettera MMMMDCCCLXXIII, del 16 novembre 1853, inviata a Emile A. Hawkes, in op. cit., t. LX, Epist., XXXV.

(36) Lettera MMMCCCXLIII, del 30 luglio 1852, alla madre, in op. cit., t. XLVII, Epist., XXV.

(37) Lettera MMMDXXXII, del marzo 1853, a Napoleone Ferrari, in op. cit., t. XLIX, Epist., XXVII.

(38) Raoul Guêze, Il Risorgimento nell'opinione pubblica peruviana, in "Rassegna Storica del Risorgimento", A. XLVII, fasc. III, luglio—settembre 1960, pp. 391—399.

(39) Lelio Pacciardi, *Impronte italiche nel Perù (quattro secoli e mezzo di vita)*, Lima, 1960, 4° grande, pp. 462.

(40) Rosa Maria Borsarelli, La missione di Marcello Cerruti (1852—1860) e la vita degli emigrati italiani nell'America del Sud a mezzo il secolo XIX, in "Atti del XXV Congresso di Storia del Risorgimento Italiano", Roma 1959, pp. 129—142.

(41) Grazia Dore, *Bibliografia per la storia dell'emigrazione italiana in America*, Roma, 1956, pp. 125.

(42) Cfr. Salvatore Candido, *Rassegna della bibliografia italo-latinoamericana*, II, in "Dialogo", Montevideo, A. III, n. 9—10, marzo—aprile 1961, pp. 86—93.



# INDICE

|                                                                                                                |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| - EDITORIAL .....                                                                                              | 5  |
| - EL SESQUICENTENARIO DEL ARRIBO DE GARIBALDI A MONTEVIDEO .....                                               | 7  |
| - GARIBALDI - DA REVOLUÇÃO FARROUPILHA PARA A GUERRA GRANDE                                                    |    |
| Dr. Lauro Pereira Guimarães .....                                                                              | 9  |
| - ITINERARIO DE GARIBALDI RUMO A MONTEVIDEO                                                                    |    |
| Darci P. Ribeiro .....                                                                                         | 12 |
| - LO STATO DEL RIO GRANDE DO SUL NEL 1835                                                                      |    |
| Gaetano Massa .....                                                                                            | 15 |
| - EN LOS DOSCIENTOS AÑOS DEL NACIMIENTO DE GIUSEPPE GIOACCHINO BELLI                                           |    |
| Carlos Novello. ....                                                                                           | 19 |
| - ITALIANOS EN EL URUGUAY EN LAS PRIMERAS DECADAS DEL SIGLO XX                                                 |    |
| Prof. Dra. Luce Fabbri Cressatti. ....                                                                         | 21 |
| - LA SYMBOLIQUE GARIBALDIENNE                                                                                  |    |
| Inspector General de la Educación de Francia                                                                   |    |
| Prof. Marie-Jean Vinciguerra. ....                                                                             | 36 |
| - EN TORNO A LA OBRA DE LUIS DESTEFFANIS                                                                       |    |
| Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Prof. Carlos Zubillaga. ....                   | 40 |
| - LO SBARCO DEI MILLE VISTO DAGLI INGLESII RESIDENTI A MARSALA                                                 |    |
| Directora del Instituto Italiano de Cultura de Caracas y Agregada Cultural de Italia en Venezuela Prof. Renata |    |
| Gerone de García Viera .....                                                                                   | 59 |
| - UNA ESENCIA COMUN QUE NOS UNE                                                                                |    |
| Carlos Novello. ....                                                                                           | 69 |
| - GARIBALDI EN FRANCIA: LA CAMPAÑA DE LOS VOSGOS                                                               |    |
| Prof. Acad. Dr. Guido Zannier. ....                                                                            | 72 |
| - LA ECONOMIA INTERNACIONAL EN EL ENTORNO DE LA GUERRA GRANDE                                                  |    |
| Decano de la Facultad de Ciencias Sociales Dr. Prof. José C. Williman (h) .....                                | 84 |
| - VERDI Y EL RISORGIMENTO                                                                                      |    |
| Carlos Novello. ....                                                                                           | 94 |
| - GLI ITALIANI NELL'AMERICA DEL SUD E IL RISORGIMENTO                                                          |    |
| Prof. Salvatore Candido. ....                                                                                  | 99 |





2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100





